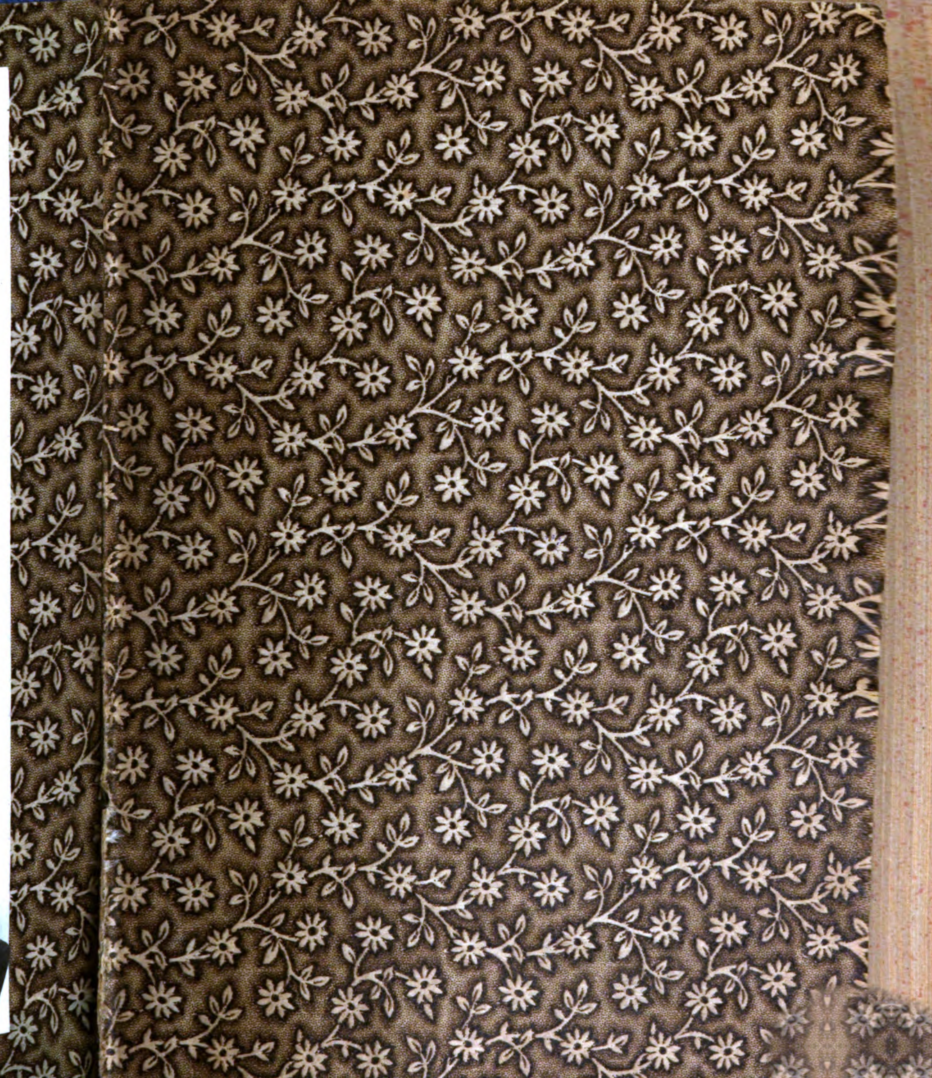



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



COLECCIÓN UNIVERSAL

Vladimiro Korolenko

EL DÍA DEL JUICIO

MCMXIX

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

VLADIMIRO KOROLENKO

El día del juicio

NOVELAS

La traducción del ruso ha sido hecha por D. N. Tasin.



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.—MADRID

VLADIMIRO KOROLENKO

Después de la muerte de Tolstoi, Korolenko ocupó su lugar en el corazón del pueblo ruso. Esto se explica mucho más por su papel en la vida política del país que por sus obras literarias. Con un valor y una energía indomables, se alzó siempre contra todas las injusticias del antiguo régimen, que se vengaba de él con persecuciones policíacas. Pero ni la prisión, ni Siberia pudieron quebrantar el espíritu de rebeldía de aquel gran ciudadano ruso; por el contrario, las persecuciones no hacían más que estimular su ardor combativo.

Korolenko había nacido en 1853, en Chinuomir (Ukrania). Su padre, juez, era de origen cosaco; su madre pertenecía a la nobleza polaca. La familia era pobre. A la edad de quince años, después de la muerte de su padre, el joven Vladimiro sostenía a su madre y a sus hermanas dando lecciones, que le pagaban muy mal.

En 1870 comenzó sus estudios en el Instituto Tecnológico de Petrogrado, donde durante dos años llevó una vida llena de privaciones; tantas, que no podía permitirse el lujo de comer más que una o dos veces al mes en un restaurante ínfimo, de

a 30 copecas el cubierto; los demás días tenía que contentarse con te y pan, alimentación clásica de una gran parte de la juventud universitaria rusa.

En 1872, sospechoso ya a la policía por revolucionario, pasó a Moscú, donde prosiguió sus estudios en el Instituto Agronómico; pero pronto, a consecuencia de una manifestación política, fué expulsado y deportado a Kronstadt. De vuelta en Petrogrado, no pudo ya continuar sus estudios universitarios y tuvo que ganar su vida como corrector de pruebas en una imprenta.

Hacia esta época empezó a escribir pequeñas novelas. En 1879 fué detenido, y tras una larga estancia en la prisión, deportado, primeramente a Viatka, después a la Siberia occidental, a Tomsk, y después a la Siberia oriental, a Viluisk, en la región de Irkutsk, cerca de 3.500 kilómetros al norte de Irkutsk.

En la Siberia, en el inmenso desierto de nieve y hielo, donde el sol no aparece durante largos meses, entre los indígenas semisalvajes, Korolenko concibió sus mejores obras, como "El sueño de Makar", por ejemplo, que dió fama al joven autor y que publicamos en este volumen.

En 1885 pudo volver a Rusia; la policía le prohibió el acceso de las dos capitales y las ciudades universitarias, y tuvo que establecerse en Nijni-Novgorod, sobre el Volga. Allí se relacionó con Gorki, joven desconocido entonces, y fué el primero en descubrir su talento. Korolenko fué también el primer maestro de Gorki, y publicó en un

periódico local sus primeras novelas. Algunos años más tarde, Korolenko, que gozaba ya de una admiración general, pudo instalarse en Petrogrado, donde dirigió una importante revista, "La Riqueza Rusa."

Actualmente habita en Poltava, desde donde lanza, de vez en cuando, protestas elocuentes contra los maximalistas.

EL DÍA DEL JUICIO

IOM-KIPUR [1]

(DE LA VIDA UKRANIANA)

I

Oye lo que te voy a decir: sal de tu casa en una noche clara, o más bien sal de tu aldea, sube a lo alto de una colina y contempla el cielo y la tierra. Mira cómo la luna pasea por el cielo, cómo brillan las estrellas, cómo suben de la tierra las nubecillas leves y se van a lo desconocido, semejantes a viajeros rezagados, por los caminos misteriosos. El bosque, adormecido, presta oído a los milagros que se realizan en su seno; el riachuelo corre con un leve murmullo, y cuenta cuentos a los árboles que se reflejan en sus aguas. Contem-

(1) Diez días después del Año Nuevo israelita, que se festeja en los principios del otoño, los judíos celebran el "Iom-Kipur". La población cristiana de la localidad llama a esta fiesta "El día del juicio". Según una leyenda, el diablo judío, "Japun" (el que arrebata), se lleva ese día un judío de la Sinagoga. Esta creencia está fundada, probablemente, en el carácter emocionante y expresivo de los ritos que se efectúan ese día en las pequeñas localidades de la Rusia del oeste.

pla todo y dime si hay milagros que sean imposibles en esta casa de Dios que se llama mundo.

En el mundo todo es posible. Así, pues, en mi amigo el molinero de Novokamenka se realizó un milagro. Es toda una historia. Si todavía no la habéis oído, os la quiero contar; pero no me pidáis mi palabra de honor sobre la verdad de los hechos. ¡Eso no! Por más que yo le oí referir esta historia al molinero mismo, no estoy seguro de que sea verdadera. Así y todo, voy a contárosla.

Una noche, después de los oficios en la iglesia de Novokamenka, el molinero entró en su molino, que distaba de la iglesia unas tres verstas. Estaba de mal humor, sin saber él mismo por qué. En la iglesia todo había ido admirablemente, y nuestro molinero, que tenía una magnífica voz, había cantado las plegarias con tanto celo que la gente había quedado sorprendida. "¡Qué garganta!—decían con gran respeto—. Pronuncia las palabras tan de prisa que no se le puede entender nada. Es como un coche que rueda sobre el pavimento a toda velocidad..."

El molinero, que todo esto escuchaba, se complacía en trabajar lo mejor posible para el Dios santo. Era su cantar tan fuerte y tan largo, que al final tenía la garganta seca y los ojos enrojecidos.

Después de los oficios, el "pope" invitó al molinero a su casa y le ofreció te; además, la mujer del "pope" puso sobre la mesa una garrafa llena de "vodka", que retiró casi vacía. Y cuando el mo-

linero volvía a su casa, la luna caminaba ya sobre los campos, reflejándose en el pequeño y rapidísimo río Kamenka.

Algunos aldeanos estaban ya recogidos; otros estaban sentados aún a la mesa; los había también que andaban fuera de casa, admirando la clara noche de otoño. Los viejos permanecían en los umbrales; los jóvenes, algo apartados, en la sombra negra de las tapias y de los jardines de cerezos, donde no se les podía ver; sólo se oían, aquí y allá, voces tenues, una risa ahogada; a veces, hasta el beso de una pareja juvenil. ¡Dios mío, qué cosas pueden pasar a la sombra de los cerezos, en una noche clara y dulce!

El molinero no veía a nadie; pero todos veían al molinero, porque iba por en medio de la calle, a la claridad de la luna. A veces le decían:

—¡Buenas noches, señor molinero! ¿Viene usted, probablemente, de casa del "pope"?

Todo el mundo lo sabía, sin preguntarlo; pero al molinero le gustaba mucho contestar a todas aquellas preguntas, no sin orgullo:

—¡Ah, sí! ¡El "pope" me ha entretenido lindamente!

Y, lleno de soberbia, seguía su camino.

Otros no querían que el molinero les viera, y se callaban cuando pasaba junto a ellos. Pero el molinero no era de los que pasan sin ver a sus deudores. De nada les servía esconderse y callarse como si tuvieran la boca llena de agua; el molinero los abordaba con estas palabras:

—¡Buenas noches! Os reconozco bien. Podéis esconderos todo lo que queráis, pero procuradme para mañana el dinero que me debéis. No espero ya más, os lo aseguro.

Y seguía su camino, y su sombra corría tras él. Era tan negra, que el molinero, que sabía leer y gustaba de pensar cosas elevadas, se decía:

—¡Es extraño: mi chaqueta es blanca como la harina, y mi sombra es negra como el hollín!

Pronto llegó a la taberna del judío Iankel (1), que estaba sobre una colina. Aunque el sábado, día festivo de los israelitas, tocaba ya a su fin, ni Iankel ni sus hijos estaban allí; sólo se veía a su mozo, Iarko, que les reemplazaba siempre los sábados y días de fiesta. Iarko encendía las bujías y recibía el dinero de los clientes, porque, como todo el mundo sabe, los judíos son muy religiosos y su religión les prohibe durante sus fiestas percibir dinero y encender las bujías. Todo esto lo hacia por ellos Iarko, un viejo soldado, en tanto que Iankel, la mujer o los hijos vigilaban sus movimientos para que no cayera, por casualidad, alguna moneda en los bolsillos del mozo. "¡Qué ladinos son estos judíos—pensaba el molinero—. Saben contentar a su Dios y, al mismo tiempo, no se dejan engañar. Además son muy inteligentes, mucho más inteligentes que nosotros!"

Se detuvo ante la puerta de la taberna, cerca de la cual se veían numerosas huellas de clientes que

(1) Jacob.

iban allí desde la mañana hasta la noche, y llamó:

—¡Iankel! ¡Eh, Iankel! ¿Estás ahí?

—No está aquí, ya lo ve usted—respondió Iarko.

—¿Dónde, entonces?

—¡Naturalmente, en la ciudad! ¿Es que no sabe usted qué día es el de hoy?

—¿Qué día es?

—¡Iom-Kipur!

"¡Vaya una explicación!", pensó el molinero, que no comprendió nada.

Hay que decir que Iarko era un hombre letrado y orgulloso. Gustaba de demostrar su erudición, sobre todo ante el molinero. Hasta sabía cantar en la iglesia; pero su voz era un poco acatarrada, y le era difícil rivalizar con el otro; en cambio, le superaba en todas las demás cosas. Por cada palabra que decía el molinero, Iarko encontraba una docena. Cuando el molinero decía "no lo sé", Iarko respondía "pues yo sí lo sé". En fin, un hombre de mal carácter...

Esta vez ocurrió lo de siempre: para confundir al molinero había pronunciado una palabra muy rara. El pobre molinero empezó a rascarse la cabeza.

—Parece ser que ni siquiera sabe usted qué fiesta es ésa—preguntó con maldad Iarko.

—¡Yo no estoy obligado a conocer todas las fiestas judías!—respondió el molinero—. Yo no estoy a su servicio...

—Se equivoca usted al decir "todas las fiestas".

Esta es muy particular. No viene más que una vez al año. Le diré aún más: ningún pueblo, en el mundo entero, tiene una fiesta semejante.

—¿Qué me dice usted?

—¿Ha oído usted hablar de Japun?

—¿Cómo?

Ahora lo comprendía. ¡Qué bruto era! ¡No haberlo entendido antes! ¡Ya estaba al cabo del asunto!

Miró por la ventana al interior. Sobre el piso se había esparcido paja y hierba; en los candelabros, dobles y triples, ardían pequeñas bujías. Se oía un ligero rumor, que parecía el zumbido de varias abejas gigantescas. Eran la joven con quien se había casado Iankel, después de la muerte de su primera mujer, y varios niños judíos que, con los ojos cerrados, murmuraban en tono muy bajo plegarias, de las que no se podía entender una sola palabra. Pero en aquellas plegarias había algo extraño: le parecía al molinero que en el interior de aquellos judíos se encontraba algún otro que lloraba, suplicaba... no sabía quién ni por qué. En todo caso, no por lo concerniente a la taberna, al dinero y demás cosas del mismo género.

El molinero, al oír la plegaria, se entristeció. Le daban lástima aquellas gentes. Cambiando una mirada con Iarko, le preguntó:

—Rezan. Con que, ¿Iankel está en la ciudad?

—Sí.

—¡Pero es una tontería! Puede suceder que Japun, el diablo judío, atrape precisamente a Iankel.

—En eso tiene usted razón. Yo, por ejemplo, y eso que he tomado parte en la guerra contra los infieles y he sido condecorado con una medalla, no iría en esas condiciones a la ciudad. Me habría quedado en casa, y el Japun no hubiera podido llevarme.

—Pero, ¿por qué? ¿Es que no puede venir a la casa lo mismo?

—¿No me comprende usted? Se lo voy a explicar. Pongamos que usted va a comprar una gorra; ¿dónde iría usted?

—A una sombrerería, naturalmente.

—¿Y por qué?

—¡Toma! Porque allí hay todas las gorras que uno quiera.

—Pues bien; hoy, en la sinagoga, hay también todos los judíos que uno quiera. Gritan y lloran tan fuerte, que se les oye de un extremo a otro de la ciudad. Naturalmente, Japun, que tiene que llevarse un judío, sería tonto buscándole en los campos, en los bosques y en las aldeas. No tiene a su disposición más que un solo día al año y no va a perder el tiempo, tanto más cuanto que en ciertas aldeas no hay ni un solo judío...

—Apenas habrá una que otra.

—Pero así y todo, las hay. En fin, en la Sinagoga, Japun tiene mucho y bueno donde elegir.

Ambos callaron. El molinero temía que Iarko se pusiera de nuevo a decirle cosas incomprensibles, y estaba malhumorado. Por las ventanas seguía oyéndose el zumbido de los judíos.

—A lo mejor, todo eso es fábula—dijo el molinero por hacer rabiar a Iarko—. La gente dice a veces tonterías. Cualquiera inventa una mentira y los demás la toman en serio.

Estas palabras produjeron muy mal efecto en Iarko.

—Sin embargo, no soy yo el que ha inventado eso. Ni yo, ni mi padre, ni mi abuelo. Todos los cristianos lo saben.

—Sí; pero... ¿lo ha visto usted con sus propios ojos?

Cuando estaba de mal humor, el molinero llegaba a afirmar que no creía ni siquiera en el diablo, mientras no se lo enseñaran vivo.

—Sí; contésteme usted—insistió—. ¿Lo ha visto usted con sus propios ojos? Y si usted no lo ha visto, lo mejor es no hablar más de ello.

Iarko estaba un poco apurado y hasta tuvo un momento de vacilación. Pero no era hombre que capitulara.

—No—dijo—; no lo he visto, lo confieso francamente; pero, dígame, señor molinero, ¿ha visto usted alguna vez Kiev?

—No, nunca; también se lo confieso francamente.

—Y sin embargo, Kiev existe, a pesar de que usted no lo ha visto nunca.

El molinero estaba vencido.

"Es verdad—pensaba—. Kiev existe, aunque yo no lo haya visto nunca. Probablemente, habrá que creer en la gente cuando afirma algo."

Y dijo:

—Admitamos que tenga usted razón. Pero ¿a quién le ha oído usted contar eso?

—¿A quién? Y usted, ¿a quién le ha oído hablar de Kiev?

—¡Diablo! ¡Tiene usted una lengua!... Es una navaja.

—Porque tengo razón. Una vez que todo el mundo lo dice, hay que creer en ello. Si no fuera verdad, las personas serias no lo hubieran dicho. Sólo los mentirosos cuentan patrañas...

—¡Ta, ta, ta!... Basta, hombre. ¡Una máquina parlante! Ya veo que he quedado mal. Quizá tengas razón. Pero, ¿cómo puede saber la gente lo que pasa hoy en la Sinagoga?

—Toma, pues porque sucede todos los años. Si esas cosas no pasaran, no se hablaría de ellas.

—¡Dios mío, qué hombre! Pero, en fin, ¿qué es lo que pasa?

—Pero, ¿es que ni siquiera sabe usted lo que pasa en la Sinagoga este día?

—Si lo supiera no te lo preguntaría. He oído a la gente hablar de cierto Japun; pero, en realidad, no sé de la misa la media.

—¡Pues por ahí debía usted haber empezado! Bien; ya que no lo sabe usted, voy a contárselo, porque, ya ve usted, yo he visto algo de eso, no soy como usted. He vivido largos años en la ciudad, he servido muchas veces en casas de judíos...

—¿Y eso no es pecado?

—¿Servir en casas de judíos? Para los paisa-

nos, sí; pero no para los soldados. A los soldados se les suelen dar permisos especiales.

—Eso ya es otra cosa.

Tras estos preliminares, Iarko contó al molinero toda la verdad sobre el Japun, que se lleva cada año un judío. He aquí lo que le contó:

Japun es un diablo judío. Se parece en todo al diablo cristiano; como él, es negro, tiene cuernos y alas; pero sus cabellos caen en largos bucles sobre las orejas, según costumbre de los judíos religiosos, y se toca con el mismo gorrito negro con que se cubren los judíos cuando rezan. Evita encontrarse con los cristianos; en cuanto ve a un cristiano cualquiera, aunque sea a media noche, escapa como un perro miedoso. Pero ejerce su poder sobre los judíos; todos los años se tiene que llevar al judío que elija.

El día designado para esta elección es precisamente el de Iom-Kipur. Mucho antes de que comience el día, los judíos rezan, lloran, desgarran sus vestiduras y hasta se ponen ceniza en la cabeza. Antes de que caiga la noche, se bañan todos en el río o en el estanque, y en cuanto se pone el sol, se dirigen a la Sinagoga. Hasta muy entrada la noche se están oyendo allí sus gritos de dolor; gritan todos a la vez, cerrando los ojos de espanto.

Pues bien, cuando el cielo se ensombrece y aparece en él la primera estrella, Japun sale y empieza a volar por encima de la Sinagoga. Golpea las ventanas con sus alas y elige la vícti-

ma. Pero lo más terrible sucede a media noche. Los judíos son presa de un pánico loco. Encienden expresamente todas las bujías para no tener tanto miedo, caen por tierra y gritan como si les mataran. Y precisamente en ese momento, cuando todos están echados en el suelo y llorando, Japun, como un enorme cuervo, penetra en la Sinagoga. Los judíos perciben el frío de sus alas, y la víctima que ha elegido siente cómo se clavan en su espalda las garras de Japun. Sólo de contarlo, le corre a uno un escalofrío por el cuerpo; ¡puede usted figurarse lo que sentirá el pobre judío! Desde luego, grita con todas sus fuerzas; pero como todos gritan enloquecidos, su voz no se distingue. Acaso alguno de los que se hallan a su lado oyen sus gritos de terror; pero no pueden hacer nada: son felices, porque la elección del Japun no ha recaído sobre ellos.

Iarko mismo había oído muchas veces el sonido de un cuerno en la Sinagoga. ¡Tan doloroso, tan lastimero! Era el guarda de la Sinagoga, que dirigía al pobre judío la despedida de sus correligionarios. Después, todos se ponían sus botas—porque en la Sinagoga no llevan más que babuchas—y, sin hablarse, se iban cada uno a su casa.

Iarko había visto también cómo se paraban, en pequeños grupos, a la luz de la luna, y murmurando plegarias, se ponían de puntillas y miraban al cielo. La Sinagoga permanecía desierta: en el vestíbulo quedaba sólo un par de botas es-

perando que su propietario las calzara. ¡En vano esperaban! Durante este tiempo, Japun se lleva al pobre judío, por encima de los campos, de los bosques, de las montañas y de los barrancos. Agita sus alas y procura no ser visto por ningún cristiano. Va muy contento si la noche es negra y el cielo está cubierto de nubes. Pero si la noche es clara y serena, como hoy, el diablo trabaja frecuentemente en balde.

—¿Por qué?—preguntó el molinero.

—Verá usted; porque basta que un cristiano cualquiera, aun el más simple y menos inteligente, grite a Japun: "¡déjale, que es mío!", para que el diablo suelte inmediatamente al judío. Usted mismo podría hacer esta experiencia. En cuanto se le grita: "¡déjale, que es mío!", el diablo arroja su presa y se va volando como un gavilán herido, triste y melancólico.

El judío cae al suelo. Si la caída no es de muy alto, o si cae en un pantano, puede salir con vida; si no, está perdido; ni para el diablo ni para sí mismo.

—¡Lo que son las cosas!—dijo el molinero mirando con temor al cielo, donde brillaba la luna en todo su esplendor. El cielo estaba claro; solamente entre la luna y el bosque, que se veía sobre el horizonte, volaba rápida una pequeña nube. El molinero quedó muy sorprendido; a pesar de que no hacía viento y las hojas de los árboles no se movían, la nubecilla corría muy de prisa, como un pájaro, en dirección de la ciudad.

—Mire el cielo—dijo a Iarko—. ¿Ve usted?

El otro salió de la taberna, y apoyándose contra la puerta, alzó los ojos.

—Bueno, ¿qué es lo que ve usted? Una nubecilla de las más ordinarias...

—Pero, ¿acaso hay viento?

—¡Toma! ¡Tiene usted razón, caramba! Vuela con dirección a la ciudad.

Ambos examinaron el cielo, rascándose la cabeza.

A través de las ventanas se seguía oyendo el zumbido de las voces y se veían rostros amarillos y lacios, ojos cerrados, labios que susurraban algo. Los pequeños judíos lloraban con lágrimas ardientes, y de nuevo le pareció al molinero que otro lloraba dentro de ellos.

—¡Ya es hora de marcharse!—dijo el molinero por fin—. Quería devolver a Iankel el dinero que le debo.

—Pues bien; yo puedo recibirlo. Hoy soy yo el que le sustituye—dijo Iarko.

Pero el molinero hizo como que no le oía; la suma era demasiado importante para confiarla a un simple soldado retirado que había estado toda su vida corriendo por el mundo.

—¡Hasta la vista!—dijo.

—¡Hasta la vista! En cuanto al dinero, yo no tengo inconveniente en recibirlo.

—No se moleste usted; se lo devolveré al mismo Iankel.

—Como usted quiera; pero yo podría también

recibirlo; eso no es ninguna molestia... De todos modos, ya es hora de cerrar la taberna; probablemente, a no ser usted, ya no habrá un perro que venga por aquí.

Se rascó la espalda, apoyándose contra el quicio de la puerta, silbó burlonamente, mirando al molinero que se alejaba, y cerró la puerta, en la que estaban pintados una botella, un bocal y una copa.

El molinero descendió de la colina y echó a andar por la calle, con su chaqueta blanca; la sombra negra le seguía sin cesar. Ahora ya no pensaba en esta sombra, sino en otra cosa muy distinta...

II

Apenas hubo andado unos veinte metros, oyó un ruido ligero, detrás de un seto verde. Se diría que dos pájaros revoloteaban entre los árboles. Pero no eran pájaros: era una pareja amorosa, asustada por la aproximación del molinero. El joven parecía mucho más animoso que su amada; alejándose un poco hacia la sombra, la abrazó con fuerza, y siguió hablando en voz baja. A los pocos pasos, el molinero pudo oír algo que no le fué muy grato: un sonoro beso.

—Podías haber esperado un poco—dijo, dirigiéndose al joven desconocido y acercándose al seto—. Vas a despertar a toda la aldea con tus besos.

—¡Y tú no tienes que meterte en lo que no te importa!—respondió el otro—. ¡Vete, o voy a besarte a ti con un buen garrote! Así aprenderás a no importunar a la gente.

—¡Está bien, está bien!—dijo el molinero alejándose—. Cualquiera diría que está ocupado en algo importante. ¿Es que está permitido besar tan fuerte? Da gana de hacer lo mismo. ¡Qué canallas, los jóvenes del día!...

Se detuvo un instante, reflexionó, rascándose la cabeza, y luego, separándose un poco del camino, escaló el seto, y atravesando un huerto, se dirigió hacia la casita que se veía a lo lejos, en medio de un grupo de álamos, y que pertenecía a una viuda. La casita era pequeñísima, baja y en declive. La ventana era tan minúscula, que hubiera costado trabajo verla si no hiciera tanta claridad. Pero ahora la casita brillaba al resplandor de la luna, la paja de su techumbre parecía de oro y la ventana semejaba un ojo medio cerrado. No se veía fuego. Probablemente, la viuda y su hija no tenían nada que cenar; no valía la pena de encender lumbre.

El molinero esperó un instante; luego dió dos golpes en la ventana y se apartó un poco. En seguida, los dos brazos de una muchacha se enlazaron a su cuello y sintió entre los bigotes como una quemadura: tan ardiente fué el beso que recibió. ¡Si no os han besado nunca así, no vale la pena de que os lo cuente; no lo comprenderíais jamás!

Y si una muchacha os ha besado, lo sabéis ya sin necesidad de que os lo refiera.

—¡Felipín mío! ¡Querido!—exclamó la muchacha, acariciando al molinero—. ¡Al fin has venido! ¡Te esperaba con tanta impaciencia!... Creía que iba a secarme como una hierba al sol.

"¡A Dios gracias, no te has secado todavía!"—se dijo el molinero, estrechando el talle redondito de la muchacha.

—Dime, ¿cuándo vamos a casarnos?—preguntó ella, con las manos en los hombros del molinero y mirándole con sus ardientes ojos negros.

Estas palabras gustaron al molinero menos que los besos. "¡Ahora me va a importunar con el matrimonio!"—pensó. Luego, recobrando su valor y procurando evitar la mirada de la joven, dijo:

—¡Qué prisa tienes, mi querida Galia! Querrías ya que nos casáramos. Olvidas que yo soy molinero y que quizá muy pronto seré el más rico de la aldea, mientras que tú no eres más que la hija de una pobre viuda.

La joven se estremeció, como si la hubiera mordido una serpiente, y dejando al molinero, se llevó las manos al corazón.

—¡Y yo que creí!... ¡Oh, qué desgraciada soy! ¿Por qué has llamado entonces a la ventana, cobarde?

—¿No comprendes? Es que tu madre me debe dinero. No tengo yo la culpa de que en vez de ella hayas salido tú y te hayas puesto a besarme.

Y cuando una muchacha le besa a uno... ¡Diablo! Yo soy un hombre como los demás.

Y quiso abrazarla de nuevo; pero cuando su mano tocó el talle de la muchacha, ésta se estremeció de cólera.

—¡Abajo las manos!—gritó con tanta indignación que el molinero retrocedió—. No soy un billete de banco para que me consideres como propiedad tuya. Si me vuelves a tocar, vas a pescar algo que te hará renunciar para siempre a tus galanterías.

El molinero se quedó confuso.

—¡Ah, qué soberbia te has vuelto! Y, sin embargo, yo no soy un judío para que me insultes de esa manera.

—¡Eres peor que un judío! No te contentas con que mi madre te pague los intereses; quieres también que te los pague yo. ¡Vete, cobarde!

—¡Oh, qué carácter!—suspiró el molinero, protegiéndose el rostro con las manos, por temor a los golpes—. Es difícil, para un hombre razonable como yo, hablar contigo. Ve a llamar a tu madre.

Pero la vieja estaba allí ya y saludaba muy rendida al molinero. Esto le agradó más que las palabras de la hija. Adoptó una actitud altiva, y su sombra negra, sobre la pared, tenía la cabeza tan erguida, que la gorra parecía a punto de caérsele.

—¿Sabes a lo que he venido, vieja?—dijo.

—¡Cómo no saberlo!—gimió la vieja—. A buscar mi dinero...

—¿Tu dinero? No, vieja; es el mío el que vengo a buscar. A Dios gracias, yo no soy un bandido para venir de noche a coger el dinero que no me pertenece.

—¡Naturalmente que no te pertenece!—dijo la muchacha con ira, acercándose amenazadora al molinero.

—¡Pero está loca!—dijo éste retrocediendo—. ¡No he visto jamás una muchacha semejante, a fe mía! No ya en la aldea, pero ni en todo el distrito hay otra tan loca. ¿Has reflexionado tus palabras? Si tuviera aquí otros testigos que tu madre, me quejaría ante el juez de ese insulto. ¡Ten cuidado, chiquilla!

—¿Acaso no es verdad lo que te acabo de decir?

—Claro que no es verdad, puesto que tu madre no me ha pagado todavía la deuda.

—¡Mientes como un cochino perro! Cuando eras todavía ayudante del molinero, prometiste casarte conmigo y no reclamar jamás el dinero que nos habías prestado. Pero desde que te hiciste molinero, lo reclamas, a pesar de que se te ha pagado ya todo.

—Pero te olvidas de la harina.

—Bien, ¿cuánto es lo que se te debe por la harina?

—¡Tres rublos! Más barato no la encontrarías en ninguna parte, aunque te ofrecieras tú misma por añadidura.

—Pero, ¿no se te han pagado ya esos tres rublos?

—¡Dios mío, qué lengua de muchacha!... ¡Como la de Iarko! ¿Y los intereses?

Ella no contestó. Esto les pasa muchas veces a las jóvenes: después de haber hablado mucho, se paran de repente, como un molino cuando el viento cesa. En vez de responder, se echó a llorar, con lágrimas ardientes, y se secaba los ojos con las mangas de su blanca camisa.

—¡Ya estamos con cuentos!—dijo el molinero un tanto confuso, pero contento—. No me gusta echarme sobre la gente sin razón. No valía la pena insultarme para llorar después.

—¡Cállate, cobarde!

—Pero tú también podrías tener la lengua.

—Sí, calla, hija mía—dijo la vieja suspirando. Tenía miedo de que el molinero montara en cólera; probablemente, no le podía pagar los intereses.

—¡No, no me he de callar!—dijo la otra. El viento había empezado a soplar de nuevo y las aspas del molino se ponían en movimiento otra vez—. ¡No me he de callar! ¡Voy a escupirle a la cara, para que no se vuelva a atrever a comprometerme, a llamar a la ventana y a abrazarme! ¡Di, cobarde, di por qué llamaste a la ventana, o te saco esos ojos villanos, sin tener en cuenta que eres el señor molinero en persona y el más rico de la aldea! Antes no eras tan orgulloso; me llamabas tu novia y me hacías declaraciones de

amor... ¡Y ahora te has vuelto tan altivo! El orgullo te ha hecho perder la cabeza...

—¡Pero, cállate hija mía! ¡No olvides que eres una pobre huérfana!—suplicó la vieja—. Y usted, señor molinero, perdónela. Es demasiado joven para pesar sus palabras. El corazón joven y el espíritu joven hacen siempre tonterías. Con la edad se hará más razonable.

—Me da lo mismo—respondió el otro—. No me interesa; soy superior a esas niñerías. Dame lo que me debes y ni siquiera miraré más vuestra casa.

—Pero si no tengo dinero. Espere un poco. Mi hija y yo vamos a ganar algo, y entonces lo devolveré todo. ¡Ah, qué desgraciada soy! Yo te quería como a un hijo, creía que ibas a ser mi yerno... Nunca se me ocurrió la idea de que vendrías a reclamarme los intereses. ¡Si, al menos, pudiera casar a mi hija! Pero desde que te conoció, no quiere oír hablar de otros jóvenes; ¡tan enamorada estaba de ti! "¡Quiero mejor morirme que casarme con otro!"—dice—. También tengo yo algo de culpa; no he hecho bien en dejaros estar juntos hasta el amanecer... ¡Ay, esta pobre cabeza mía!

—Todo eso no me resuelve nada—dijo el molinero—. Tú, vieja, debes comprenderlo: un hombre rico, como yo, tiene muchos gastos. Por otra parte, yo pago mis deudas; por ejemplo, al judío Iankel. Es necesario que se me pague a mí también...

—Ten paciencia, espera un mes...

El molinero se rascó la cabeza y reflexionó. Le daba un poco de lástima de la vieja; por otra parte, la joven estaba allí muy cerca.

—Más valdría que me lo pagaras todo en seguida—dijo—. De otro modo, tendrás que pagar nuevos intereses.

—Mucho lo siento pero hoy no tengo nada.

—Pues bien, pagarás un poco más después. Yo no soy un judío, pero... cada cual defiende sus bienes. Otro te hubiera hecho pagar veinte copecas de intereses; yo no te aumento más que diez. Esperaré todavía un mes; pero luego, si no me das el dinero, presentaré una demanda contra ti.

Y sin saludar se alejó, dirigiéndose a su casa sin mirar siquiera atrás, donde quedaba la muchacha, cuya camisa blanca se destacaba en la sombra cual una estrella en el cielo obscuro. No vió cómo lloraban sus bellos ojos negros, cómo se retorcían hacia él sus manos; no oyó los suspiros que alzaban el pecho de su antigua novia.

—¡No llores!—decía la madre a su hija—. ¡No llores, hija de mi alma! Tenemos que resignarnos...

—¡Ay, mamá!—gemía la otra—. ¡Si al menos me hubiera usted dejado escupirle a la cara! ¡Hubiera sido un gran consuelo para mí!

III

Esta escena puso de muy mal humor al molinero.

"Las cosas no están bien arregladas en este mundo—pensaba—. Uno tiene siempre enemigos, sin saber por qué." Ahora, la muchacha le había arrojado y le había llamado judío. "¡Anda, anda! Si yo fuera judío y tuviera dinero, hubiera arreglado mi vida de otra manera. ¿Qué vida es la mía, al presente? Trabajo todo el día en mi molino, duermo poco; muchas veces, ni tiempo tengo de comer como es debido, he de vigilar mi molino por todas partes para que no se pare y no me ocurra ningún contratiempo. Además, tengo que vigilar también al obrero; jamás puede uno fiarse de él; en cuanto ve que no estoy allí, corre inmediatamente detrás de las mozas... No, verdaderamente, la vida que llevo es una vida de perros. Verdad es que desde la muerte de mi tío soy algo, y hasta tengo un poco de dinero, pero... no es eso lo que hace feliz a un hombre. Por un miserable rublo se te insulta, se te maldice. Y luego es muy difícil rivalizar con el judío; éste amontona mucho más dinero. Un cristiano no amontonará tanto jamás. ¡Ah, si el diablo se llevara a Iankel! Todo cambiaría. Todos los campesinos que necesitaran dinero para comprar cualquier cosa o para pagar la contribución, tendrían forzosamente que dirigirse a mí. Hasta podría entonces abrir una

taberna, ¿por qué no? ¡Pase todo el mundo, la entrada es libre! En cuanto al molino, podría poner allí a otro, o bien venderle de una vez. ¡Qué diablo! En el molino, no había más remedio que trabajar, y a él le gustaba que los demás trabajaran para él. Lo mejor es negociar con el dinero: un copec pare otro. Sólo un idiota puede no comprenderlo. Una pareja de puercos produce en un año casi tanto como un rebaño de ovejas; lo mismo pasa con el dinero. Basta sembrarlo entre la gente estúpida, que es como las ovejas en los prados; después, no hay más que vigilarlo bien y recogerlo a tiempo; cada copec y cada rublo habrán producido diez..."

Pensando así, el molinero subió la colina desde la que se descendía al río. Se oía ya el dulce rumor del agua. Detrás del molinero dormía, entre jardines, la aldea. Se veía la pequeña casita de la viuda, guarecida bajo los altos álamos.

—¡No tan bruto!—se dijo en alta voz—. Sería estúpido casarse con la hija de la viuda. No es mi igual. Verdad es que sus besos son dulces como la miel... ¡Ah, qué dulces son! No, las cosas están muy mal ordenadas aquí abajo. ¿Por qué no tendrá una pequeña dote además de su belleza? Por ejemplo, como la que da a su hija Motria la rica Makogonenka...

Lanzó la última mirada a la casita, cuando se oyó una campanada en la aldea. Se diría que del campanario se había destacado algo que volaba ruidosamente sobre los campos.

—¡Anda, ya es media noche!—dijo el molinero.

Y, bostezando, empezó a descender la colina. Seguía pensando en su rebaño. Le parecía ver sus rublos que, como seres vivos, circulaban de mano en mano y se multiplicaban sin cesar. Hasta tuvo una risita de satisfacción. "La gente que tiene mi dinero, no comprende que trabaja, no para sí, sino para mí. A su tiempo, como el propietario del rebaño, lo recogeré y lo encerraré en mi arca."

Estos pensamientos eran agradables. Pero el recuerdo del judío Iankel le puso nuevamente de mal humor. Pensaba con amargura que Iankel se había apoderado de casi todo el pasto, de manera que los rublos del molinero no tenían apenas dónde pacer. Los campos estaban devastados ya por las cabras del judío, y no quedaba casi nada para los corderillos del molinero.

—¡Al diablo con él!—pensó, repitiendo de nuevo que las cosas están muy mal arregladas en este mundo. El judío Iankel le obsesionaba hasta el fondo del alma; esos malditos judíos fastidian mucho a los cristianos en los negocios...

De pronto se detuvo en medio de la colina, donde se oía ya más distintamente el ruido del agua, y se dió una palmada en la frente.

—¡A fe mía, sería magnífico! ¡Sería admirable! ¿Y por qué no? Hoy es precisamente "Iom-Kipur". la fiesta judía. Y muy bien pudiera el diablo elegir a Iankel... Pero no, ¡hay tantos judíos en la Sinagoga! Además, Iankel es viejo, flaco, huesoso... nada hay en él que no pueda tentar al diablo. ¡Ah!

¡El molinero no tendría esa suerte! Japun se llevaría a cualquier otro judío, pero no a Iankel...

Luego, durante algunos instantes, el molinero tuvo remordimientos de conciencia.

"¡Ay, Felipe!—se decía a sí mismo, a modo de reproche—. Un buen cristiano no debiera tener nunca tales pensamientos. Por otra parte, Iankel tiene hijos, y si desaparece habrá que pagarles el dinero que se le deba a su padre. Y luego, es un pecado querer el mal ajeno. Tanto más, cuanto que Iankel no te ha hecho daño. Verdad es que hay personas que tienen sus razones para quejarse de Iankel. Pero ¿es que él, Felipe, obra mejor?..."

Tras estos pensamientos, que le mordían como perritos, venían otros no tan desagradables.

"Y, sin embargo, es un judío que no se puede comparar con un cristiano. Es cierto que yo cobro interés lo mismo exactamente que él; pero creo que les será más agradable pagárselo a un buen cristiano, como yo, que no a un judío, como Iankel."

En este momento la campana de la aldea sonó por última vez. Probablemente, el viejo sacristán, dormido, tiraba de la cadena en los momentos en que se despertaba, y por eso las doce campanadas de las doce tardaron tanto tiempo en sonar. La última campanada fué tan fuerte, que el molinero sintió un estremecimiento; vibró largo rato por encima de la aldea, del río, de los campos lejanos.

"A esta hora todo el mundo está ya durmiendo —pensó el molinero—. Todo el mundo está en la

cama. A no ser los judíos, que, reunidos en la Sinagoga, rezan y lloran, y yo, que sigo aquí con mis negros pensamientos."

Todo le parecía extraño a su alrededor. Al oír el eco de la campana, antojósele que algo invisible corría y gemía por el camino.

Al fin se encontró ante la puerta de su molino.

—¡Gavrilo!—gritó a su ayudante.

Pero nadie respondió.

—¡Bien lo sabía yo!—se dijo—. Ese maldito Gavrilo está ahora en la aldea cortejando a las mozas.

Salió al centro de la presa, iluminada por la luna. Asombróse de que hubiera bastante espacio en el río para la luna, las estrellas, el cielo todo, como también para la nubecilla obscura que corría rápida hacia la ciudad.

Pero estaba demasiado cansado para reflexionar mucho, y, abriendo la puerta, entró en su casa para meterse en la cama.

IV

—¡Vaya una canción! ¡Voy a tener que levantarme!—dijo el molinero, mirando por la ventana.

Se levantó de la cama.

—Sí; no me engaño; es la misma nubecilla que vi volar en dirección a la ciudad. Ahora está de vuelta. Yo y Iarko nos habíamos sorprendido de que corriera sin viento. Ahora tampoco hay vien-

to, y, sin embargo... ¡anda, anda! ¡Esto se pone interesante!

Salió descalzo, se llegó a la presa y empezó a rascarse el pecho y la espalda. La nubecilla se acercaba directamente a él. Pero ahora no era ya tan ligera ni volaba en línea recta como antes; se diría que temblaba, y tan pronto se elevaba, tan pronto descendía, como un pájaro herido. Cuando pasó bajo la luna, el molinero comprendió todo lo que pasaba: en el disco luminoso de la luna se destacaron claramente dos alas, bajo las cuales se veía distintamente una figura humana, encogida, con una larga barba trémula.

—¡Es él, el diablo!—se dijo el molinero—. Se lleva un judío. ¿Qué hacer ahora? Si le grito "¡déjale, que es mío!", el pobre judío, al caer desde tan alto, se aplastará contra la tierra o se ahogará en el río.

Pero en este momento notó que la situación cambiaba: el diablo, con su carga, vaciló y empezó a descender poco a poco. "Probablemente ha elegido una pieza demasiado pesada—pensó el molinero—. Ahora, quizá, podré salvar al judío; por lo menos, es un hombre y no un diablo. Basta gritar muy alto y..."

Pero, en vez de gritar, echó a correr a toda prisa y se escondió en el espeso matorral que estaba a la orilla del río, reflejándose en el agua. Aquello era obscuro como un túnel cerrado, y el molinero tenía la seguridad de que no le vería nadie. Temblaba de miedo todo su cuerpo, como el

molino en marcha. Pero al mismo tiempo tenía curiosidad por ver lo que iba a pasar.

El diablo tan pronto descendía como se elevaba por encima del bosque; pero se veía bien que sus fuerzas se agotaban. Por dos veces, llegó a tocar el agua, en la que se formaron círculos; pero inmediatamente el diablo hacía un esfuerzo y se elevaba con su presa, como una gaviota que acaba de atrapar un gran pez. Las fuerzas le faltaban visiblemente, cada vez más. Al fin, después de describir anchos círculos en el aire, cayó rápidamente en medio de la presa y se tendió sobre ella como un cadáver. El judío, medio muerto, extenuado, yacía a su lado.

Es necesario decir que nuestro molinero había reconocido en seguida a aquel judío. Y para no ocultaros la verdad, es necesario deciros también que había quedado muy contento al reconocer en él a su acreedor Iankel de Novo-Kamenka.

—¡Alabado sea Dios!—pensó gozoso—. El Japun se ha llevado esta vez a Iankel en persona. ¡Esto se pone interesante! Lo que me parece es que yo no tengo por qué meterme en este negocio: cuando dos perros se pelean, el tercero no tiene nada que hacer allí. Decididamente, no tengo por qué mezclarme en esto. Como si no estuviera aquí. No se me puede pedir que yo vele por el judío...

Al mismo tiempo tuvo un pensamiento de júbilo:

—¡Ahora voy a ser yo el amo de la aldea!

V

El diablo y el judío permanecieron mucho tiempo sobre la presa sin moverse. La luna, que se había puesto roja, descendió más y se detuvo sobre el bosque, como si también ella esperara a ver en qué acababa todo aquello. Un gallo cantó en la aldea; se oyó el ladrido aislado de un perro; pero ni los demás gallos ni los demás perros les respondieron; aún estaba lejos el alba, probablemente.

El molinero temblaba de frío, y al mismo tiempo tuvo la idea de que todo aquello no era más que un sueño; ahora se había puesto la presa muy obscura y no se podía ver nada. Pero cuando el gallo cantó, lo que había sobre la presa comenzó a moverse. Iankel levantó la cabeza, tocada con un bonetillo negro; se incorporó e intentó evadirse.

—¡Eh, tú! ¡Cógelo, que se escapa!—iba a gritar el molinero; pero precisamente en aquel momento vió que el diablo retenía al judío por los faldones de su largo levitón.

—¡Espera un poco!—dijo el diablo—. No hay que tener tanta prisa. Yo no he descansado todavía como es debido y tú quieres continuar el camino ya. Eres tan pesado, que me canso mucho de llevarte. Un poco más, y me hubiera muerto...

—Pues bien; puede usted descansar cuanto quiera. Yo iré a pie hasta mi taberna...

El diablo se estremeció, indignado.

—¡Cómo! ¡Yo no soy tu cochero para conducirte desde la Sinagoga a casa! No me gusta esa clase de bromas.

—Yo no me atrevería jamás a bromear con usted—respondió Iankel, haciendo como que no comprendía las intenciones del diablo—. Le doy las gracias por haberme conducido hasta aqui; pero ya no quiero molestarle más: me iré a pie, solo. Está muy cerca de aquí y no quisiera que usted se tomara ese trabajo.

El diablo estaba lleno de ira. Empezó a agitarse como un pollo cuando le cortan la cabeza; luego tiró a Iankel de un aletazo, y de nuevo se oyó su pesada respiración.

—¡Bien hecho!—pensó el molinero—. ¡Bien sé yo que es un gran pecado alabar al diablo; pero éste sabe su oficio: no abandonará su presa!

Iankel se puso a gritar con todas sus fuerzas, y el diablo no le podía imponer silencio: es bien sabido que los judíos saben gritar hasta el último suspiro. "Pero esto de nada le servirá—se dijo el molinero, echando una mirada al molino desierto—. El ayudante estará ahora pelando la pava con las mozas o se habrá echado en cualquier parte del jardín, borracho, sin sentido."

Sólo una rana respondió a los gritos lastimeros de Iankel, y un buey mugió varias veces, turbando la calma de la noche. La luna, como si estuviera convencida ya de que todo había acabado, se ocultó detrás del bosque. El molino, el río, la presa,

quedaron envueltos en sombras. Una niebla blanquecina se alzó.

El diablo, jugueteando tranquilamente con sus alas, se cruzó las manos sobre la nuca y se echó a reír.

—Puedes gritar todo lo que quieras—dijo—. El molino está desierto.

—Usted no lo sabe—dijo Iankel severamente.

Y siguió gritando, esta vez dirigiéndose al molinero.

—¡Señor molinero! ¡Ah, señor molinero! ¡Usted tiene un corazón de oro! Se lo suplico, salga por un instante. Nada más que un momentito, y diga tres palabras, nada más que tres palabritas. Por esto le perdonaré a usted la mitad de su deuda.

"¡No tendrás ni un solo copec!"—pensó el molinero.

Iankel, luego, cesó de gritar y, bajando la cabeza, se echó a llorar.

Así pasó un rato. La luna había desaparecido completamente, y sus últimos destellos se extinguieron sobre las copas de los árboles. Lo mismo en la tierra que en el cielo, todo estaba dormido en un sueño profundo. No se oía ningún ruido. Sólo el judío lloraba suavemente.

—¡Ah, mi pobre mujer! ¡Ah, mis pobres hijos!

El diablo se sentó. A pesar de la obscuridad que envolvía la presa, el molinero podía distinguir sus cuernos, parecidos a los de un becerrillo; se destacaban en la niebla blanquecina.

"¡El diablo judío no se diferencia en nada del diablo cristiano!"—se dijo el molinero, que sintió un pequeño escalofrío.

En este momento notó que Iankel daba con el codo al diablo.

—¿Qué tienes tú que tocarme?—preguntó el otro.

—¡Tsss!... Voy a decirle a usted una cosa.

—¿Qué?

—Dígame, por favor, ¿por qué tiene usted necesariamente que llevarse a un pobre judío? Haría usted mejor en llevarse a un buen cristiano. Aquí, por ejemplo, muy cerca, vive un excelente molinero.

El diablo lanzó un profundo suspiro. Quizá él mismo estaba ya aburrido de permanecer allí sin hacer nada y, por distraerse, entabló conversación con el judío. Levantando un poco su bonete negro, se puso a rascarse con sus garras la cabeza, muy fuerte, como un gato que ve escapársele una rata.

—¡Ah, Iankel!—dijo—. Tú no conoces nuestro oficio: de ninguna manera puedo tocar a los cristianos.

—Y, sin embargo, no es tan difícil como parece. Sobre todo para un diablo como usted; en la Sinagoga me cogió usted de una manera artística.

El diablo tuvo una risita de satisfacción.

—Sí, es verdad; sé agarrar bien a los ju-

díos. Pero vosotros no sois difíciles de coger. ¿Y sabes por qué? .

—¿Por qué?

—Porque sois un pueblo vicioso. No hay otro pueblo tan vicioso como el vuestro.

—¿De veras? Me sorprende usted, señor diablo. ¿Tiene usted pruebas?

El diablo volvió la cabeza hacia Iankel, y se puso a contar con los dedos.

—Vosotros hacéis pagar intereses. ¡Una!

—¡Una!—repitió Iankel doblando también un dedo de la mano izquierda.

—Os alimentáis con la sangre y el sudor de los demás. ¡Dos!

—¡Dos!

—Envenenáis a la gente con el alcohol. ¡Tres!

—¡Tres!

—Mezcláis el "vodka" con agua. ¡Cuatro!

—Pues bien, cuatro. ¿Y qué más?

—¿No te basta eso? ¿Te parece que todavía es poco?

—No, no digo eso, pero... Así y todo, insisto en que usted podría hacer mejor negocio con los cristianos. ¿Cree usted, quizá, que el molinero no se hace pagar interés, que no se alimenta con la sangre y el sudor de los demás?

—¡Haces mal en calumniar de esa manera al molinero! Es cristiano, y los cristianos, según su religión, deben ser buenos hasta para con nosotros, los judíos. No, Iankel; un cristiano es inaccesible para mí.

—¡Dios mío, qué equivocado está usted!—exclamó animosamente el judío—. Oiga bien lo que voy a decirle.

Se levantó, el diablo también, y estuvieron así en pie, el uno frente al otro. El judío murmuró algo al oído del diablo, señalándole con el dedo el matorral donde estaba escondido el molinero, y dijo:

—¡Allí tiene usted uno!

—¡Mientes! ¡Eso no es posible!—exclamó el diablo lanzando una mirada de espanto en la dirección indicada.

—No, no miento. Lo sé mejor que usted.

Luego murmuró otra cosa.

—¡Y dos!

Después de una corta pausa y un nuevo murmullo, añadió:

—¡Y tres! ¡Todo esto es muy verdad, palabra de judío honrado!

El diablo, perplejo, meneó la cabeza.

—¡No es posible!

—Pues bien, ¿quiere usted apostarse algo? Si le he dicho la verdad, usted me dejará libre dentro de un año, pagándome los perjuicios que me haya causado.

—¡Acepto! ¡Ah! Si fuera verdad, sería magnífico. Entonces no habría yo perdido el tiempo.

—Le aseguro a usted que hará un buen negocio.

En este momento, el mismo gallo cantó de nuevo en la aldea. Tampoco los otros gallos respon-

dieron esta vez; pero Japun estaba visiblemente turbado.

—Me estás contando cuentos—dijo—, y por causa tuya voy a llegar tarde. Prefiero un judío flaco en mi mano a un cristiano gordo en perspectiva. ¡Pronto, en marcha!

Extendió sus alas, se levantó algunos metros por encima de la presa, y se arrojó de nuevo, como un gavilán, sobre el pobre Iankel, hundiéndole las garras en la espalda.

El pobre viejo se puso a gemir, extendiendo las manos hacia su taberna.

—¡Oh, mi querida mujer! ¡Oh, mis pobres hijos! ¡Señor molinero, tenga usted piedad de mí! No tiene usted que decir más que tres palabras para salvarme. Veo bien que está usted escondido en el matorral. ¡Tenga usted piedad de un pobre judío, que tiene también un alma, como los cristianos!

Gritaba de tal modo que desgarraba el corazón. Hasta el molinero sentía su corazón oprimido, como si alguien se lo apretara con la mano. El diablo se mantenía siempre muy bajo, sobre la presa, apretando entre sus patas al judío, que se agitaba. Diríase que no tenía fuerzas para subir más alto.

El molinero lo miraba lleno de impaciencia. "¡Qué bruto es ese diablo!—pensaba—. ¡No hace más que atormentar inútilmente a Iankel y perder el tiempo! El alba se acerca, y, una vez pasada la noche, no podrá ya..."

Pero apenas había tenido este pensamiento cuando el diablo, lanzando una formidable carcajada, se elevó rápidamente por encima de la presa. El molinero, levantándose, alzó la cabeza y le siguió con la mirada. Al cabo de un minuto, el diablo parecía pequeñito como un cuervo, luego como un gorrién, luego como una mosca; al fin, desapareció del todo.

Y entonces el molinero experimentó un miedo loco. Sus rodillas temblaban, sus dientes rechinaban, sus cabellos se erizaban en la cabeza. Perdió casi el conocimiento, y no se acordaba bien de lo que pasó después.

VI

—¡Tan, tan, tan!

Alguien llamaba a la puerta del molino.

—¡Tan, tan, tan, tan, tan!

Los golpes redoblaban con más fuerza. Parecía que temblaba todo el molino. El molinero pensó con horror que acaso fuera el diablo quien llamaba: no en balde el judío le había murmurado algo al oído.

Y metió la cabeza debajo de la almohada.

—¡Tan, tan, tan! ¡Eh, patrón, ábrame la puerta!

Era el obrero Gavrilo; pero el molinero no tenía confianza, y estaba seguro de que era el diablo, que imitaba la voz de su ayudante.

—¡No abriré!

—Pero, ¿por qué, si soy yo?

—¿Gavrilo?

—¡Pues, naturalmente!

—¡Júralo en nombre de Dios!

—Pero, veamos...

—¡Júralo, te digo!

—Pues bien, le juro a usted que soy yo. ¡Es una idea chusca esa de creer que no soy yo. ¡No comprendo lo que le pasa a usted!

Pero el molinero tenía todavía sus dudas. Subió al piso superior y miró por la ventanilla que estaba sobre la puerta.

En efecto, cerca de la puerta estaba Gavrilo de pie. El molinero respiró con alegría, bajó y abrió la puerta.

Cuando Gavrilo vió a su patrón, retrocedió estupefacto.

—Pero, ¿qué tiene usted?

—¿Cómo?

—¡Está usted blanco como la harina!

—¿Por qué camino has venido? ¿Por la orilla del río?

—Sí.

—¿No has mirado hacia arriba?

—Quizá; no me acuerdo.

—¿Y no has visto a nadie?

—Pero ¿qué es lo que iba a ver?

—¡Ah, qué bruto eres! Pues al que acaba de llevarse al judío Iankel.

—Pero, ¿quién diablos podía llevársele?

—¿Que quién? Pues, naturalmente, el diablo

judío Japun! ¿Es que no sabes que hoy es la gran fiesta israelita?

Gavrilo examinó atentamente al molinero y le preguntó a su vez:

—¿No ha estado usted, por casualidad, en la aldea?

—Sí, allí he estado.

—¿No ha estado usted en la taberna?

—Sí.

—¿No ha bebido usted "vodka"?

—No; ¡eres verdaderamente un idiota! He bebido "vodka" en casa del "pope"; pero eso no me ha impedido ver por mis propios ojos al diablo con el judío... Aquí mismo, sobre la presa...

—¿Dónde?

—Aquí, te digo. En medio, precisamente.

—¿Y después?

—Después...

El molinero silbó y señaló el cielo con la mano.

Gavrilo miró la presa, luego el cielo, y se rascó la cabeza.

—¡Eso sí que ha estado bueno! ¿Y qué vamos a hacer ahora? No nos podemos quedar sin un judío.

—¿Y qué falta te hacía aquí un judío?

—No digáis eso, patrón. El judío nos hará mucha falta... Sin él, esto no marchará...

—No, verdaderamente—, eres demasiado bruto. No se puede contar contigo...

—No vale la pena de decirme esas cosas. Yo no me las doy de muy inteligente; pero sé dis-

tinguir bien el trigo de la cebada. Sé que para trabajar hay que ir al molino, y para beber, a la taberna. Ahora, usted que se cree tan inteligente, dígame: después de la desaparición del judío, ¿quién tendrá la taberna?

—¿Quién?

—Sí, sí, ¿quién?

—¿No podría ser yo?

—¡¿Usted?!

Gavrilo fijó nuevamente en el molinero la mirada, con los ojos muy abiertos de sorpresa, meneó la cabeza, chasqueó la lengua y dijo:

—¡Eso ya es otra cosa!

Hasta este momento, el molinero no se había dado cuenta de que a su obrero le costaba gran trabajo tenerse en pie, y que se veían en su rostro señales de golpes recibidos en alguna riña. Era tal aquel rostro, a decir verdad, que cualquiera, al verlo, sintiera deseos irresistibles de escupirle. A pesar de eso, era Gavrilo muy aficionado a las mujeres, y cuando las fastidiaba demasiado, los mozos de la aldea le pegaban como a un perro. Lo más raro es que las mujeres no siempre le rechazaban.

Después de una pequeña pausa, el molinero dijo:

—Oye, hijo mío: hoy te vas a acostar conmigo. Cuando un hombre ha visto lo que he visto yo, tiene un poco de miedo.

—Como usted quiera.

Algunos minutos después, Gavrilo, acostado,

roncaba a todo roncar. En este arte era un verdadero virtuoso. Roncaba de tal modo que era imposible dormir con él bajo el mismo techo.

—¡Eh, Gavrilo!—le gritó el molinero.

—¿Qué hay? Si usted no duerme, no por eso ha de despertar a los demás.

—Di, ¿es que te han pegado otra vez?

—Pongamos que sí, ¿y qué más?

—¿Dónde?

—¡Qué curioso es usted! En la aldea vecina, en Kodna.

—¡Toma! Y ¿qué fuiste a buscar allí?

—Demasiado lo sabe usted.

—Me parece que no andamos mal de mozas en nuestra aldea, y no vale la pena de irlas a buscar a otra parte.

—¿Aquí, en Novokamenka? ¡Anda allá! Ya estoy harto de nuestras mozas; me fastidian.

—¿Y la hija de la viuda?

—¿Y qué?

—¿Es que también has cortejado a esa?

—¡Ya lo creo que sí!

El molinero se estremeció.

—¡Mientes, canalla!

—Yo no miento nunca. Dejo eso para los otros, más inteligentes que yo.

Bostezó y dijo con voz soñolienta:

—¿Se acuerda usted de aquella vez que tuve un ojo hinchado toda una semana?

—Sí, ¿y qué?

—Fué precisamente esa maldita rubia, la hija

de la viuda, la que me pegó. Ahora, ¿comprende usted?... No soy tan bruto que vaya a abordarla otra vez...

El molinero lanzó un suspiro de consuelo; esto era otra cosa.

—¡Gavrilo!

Pero el otro dormía ya.

—¡Gavrilo!

—Pero, ¿qué es lo que hay? ¡Vaya una idea chusca, no dejar dormir a la gente de bien!

—¿Quieres casarte?

—Bien quisiera; pero para eso me hacen falta botas nuevas; con éstas que tengo no me puedo casar...

—Sí, ya comprendo. Pues bien, voy a comprártelas, y también un cinturón, y un "schapka".

—Bueno, así ya cambia. Pero voy a decirle a usted una cosa que me parece puesta en razón.

—¿Qué?

—¿Oye usted a los gallos cantar en la aldea?

Era muy verdad. De todos lados se oían los cantos de los gallos. "¡Ki, ki, ri, kí!", se llamaban unos a otros, despertando a las buenas gentes. En el molino había ya más claridad: era el alba.

El molinero bostezó.

—¡Ahora, estarán ya lejos el diablo y el judío! ¡Adiós, Iankel, no te volveremos a ver! De todas maneras, es bien extraño lo que ha pasado aquí. Si lo cuento, no me lo creerán. Dirán que soy un mentiroso. No; vale más no hablar de ello. Además, yo no tengo la culpa de que haya des-

aparecido el judío. No tengo ninguna responsabilidad, y lo mejor es no mezclarme en esa cuestión. Yo no he visto nada, y no tengo que hacer más que callarme. Los que hablan son los tontos. Las gentes razonables, callan. El silencio es oro.

Habiendo tranquilizado así su conciencia, se puso a reflexionar sobre las consecuencias probables de la desaparición de Iankel.

—Ahora, soy yo quien va a reemplazarle. ¡Toda la aldea es mía!

Y con estas ideas, se quedó, al fin, dormido.

VII

Muy temprano, cuando la hierba brillaba todavía con el rocío nocturno, el molinero se vistió y se dirigió a la aldea.

Cuando llegó, todo el mundo estaba ya en movimiento. La aldea parecía un hormiguero; todo el mundo comentaba con ardor la noticia sensacional.

—¿No lo sabe usted? El judío Iankel ha desaparecido. No ha quedado de él más que las botas.

Sólo de esto se hablaba aquella mañana en Novo-kamenka.

La viuda de Iankel, que, en lugar de su marido, había recibido un par de botas, perdió completamente la cabeza. Además, Iankel, que no esperaba que el diablo le eligiera precisamente a él, se había llevado consigo todo el dinero y todos

los contratos. No admitía el desgraciado que, entre tantos judíos, él fuera a ser la víctima.

—¡Siempre pasa lo mismo!—decían los campesinos—. El hombre no sabe jamás lo que le puede suceder el día de mañana.

Se estacionaron largo rato en grupos delante de la taberna, donde la mujer de Iankel y sus hijos lloraban desesperadamente, arrancándose los cabellos. A pesar de la lástima que inspiraban estos desgraciados, cada cual pensaba con alegría que ya no tenía obligación de pagar lo que debía a Iankel, puesto que éste se había llevado todos los documentos. A decir verdad, había muy pocos que tuvieran remordimientos de conciencia y que se dijeran que lo justo sería pagar la deuda a la viuda de Iankel. Para mayor exactitud, ninguno. La viuda no recibió ni un solo copec.

Naturalmente, el molinero tampoco pagó nada. La pobre viuda lloraba, suplicaba a los campesinos, de rodillas, que pagaran por lo menos una parte de su deuda, aunque sólo fuera diez copecas por cada rublo que debieran, para que ella y sus hijos pudieran ir a la ciudad y buscar allí dónde ganarse el pan. Pero todas sus súplicas fueron vanas.

Algunos campesinos estaban muy emocionados, y daban con el codo a sus vecinos, diciéndoles en voz muy baja:

—¡Vamos, amigo mío! ¡Tenga usted piedad de la pobre viuda! Me parece que usted le debe

algo. Por lo menos, podría usted darle una parte de la deuda.

Pero el otro replicaba:

—¿Yo? Yo no le debo absolutamente nada. Precisamente el día antes de la partida de Iankel, se lo pagué todo, hasta el último copec. No tengo ganas de pagar dos veces. En cuanto a usted, es otra cosa: estoy seguro de que usted le debía algo, efectivamente.

—Se engaña usted. Algunos días antes de salir para la ciudad, Iankel vino a mi casa e insistió en que le pagara mi deuda porque tenía necesidad de dinero. No me pude negar y se lo pagué todo.

El molinero, al oír estas conversaciones, sentía cierto malestar. ¡Qué malvadas eran estas gentes! Ni siquiera tenían temor de Dios. Había que desconfiar de ellas, porque carecían de honor y de conciencia. ¡Unos verdaderos canallas! El, el molinero, no se dejaría engañar. No podrían abusar de su bondad, no; él, más bien, sería quien les haría danzar. No era tan tonto, no.

Unicamente la pobre viuda, la madre de Galia, llevó a la judía dos docenas de huevos y unos metros de tela.

—Esto es para pagar una parte de mi deuda—dijo—. Lo que falta, te lo daré después, te lo juro. Por ahora, no tengo más que darte.

El molinero se marchó indignado.

—¡Maldita mujer! Ayer no me quiso pagar lo que me debía, y ha encontrado algo, sin embar-

go, para una cochina judía! ¡Prefiere los judíos a un buen cristiano como yo! ¡Espérate, vieja, que ya te arreglaré yo las cuentas!

La viuda de Iankel vendió por nada todo su mobiliario y el poco de "vodka" que le quedaba, del que más de la mitad se llevó a escondidas el obrero Iarko; luego cogió a sus hijos y se fué a pie en dirección de la ciudad. Dos de los niños eran demasiado pequeños para andar, y tenía que llevarlos en brazos; el tercero iba agarrado a su falda, y los otros dos, más crecidos, la seguían llorando.

Viendo esto, los campesinos sentían remordimientos de conciencia. Algunos pensaban que, al menos, debieran haber prestado un caballo a la familia de Iankel. Pero nadie se atrevió a hacerlo; todos se decían que, si prestaban su caballo, los tomarían por deudores de Iankel.

El molinero seguía con la mirada a sus convecinos y estaba indignado de su conducta. "Si algún día me arruinara yo también—se decía—, darán pruebas de la misma ingratitud para conmigo."

Así, pues, la desgraciada viuda de Iankel se marchó con sus hijos a la ciudad, y nadie volvió a saber de ella. Tal vez encontró algún modo de ganarse el pan, tal vez toda la familia se murió de hambre. ¡Todo es posible en este mundo! Pero era de esperar que los correligionarios de la viuda la ayudaran: los judíos son el primer pueblo en eso de ayudarse unos a otros.

Cuando la judía hubo abandonado el pueblo, se presentó una cuestión de carácter gravísimo: ¿quién se iba a quedar ahora al frente de la taberna? Porque, a pesar de la desaparición de Iankel, la taberna seguía allí, sobre la colina, con la garrafa, la jarra y la copa pintadas en la puerta. Iarko estaba allí, en el umbral de la taberna, fumando su pipa y esperando a que Dios le enviara un nuevo amo.

Una noche, cuando los aldeanos, reunidos ante la taberna vacía hablaban de su probable tabernero futuro, el "pope" de la aldea se acercó y, saludando en voz muy baja a la asamblea, se puso a predicar que renunciaran para siempre a la taberna: se podría tomar por unanimidad la decisión de prescindir del "vodka", y el resultado sería el bienestar general, la tranquilidad y la mejora de las costumbres.

Los viejos y las mujeres estaban completamente de acuerdo con el cura, pero el molinero quedó muy descontento de sus palabras. "¡Y yo que le creía amigo mío!", pensaba. Y dijo al cura con voz llena de ironía enconada:

—Quizá tenga usted razón, padre, insistiendo sobre el cierre de la taberna, porque eso le será provechoso: el arzobispo le recompensará por su celo, y en cuanto al "vodka" que usted necesite, se lo traerán de la ciudad. Pero los campesinos, ¿qué van a hacer? ¿Dónde van a encontrar su "vodka"?...

Los campesinos sonrieron maliciosamente al

oír estas palabras. El "pope", no sabiendo qué contestar, se encasquetó el sombrero y se fué, muy contrariado.

Estaba claro como la luz del día que el molinero había decidido substituir al judío Iankel. Empezó a trabajar inmediatamente en este sentido. Se las arregló de tal forma, que los campesinos no hallaron nada que oponer a su proyecto de reemplazar a Iankel en la taberna; en cuanto a las autoridades locales y las del distrito, supo el molinero, por medio de fina diplomacia, ganar sus simpatías. Por fin, el negocio quedó hecho.

Terminados todos los trámites, fué a visitar la taberna. Allí, en el umbral, estaba Iarko, fumando su pipa. El molinero le hizo una señal con la cabeza, y el otro, a pesar de que era muy orgulloso, corrió en seguida a su encuentro.

—Bien, ¿qué es lo que dices?—preguntó el molinero.

—Yo no tengo nada que decirle. Prefiero esperar a que sea usted mismo el que me diga a mí algo.

—No eres tan bruto como creía.

Iarko no respondió nada, aunque hubiera podido encontrar palabras mordaces. Con su gorra en la mano, escuchó respetuosamente las instrucciones del nuevo amo.

—¡A sus órdenes, patrón!—dijo.

En una palabra: que el molinero se había convertido en el propietario de la taberna.

Iankel había encontrado un digno sustituto; su sucesor entendía los negocios todavía mejor que él. Hacía circular su dinero entre los campesinos, como corderos en las praderías; pero en el momento preciso lo reunía de nuevo en sus arcas con los intereses. Iankel no existía ya, y nadie perturbaba al molinero en sus empresas.

Para decir la verdad, los habitantes de Novokamenka vertían no pocas lágrimas a causa del molinero; se lloraban quizá más que a causa de Iankel, aunque esto no os lo podría decir con toda certeza. Además, ¿quién puede medir los sufrimientos humanos? ¿Quién puede contar las lágrimas? Nadie puede medirlas ni contarlas, ni aun los mismos que sufren y lloran...

VIII

Me es muy desagradable referiros estas cosas de mi amigo el molinero Felipe; pero no hay otro remedio: una vez comenzada la historia, hay que terminarla.

Pues bien, oíd lo que os voy a decir. Había una gran diferencia entre el viejo Iankel y el molinero. El judío necesitaba los rublos que se encontraban en los bolsillos de los aldeanos. Cuando tenía conocimiento de que alguien tenía un rublo, perdía la serenidad del alma, no podía dormir y buscaba los medios de apoderarse de aquel rublo. Si lo lograba, se ponía muy contento, y toda su familia se regocijaba con él.

Pero el molinero era otra cosa. No se contentaba con apoderarse del rublo escondido en el bolsillo del prójimo. Iankel no era orgulloso y se inclinaba ante cualquiera; pero el molinero tenía una actitud altiva para todo el mundo, parecía un pavo real, y exigía que los campesinos se inclinaran muy profundamente ante él. Cuando Iankel tenía algún asunto con las autoridades locales, les hablaba humildemente y pagaba con timidez los favores del jefe de Policía; pero el molinero trataba a la Policía de igual a igual, y entraba en la administración comunal como en su casa. Si ocurría, a veces, que alguien golpeaba en la cara a Iankel, éste no hacía más que protestar débilmente; pero con el molinero había que tener mucho cuidado: no solamente nadie se atrevía a tocarle, sino que él mismo maltrataba con frecuencia a sus clientes y les ensangrentaba a veces la cara.

Sí, señor; esto era lo que pasaba; nuestro molinero tomaba los cuartos y exigía al mismo tiempo respeto, y los campesinos se inclinaban ante él más profundamente que ante el "icono". Pero ni el dinero ni los honores le hacían completamente feliz. Tenía siempre aire de disgusto, parecía enfadado, como si un perro le estuviera mordiendo en el corazón.

"Las cosas están muy mal arregladas en este mundo—pensaba—. Ni con el dinero es el hombre siempre feliz."

Una vez le preguntó Iarko:

—Dígame, patrón, ¿por qué está usted tan triste, que no parece sino que le han vertido un tonel de aguas sucias en la cabeza? Yo creo que ahora debiera estar usted completamente satisfecho...

—Ni yo mismo sé la razón... Quizá haría bien en casarme...

—Y ¿por qué no? Yo le doy mi bendición.

—¡Eso no es tan fácil como parece! He reflexionado mucho y no puedo encontrar una solución. Para decirte la verdad, cuando yo no era más que ayudante del molinero cortejé a la hija de la viuda..., a Galia... Sin duda la conoces... Pero cuando me hice molinero, la abandoné. Ahora, como comprenderás, con el capital que tengo, no puedo casarme con una muchacha que no tiene más que su belleza...

—Naturalmente, eso sería para usted una mala elección. Ahora, con la posición que usted tiene, no hay más remedio que casarse con Motria, la hija de nuestro ricacho Makogon.

—En eso tienes razón. Ya comprendo yo mismo que no puedo hacer otra cosa; todo el mundo dice que el dinero de Makogon debe juntarse con el mío. Pero... esa muchacha no me gusta: es gorda y deforme como un haz de paja... Cuando la miro, me parece que me tiran de la nariz y me vuelven la cabeza. No es como Galia, tan bella, tan menudita... No, verdaderamente, las cosas están muy mal arregladas en este mundo! Uno quiere a una muchacha, y el dinero se encuentra precisamente en casa de otra... Esa Motria me

disgusta, y cuando pienso que tendrá que ser mi mujer...

Iarko puso a un lado su pipa apagada, escupió enérgicamente y dijo:

—Sí, la situación no es brillante. Es muy difícil encontrar una solución en este caso; pero tengo una idea..., y a fe mía, no es muy mala... Voy a darle un consejo que usted me agradecerá, de seguro. Hasta creo que, en recompensa, me va a dar usted las botas que Opanas le dejó en prenda...

—Si tu idea es verdaderamente buena, puedes contar con ellas. ¡Tendrás las botas! Siempre que la idea sea buena...

¡Era diabólicamente ingeniosa la idea de aquel canalla de soldado retirado! Si se realizaba, el molinero se convertiría, al cabo del tiempo, en más diablo que todos los diablos del infierno.

—Oigame usted bien—continuó Iarko—. Son ustedes tres, ¿no es eso? Un hombre y dos muchachas. La desgracia es que usted no se puede casar con las dos a la vez, porque usted no es turco.

—Eso es verdad, desgraciadamente—, suspiró el molinero.

—Pues bien, puesto que usted es rico y Motria también es rica, el problema es muy sencillo: haga usted una proposición a Motria.

—Eso lo sabía, sin que me lo dijeras. La cuestión no es esa; ¿qué hago con la otra, con Galia? Eso es lo importante del problema.

—Veamos...; pero déjeme usted acabar. ¿O es que tiene usted su propia solución? Entonces me callo..

—No te enfades. Te escucho.

—Le haría usted perder la paciencia al más santo. ¡No me gusta que se me interrumpa! Una vez que he empezado, quiero decirlo todo. Es precisamente de Galia de quien iba a hablar. Dígame: ¿le ama a usted?

—¿Quién?

—Galia.

—¡Ya lo creo que me ha amado!

—¿Y qué era usted entonces?

—Entonces, no era más que ayudante del molinero.

—Pues bien, esto es tan sencillo que un niño lo puede comprender: puesto que Galia amaba a un ayudante de molinero, se debe casar con un ayudante de molinero.

El patrón abrió unos ojos espantados; no comprendía nada, tenía la cabeza envuelta en una espesa niebla.

—¡Pero estás loco! Puesto que yo no soy ya ayudante del molinero, sino el molinero en persona...

—Eso no importa; ¿no tiene usted a su servicio otro ayudante de molinero?

—¿Gavrilo?

—¡Claro que sí!

—¿Entonces lo que propones es que Gavrilo se case con Galia?...

—Precisamente.

—¿Es ese tu plan? Bien, pues que Gavrilo te regale las botas, que yo, por mi parte, te declaro que no le permitiré. Primero le rompo las piernas a tu Gavrilo, ya lo sabes.

—¡Dios mío, qué pronto se enciende usted! Hasta se podría cocer un huevo en su cuerpo. ¡Pero déjeme usted acabar!

—Después de esa necedad que has inventado, no espero nada bueno.

—¡Dios mío, qué hombre! Verá usted...

Iarko puso a un lado la pipa, miró maliciosamente al patrón y chasqueó la lengua de tal modo que el otro se sintió más a gusto.

—Dice usted, pues, que amó a Galia, a pesar de que era pobre.

—¡Ya lo creo!

—Pues bien, nadie le impide amarla cuando sea la mujer de su ayudante. Ese era mi plan. Los tres habitarán en el molino, y las cosas se arreglarán perfectamente. ¿Comprende usted ahora que no es una tontería lo que yo le propongo? ¡Oh, usted no me conoce aún! ¡Yo tengo a veces ideas! Sobre todo, no olvide usted que me ha prometido las botas.

—¿Y si se echa a perder tu plan?

—¿Por qué se va a echar a perder?

—¿Qué sé yo? El viejo Makogon puede negarme la mano de su hija.

—Esté usted tranquilo: he hablado ya con él.

—¿De veras?

—¡Claro que sí! Le encontré cuando volvía de la ciudad. Después de algunos preliminares, le dije: "Nuestro molinero y su hija de usted harían una buena pareja."

—¿Y él?

—"No— me respondió—, no es bastante rico para casarse con mi hija. Sería demasiado honor para él."

—Y tú ¿qué es lo que le respondiste?

—Yo le dije: "Probablemente usted no sabe todavía que el diablo se llevó a nuestro judío Iankel."

—Y entonces, ¿qué dijo?

—Entonces el viejo Makogon dijo: "Sí, eso es verdad; la situación cambia. Si no hay judío en la aldea, tu molinero puede ser algo..."

—Pues bien, pongamos que Makogon consiente en darme su hija; todavía queda otra cuestión: ¿querrá Galia tomar por marido a mi ayudante?

—Cuando se vea expulsada con su madre de su casa se pondrá muy contenta de poder vivir en el molino.

—Eso es verdad...

Y el molinero, perplejo, se rascó la cabeza.

IX

Pasaron los días, las semanas y los meses. Pasó el otoño y llegó el invierno; después vinieron la primavera y el verano, y tras ellos un nuevo otoño.

Una hermosa noche, el molinero se encontraba a la puerta de su taberna. A su lado, apoyado en el quicio de la puerta, estaba Iarko. La luna, la misma luna que habían visto hacía un año, brillaba en medio del cielo. El riachuelo, iluminado; el camino, blanco; las sombras, negras; todo estaba como el año pasado.

El molinero rumiaba sus recuerdos.

—¡Oye, Iarko!

—¿Qué?

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

—Y la otra vez, ¿no te acuerdas? ¿No era un sábado?

—¡Dios tiene tantos sábados! No puede uno acordarse de todos.

—Era la fiesta judía... El día del Juicio.

—¡Ah, estaba usted pensando en eso! Sí, era sábado.

—Y este año, ¿en qué día cae la fiesta?

—No podría decirlo. En los alrededores no hay un solo judío; así es que no lo puedo saber.

—Mira al cielo; está muy sereno... Lo mismo que el año pasado.

El molinero miró con temor por la ventana de la antigua casa de Iankel, como si esperara ver otra vez a su mujer y a sus hijos rezando y llorando. Pero no vió ni oyó nada; se había acabado Iankel y su familia. Probablemente, nada quedaba ya del pobre judío, a quien se llevara el diablo; su viuda y sus huérfanos vagabundeaban

por cualquier parte, en el vasto mundo, y su casa estaba vacía y negra como una tumba.

El alma del molinero estaba tan vacía y tan negra como aquella casa abandonada. "Yo no quise salvar al judío—pensaba—; no hice nada por socorrer a su familia, y ahora intento algo deshonesto con la hija de la viuda"...

—Creo que es muy feo eso que vamos a hacer con Galia—dijo.

—Como usted quiera. Hay personas a quienes no les gusta la miel. Usted es probablemente una de ellas...

—No, yo no soy de esos; pero así y todo...

No formuló su pensamiento y prefirió cortar la conversación.

—¡Hasta la vista, Iarko!

—¡Hasta la vista!

Cuando el molinero descendía la colina, oyó un silbido tras él. Era Iarko que, de esa manera, se burlaba de sus remordimientos de conciencia. El molinero se sintió disgustado: todo era lo mismo que el año pasado...

—¿Qué es eso de silbar?—preguntó con voz amenazadora.

—¡Vaya por Dios!—respondió Iarko—. ¿Ya no se permite ni silbar? Yo he estado al servicio de un oficial que no me prohibió nunca silbar...

"Verdad es—se dijo el molinero—, es libre de silbar. Pero... ¡qué tontería!: todos estos pequeños detalles me recuerdan la memorable noche del año pasado."

Continuó andando. Pasó por delante del seto que separaba el camino de los jardines, oyó como el ruido de dos pájaros enormes, y distinguió una pareja amorosa a la sombra de los árboles. Sus besos eran tan fuertes, que podían despertar a la aldea entera. ¡Lo mismo que el año pasado! El molinero sintió deseos de dirigir un reproche al amante; pero tuvo miedo de recibir la misma reprimenda que el año pasado recibió.

Finalmente se acercó al jardín que rodeaba la casita donde vivía la viuda con su hija Galia. Estaba iluminada por la luna, cuya luz acariciaba las copas de los álamos delante de la puerta. El molinero tuvo un momento de vacilación: temía ser recibido por Galia lo mismo que el año pasado. El consejo de Iarko era muy práctico; pero su realización tropezaba con dificultades enormes... Sobre todo, con Galia, que era muy orgullosa y no gustaba de aquellas cosas. En fin, después de todo, había que decidirse. ¡Sea lo que sea!

Se acercó a la ventana y dió algunos golpes.

En el marco de la ventana apareció el rostro fino y los ojos negros de Galia.

—¡Mamá querida!—gritó—. ¡Es otra vez ese maldito molinero, que viene a fastidiarnos! Aquí está, escondido detrás de la ventana.

"Esta vez—se dijo el molinero—no sale jubilosa a mi encuentro, ni me echa los brazos al cuello, ni me besa en los labios. Y, ¡sin embargo, fué aquello tan dulce la otra vez!"...

Tenía razón; Galia salió; pero no corrió ha-

cia él, sino que se detuvo lejos, y cruzando los brazos sobre el pecho, preguntó:

—¿A qué vienes a llamar otra vez a la ventana?

Sintió un deseo casi irresistible de cogerla en sus brazos y llenar de besos su preciosa cara; pero no se atrevió por temor a un buen par de bofetadas. Acumulando todo su valor, respondió:

—Creo que tengo derecho a llamar a vuestra ventana; me debéis más de lo que vale la casa. Jamás me podréis pagar vuestra deuda.

—Si sabes ya que no podremos pagarte, no hay por qué venir por la noche a molestar a la gente. No tienes corazón; estás empujando a mi pobre madre al sepulcro.

—¿Yo? No tengo esa intención. Si tú no fueras tan mala, Galia, yo podría procurar a tu madre una vejez tranquila.

—¡Todo eso es mentira!

—¿Mentira? ¡Ay, Galia! ¡Yo no puedo vivir sin tu amor!

—¡Embustero, anda! Eso no te impide solicitar la mano de la hija del viejo Makogon.

—No es de eso de lo que se trata. Lo esencial es que yo no puedo vivir sin ti. Te lo juro ante Dios. Ahora bien... Verás... Tengo un plan... Escúchame bien, si eres verdaderamente inteligente. Escúchame con tus oídos y respóndeme con tu lengua; pero no con tus manos, como tienes por costumbre. No me gusta que se responda a mis razones con puñetazos...

—¡Qué principio más extraño!—dijo Galia—. Bueno; veamos eso que vas a decir. Pero ¡ten cuidado, no vengas otra vez con necedades! ¡Te vas a ganar algo!

—No, no diré necedades, déjame hablar... ¡Diablo! ¡Quisiera acordarme de lo que decía Iarko!...

—¿Iarko? ¿Qué tiene que ver Iarko con nuestras cosas?

—Pero, mujer, cállate, que si no, no me desenredaré nunca. Di, ¿me has amado?

—¡Ya lo creo! De otro modo no hubiera besado una cara tan fea.

—Bien, ¿y qué era yo entonces? El ayudante del molinero, ¿no es eso?

—Sí. Después, por mi desgracia, te hiciste molinero. Más valiera que te hubieras quedado toda la vida de ayudante del molinero.

—Vamos, no hables demasiado, que voy a perder el hilo. No tienes más que responder a mis preguntas. Bien: tú amaste a un ayudante de molinero; ahora bien, debes casarte con un ayudante de molinero y vivir en el molino. En cuanto a mí, puesto que nos amamos, seguiremos amándonos, aun cuando yo esté casado con Motria. Esto está claro, ¿no?

Tan estupefacta quedó Galia por lo que acababa de oír, que se frotó los ojos, creyendo que aquello era un sueño.

—¡Pero, vamos hombre!... ¿Qué es lo que me dices? O soy tan tonta que no entiendo nada o

eres tú el que desvarías. ¿Cómo me voy a casar con un ayudante de molinero, siendo tú molinero ya? ¿Y cómo puedes tú casarte conmigo, puesto que solicitas la mano de Motria? ¡Haz en seguida la señal de la cruz, para que Dios te perdone esas herejías.

—¡Tú no me has comprendido! Mi ayudante Gavrilo..., ya le conoces..., sería feliz casándose contigo... Luego, tú vivirías en el molino, yo también y... ¿comprendes? Verdad es que Gavrilo no es muy inteligente; pero eso no tiene importancia; al contrario, convendrá más para nuestro negocio...

Sólo entonces comprendió Galia el proyecto del molinero en toda su integridad. Y levantando las manos, gritó:

—¡Mamá! ¡Si supieras lo que me propone! ¡Es inaudito! ¡Quiere convertirse en turco y tener dos mujeres a la vez! ¡Trae un palo, que le voy a romper los huesos! Mientras tanto, le voy a arreglar las cuentas con las manos...

Y se lanzó, furiosa y amenazadora, sobre el molinero. Este retrocedió algunos pasos. Luego, sintiéndose en relativa seguridad, dijo:

—¡Si te pones así, bien está! ¡Fuera de la casa! Mañana será mía, porque me debéis más de lo que vale. ¡Vete a la calle, con tu madre!

Y Galia le respondió:

—¡Mientras tanto, largo de aquí, maldito turco! ¡O te voy a adornar con mis uñas esa cochina cara, de modo que Motria no te va a conocer!

"Imposible hablar razonablemente con esta muchacha"—se dijo el molinero.

Y escupiendo con cólera en el suelo, escaló el seto a toda prisa y se alejó furioso. Cuando estaba ya en lo alto de la colina, se volvió hacia la casa de Galia y enseñó el puño.

Se oía el ruido dulce del riachuelo que corría al pie de la colina.

Algunos minutos después, el aire tranquilo fué turbado por los sonidos lentos y monótonos de la campana; el campanario de la aldea anunciaba la media noche.

X

El molinero se acercó a su molino, iluminado por la luna, como el bosque próximo. El rocío brillaba en miles de chispas. De tiempo en tiempo, un pájaro nocturno cantaba lúgubre, y su canto hacía estremecerse al molinero. Todo esto despertaba en él recuerdos desagradables y tenía miedo de quedarse solo.

—¡Gavrilo!—gritó.

No respondió nadie. Sólo el pájaro nocturno lanzó de nuevo su lúgubre grito.

"¡Maldito Gavrilo!—pensó el molinero—. ¡Estará pelando la pava con las mozas en cualquier parte! Es incorregible..."

No quería acostarse solo aquella noche. En vez de entrar en el molino, se puso a mirar en dirección de la ciudad. La noche era muy clara y serena. Una niebla blancuzca se levantaba sobre

el riachuelo que surcaba el valle, y desaparecía detrás del bosque. No se veía en el cielo ni una sola nube.

El molinero miró el riachuelo y se sorprendió nuevamente de hallar espacio en él para la luna, las estrellas y el cielo entero. En el fondo del agua notó como una mosca que volara por encima de las estrellas. Miró más de cerca, y vió que, poco a poco, la mosca se hacía tan grande como un gorrión, luego como un cuervo, luego como un águila.

—¡Diablo! ¿Qué será eso?—se dijo extrañado.

Y, del río, alzando los ojos al cielo, quedó como clavado en el sitio, con la boca abierta: algo se dirigía, por los caminos del aire, directamente hacia el molino.

"Debe ser Japun, el diablo judío que va a la ciudad a buscar una nueva presa. Pero esta vez lleva retraso: ¡son ya las doce, y todavía está en camino!"

Así estaba el molinero, fija la mirada en el cielo. La forma vaga que volaba por el aire se fué haciendo cada vez mayor, y descendía con un zumbido muy fuerte: se diría que había allí un enjambre de abejas.

—Parece que el diablo se dispone nuevamente a hacer una paradita en mi presa!—se dijo el molinero—. Se está acostumbrando; tendré que tomar mis medidas; no quiero esas cosas en mi casa. El año que viene pondré una cruz sobre la presa. ¡No, amigo, esto no es un parador!... ¡Y

hace mucho ruido! ¿Qué será eso? Lo más prudente será esconderse en el matorral y seguirle con la mirada..."

Apenas se había escondido en el matorral, cuando vió, lleno de terror, al diablo, volando por encima del tejado del molino. Entre las garras llevaba algo... Apostaría a que no adivináis lo que llevaba entre las garras...

¡El judío Iankel! ¡Sí, aquel mismo Iankel, que se había llevado hacía un año, estaba allí de nuevo! El diablo tenía cogido al judío por la espalda, y Iankel apretaba entre sus manos un gran bulto envuelto en una sábana. Ambos se insultaban en alta voz, como una docena de judíos disputando en el mercado.

El diablo cayó sobre la presa, como una piedra. Si Iankel no hubiera llevado el fardo, moría aplastado. Luego se levantaron los dos y empezaron a disputar.

—¡Qué cochino!—gritaba Iankel—. Ya podía usted haber bajado con un poco más de suavidad. Había que pensar que llevaba usted un hombre vivo, y poner cuidado...

—¡Sí, un hombre, y además, un bulto de propina; que el diablo os lleve a los dos!

—No comprendo en qué le puede molestar mi pequeño bulto. No era usted, sino yo, quien lo traía en las manos.

—¿Un pequeño bulto? ¡Una montaña, dirás! Estoy completamente extenuado. Además, eso no se había estipulado en nuestro contrato.

—Pero es muy natural; no se emprende un viaje tan largo sin equipaje. Cuando usted toma un viajero, toma también su equipaje; ningún hombre razonable partiría sin equipaje. Veo que le gustaría a usted engañar al pobre Iankel.

—¿Engañar a un zorro viejo como tú? ¡Eso no es fácil, a fe mía! Quisiera ver al que tenga la suerte de engañarte. Maldigo el día en que te conocí.

—Pues si usted cree que yo estoy encantado de haberle conocido a usted, se equivoca usted. No tengo ninguna consideración para usted. ¡Un pobre diablo de tres al cuarto! Pero, vamos a otra cosa. Dígame usted qué era lo convenido entre nosotros. ¿Lo ha olvidado usted, quizá? Bien; le voy a refrescar la memoria: nosotros hicimos una apuesta. ¿Cómo? ¿Acaso negará usted que hicimos una apuesta? ¡Sería el colmo!

—¡Pero si no lo niego! ¡No tenía la intención de negarlo! Sí; hicimos una apuesta.

—¡Ya lo creo! Aquí mismo, en este sitio. En eso estamos de acuerdo. ¿Quizá ha olvidado usted el objeto de nuestra apuesta? Voy a recordárselo. Afirmaba usted que los judíos se hacen pagar intereses; que envenenan a los campesinos con alcohol; que, aun teniendo piedad de los suyos, son implacables con los cristianos. Sí; usted afirmaba todo eso, y yo le respondí: "Allí, en el matorral, está el molinero. Si tuviera piedad de mí, le hubiera gritado a usted: "Déjele, señor diablo, que

tiene mujer e hijos." Pero no lo hará, le dije yo. ¡Una!

"Eso es mucha verdad. ¡Ha adivinado ese maldito judío!"—pensó el molinero en su escondite.

—Pues bien, una—confirmó el diablo.

—Después—prosiguió el judío—le dije a usted: "Verá cómo cuando yo no esté ya aquí, el molinero tomará la taberna y mezclará el "vodka" con agua; en cuanto a los intereses, quizá los perciba mayores que yo." ¡Dos!

—Dos—confirmó el diablo, mientras el molinero se rascaba la cabeza y pensaba: "¿Cómo podrá adivinarlo todo?"

—Después—continuó Iankel—le dije a usted: "Es verdad que todo el mundo desea que el diablo se lleve a los judíos; pero si hubiera habido judíos aquí, hubieran hecho todo lo posible por salvarme de sus garras de usted; en cambio, al molinero, le aseguro a usted que sus propios correligionarios desearán de todo corazón que el diablo se lo lleve para siempre." ¡Y tres!

—Bien, tres, no lo niego.

—¡Es que sería lo mismo que usted quisiera negarlo. No sería usted entonces un buen diablo judío... Pero, a otra cosa. Dígame, dígame, ¿en qué consistía la apuesta?

—Yo he cumplido todas mis obligaciones. Te he dejado vivo durante un año: ¡Una! Te he traído aquí: ¡Dos!

El diablo se paró.

Espero la cláusula tres—dijo el judío.

—¿La tres? Pues bien, si ganas la apuesta, debo dejarte enteramente libre.

—¡Pero se olvida usted de los perjuicios! ¿Es que no va usted a pagarme los perjuicios que me ha causado?

—¡Vamos a ver! No has sufrido perjuicios; te hemos permitido hacer tu comercio entre nosotros durante todo este año. En la tierra no hubieras ganado tanto dinero en tres años. Te llevé descalzo, vestido de harapos, sin ningún equipaje, y vuelves con un gran fardo. ¡Anda, que has ganado bonitamente entre nosotros, y no tienes de qué quejarte!

—Y usted no tiene por qué echarme en cara los pequeños beneficios que entre vosotros he sacado. Eso ha sido suerte mía. Y luego, ¿ha hecho usted la cuenta de lo que he ganado allí? ¿Cómo lo puede usted saber? Quizá haya ganado una bagatela, mientras que aquí, en la tierra, he perdido un año entero.

—¡Qué charlatán!—gritó el diablo.

—¿Yo, yo soy charlatán? ¡Eso sí que no! ¡Es usted, señor diablo, quien es charlatán, canalla, impostor, cochino!...

Comenzaron a disputar de una manera tan violenta, que ya no se podía entender nada. Los dos agitaban las manos, sacudían sus bonetes negros y parecían dos gallos dispuestos a atacarse.

Al fin, el diablo gritó:

—Después de todo, todavía no se sabe quién de los dos ha ganado la apuesta. Es verdad que el

molinero no tuvo piedad de ti; pero en cuanto a las otras cosas, hay que probarlas, preguntar a la gente... Quizá le calumnias al afirmar que se ha hecho dueño de la taberna...

"¡Y aun de dos tabernas!"—se dijo el molinero, rascándose la cabeza malhumorado—. No debiera haberme dado tanta prisa: hubiera sido mejor esperar un año, y entonces Iankel hubiera perdido su apuesta. Ahora veo que esto se pone malo para mí.

Lanzó una mirada a su molino... ¡Si pudiera escaparse en dirección de la aldea! Pero, en este instante, del lado del bosque, detrás de la presa, se oyeron pasos. Alguien se acercaba balbuceando algo.

Iankel cogió su fardo, se lo echó al hombro y corrió al matorral a todo escape. El molinero apenas si tuvo tiempo para ocultarse detrás de un grueso árbol. Un minuto después el judío y el diablo estaban allí ya. Al otro lado apareció Gavrilo. Su chaqueta desgarrada le colgaba de un hombro solamente, su gorra iba mal ajustada, sus piernas estaban en pleno desacuerdo: cuando una quería ir hacia la derecha, la otra tomaba el camino de la izquierda. Estaba visiblemente borracho y se tambaleaba tanto, que muchas veces parecía a punto de caer. Avanzaba lentamente, luchando sin cesar contra obstáculos invisibles.

El diablo, viendo que el buen hombre estaba como una uva, se presentó ante él en su aspecto

natural: no hay por qué andarse con precauciones con las personas ebrias.

—Buenas noches—le dijo—; parece que usted ha bebido algo, ¿eh? ¿Cómo es que tiene usted un aire tan miserable y de ropa se halla en tan deplorable estado?

En este momento el molinero se dió cuenta por primera vez de que su obrero Gavrilo estaba verdaderamente muy mal trajeado. La causa era muy sencilla: todo lo que Gavrilo ganaba en el molino, se lo gastaba en la taberna; en vez de pagarle su trabajo en dinero, el molinero se lo pagaba en "vodka".

Gavrilo se acercó al diablo hasta chocar con él, y, adoptando una posición más firme, dijo:

—¡Alto! ¡Qué canallas de piernas! ¡No me quieren obedecer!... ¡A mí no me gustan estas bromas!... ¡Alto os digo!... Y tú, buen hombre, ¿quién eres?

—¿Yo?—respondió el otro—. Soy el diablo, con su permiso.

—¿El diablo? Me parece que te burlas... En fin, quizá sea verdad. Sí, sí... Te pareces verdaderamente al diablo; esos cuernos, esa cola... Pero ¿por qué tus cabellos caen en bucles por encima de las orejas?

—Porque soy un diablo judío, con su permiso.

—¡Toma, toma! ¡Ahora ya estoy al tanto!... Di, entonces, ¿no fuiste tú quien el año pasado se llevó al judío Iankel?

—¡Sí, yo mismo!

—Pues ya comprendo... ¿Y qué vienes a hacer aquí? ¿Quieres llevarte a alguien? ¿A mí, quizá? ¡No, viejo; eso sería un mal negocio, porque empezaré a gritar; palabra de honor! ¡Y tengo buena garganta, ya lo sabes!...

—No tienes por qué gritar—le tranquilizó el diablo—. No tengo necesidad de ti; no eres tú quien me interesa.

—Entonces, ¿vienes, quizá, por el molinero? Puedo llamarle, si quieres... Pero, no; si te llevas al molinero, ¿quién tendrá la taberna?

—Entonces, ¿el molinero tiene una taberna?

—¿Una? ¡Tiene dos! Una en la aldea y otra en el camino.

—¿Y por eso es por lo que no querías que me lo llevara?

—No, a mí no me da lástima del molinero. O, mejor dicho, el molinero no es hombre de quien se pueda tener lástima. Cree que soy un bestia. No digo que yo sea muy inteligente, eso no. Hay muchos más inteligentes que yo. Pero, a pesar de todo, tengo bastante buen sentido para echar los buenos bocados en mi propia boca y no en la ajena. Y si algún día escojo mujer, la escogeré para mí, y no para otro. ¿Es verdad lo que digo?

—Perfectamente; pero no comprendo por qué me dices todas esas cosas.

—No comprendes nada, porque esto no te importa a ti; pero a mí sí me importa, y comprendo muy bien por qué el molinero me quiere casar. ¡Oh, lo sé muy bien, muy bien, a pesar de no ser

inteligente en extremo! La otra vez, cuando Su Señoría Diabólica se llevó al judío, le dije yo al molinero: "¿Quién venderá ahora el "vodka"?" Y él me respondió: "¡Qué bestia eres! ¿Crees tú que no podría yo sustituir a Iankel?" Así, pues, si usted se lleva al molinero, estoy seguro de que su plaza no quedará vacante: otro vendrá a vender "vodka"... Sí, señor diablo, así es. Y ahora, ¿sabe usted lo que le voy a decir? Estoy terriblemente cansado, y quisiera irme a acostar... Haga usted lo que usted quiera. Si usted tiene absolutamente necesidad de llevarse al molinero, cójale, me es igual; pero yo me voy a acostar, porque, ya lo ve usted..., no estoy bien del todo..., eso es...

Gavrilo se acercó con mucho trabajo a la puerta del molino, y, entrando dentro, cayó por tierra y se durmió inmediatamente. Se oían sus ronquidos formidables.

El diablo dijo, riendo, a Iankel, que estaba oculto en el matorral:

—Parece que tienes razón en lo que concierne al molinero... Dame un traje usado cualquiera... Te lo devolveré en seguida. Además, te lo pagaré.

Iankel, después de haber deshecho su fardo, se puso a buscar unos viejos calzones para el diablo. En este momento, detrás del río, por el camino que conducía al bosque, apareció una pareja de bueyes uncida a una carreta. Los bueyes andaban lentamente, como si tuvieran sueño; la carreta apenas hacía ruido, y en ella iba echado un campesino llamado Opanas. Iba sin chaqueta,

rin "schapka" (1) y sin botas, y cantaba en alta voz.

Opanas era un hombre de buen corazón; pero le gustaba demasiado el "vodka". Cada vez que pasaba con sus bueyes por delante de la taberna, Iarko, al verle, le invitaba a entrar.

—¿No quieres tomar una copita? Eso no te hará perder mucho tiempo.

Opanas no podía negarse y tomaba unas cuantas copitas.

Luego, cuando iba ya fuera de la aldea, por el camino, cerca de la otra taberna, le esperaba el molinero.

—¿No vas a tomar una copita, Opanas? En eso no tardas.

Opanas tomaba unas cuantas copitas más. Después, en vez de seguir su camino, se volvía a casa con la cabeza pesada y los bolsillos vacíos.

Sí; era un buen hombre; pero malgastaba su vida entre dos tabernas; tal era, probablemente, su sino. Pero aceptaba aquel sino con muy buen humor, y ni en los más tristes momentos de su vida dejaba de cantar. Esta vez iba también cantando una canción que él mismo había inventado:

"Mis bueyes van andando lentamente
y yo no puedo andar.
Mi chaqueta, mis botas y mi gorra
en la taberna están,
pues el "vodka" que tiene el molinero
es bueno por demás..."

---

(1) Gorro de piel.

De pronto vió al diablo, de pie sobre la presa, por la que tenía que pasar.

—¡Eh, abajo!—gritó—. ¿Quién es ese que está en medio de la presa cortándome el paso? ¡Vete, o bajo del carro y vas a ver cómo se corta el paso a la gente de bien!

—Párate un momento nada más—dijo el diablo con voz dulce—. Quisiera hablarte un poco.

—¿Un poco? Bueno, habla, pero pronto, porque tengo prisa; si me retraso, se va a cerrar la taberna de la aldea y no me abrirán. Te escucho, buen mozo, por más que ni siquiera sé como te llamas.

—Dime. ¿A qué taberna te referías en esa canción tan bonita que venías cantando?

—¿Te ha gustado? Me alegro. A la taberna del molinero, que vive aquí, en el molino. Ya lo creo que es bonita mi canción; pero me parece que nuestra conversación se ha acabado. Déjame pasar... ¿Qué, sigues ahí?

—Sí.

—Y qué, ¿esto no se va a acabar nunca?

—Un minuto... Según tu canción, el "vodka" del molinero es muy bueno.

—En cuanto a eso... ¡No, viejo, te equivocas de medio a medio! Antes de juzgar, hay que escuchar mi canción hasta el fin. Mira cómo acaba:

"...pues el "vodka" que tiene el molinero
es bueno por demás,
porque tiene mezclada el agua pura
tan sólo por mitad."

¿Qué?, ¿has comprendido ahora? ¿Qué más quieres? No tengo ya más que decirte. Déjame pasar. ¿No quieres? Bueno, entonces voy a bajar ahora mismo y trabarás conocimiento con mi látigo.

—¡Ya me voy, amigo! Un poco de paciencia. Dime: ¿qué pensarías tú si el diablo se llevara al molinero, como se llevó al judío Iankel el año pasado?

—Eso me es igual. No lo lloraría. Por otra parte, estoy seguro de que un día el diablo se ha de llevar al molinero. Es fatal... Pero con eso no adelanto nada; necesito que me dejes pasar. ¿Me oyes? ¿O quieres absolutamente que te dé una buena lección de cortesía?

—¡Dios mío, y de qué mal humor estás! Bien, bien, puedes seguir tu camino.

—¿Ya está el paso libre?

—Sí.

—Me alegro. ¡Hasta la vista!

Los bueyes echaron de nuevo a andar. Opanas reanudó su copla:

"Los bueyes van andando lentamente
y yo no puedo andar...
Ya me bebí las ruedas de mi carro,
y el carro mismo he de beberme ya..."

Pronto dejó de oirse el ruido de la carreta y la copla de Opanas.

Apenas se había extinguido la canción, cuando

el diablo y Iankel oyeron otra que venía del lado opuesto del río. Eran voces femeninas que cantaban, primero lejos, luego más cerca. Probablemente espigadoras que volvían de los campos a la aldea.

El diablo se lanzó hacia el judío, escondido en el matorral.

—¡Pronto, dame un traje cualquiera!

Iankel le dió uno muy usado. El diablo, después de examinarle, tiró la ropa al suelo.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que me das? Con eso parecería un mendigo. Déjame, yo mismo elegiré.

Cogió el fardo, lo registró y halló lo que necesitaba. Después de plegar sus alas, se puso unos largos pantalones azules, una chaqueta, un cinturón, cubrió sus cuernos con un gorro de piel, calzó sus pies con un par de botas. Ahora tenía el aspecto de un buen mozo, conquistador de muchachas. Lo único que no consiguió ocultar fué su larga cola, que se veía agitarse por encima de las botas.

Terminado su disfraz, adoptó una actitud galante y se puso en pie sobre la presa.

La canción seguía acercándose. Los sones alegres se cernían jubilosamente por encima del bosque, iluminado por la luna. Eran tan potentes que podían despertar a todos los habitantes de los alrededores. De pronto, como por ensalmo, la canción se interrumpió; las jóvenes, al salir del bosque, vieron al diablo frente a ellas. Lanzaron

gritos de espanto al ver a aquel galán desconocido.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó una.

—Debe ser el molinero—respondió otra.

—No; no se le parece.

—¿Será quizá Gavrilo?

—No; está demasiado bien vestido.

—¡Eh, tú!, ¿quién eres?—gritó al diablo una viuda joven, más valiente que las demás.

El diablo saludó con mucha galantería; luego se acercó a ellas, muy cortés.

—¡No temáis nada, hermosas mías!—dijo—. Soy un buen hombre, y no os haré ningún daño.

Las jóvenes y las muchachas se daban unas a otras con el codo; avanzaron tímidamente por la presa, y pronto rodearon al diablo por todos lados. A los pocos instantes no quedaba ya nada de su timidez. Examinaban con curiosidad, sin comedimiento al diablo, cambiando risas y exclamaciones; algunas, hasta le daban con el codo. El diablo no se sentía muy a gusto.

El molinero, que observaba esta escena desde su escondite, estaba muy contento de ver al diablo en aquella situación embarazosa.

—¡Así, así, ricas mías!—pensaba—. Apuradle de tal modo que tenga que escapar. Entonces, quizá me deje tranquilo. Si no, estoy perdido.

Pero una de las mujeres llamó al orden a sus compañeras.

—¡Vamos, dejad en paz al pobre muchacho! Miradle: está confuso. v no sabe dónde meter la

cabeza... Y tú, joven, ¿quieres decirnos a quién esperas aquí?

—Al molinero.

—¿Es amigo tuyo, pues?

"¡Dios nos guarde de tales amigos!"—pensó el molinero, que lo oía todo.

—No somos grandes amigos—respondió el diablo—; pero tengo que arreglar unas cuentas con él.

—¿Hace mucho tiempo que no le ves?

—¡Oh, sí! Bastante tiempo.

—Entonces, ahora no le conocerás ya. Hubo una época en que era un buen muchacho; pero ahora se ha hecho tan orgulloso, que hay que ponerse de puntillas para mirarle.

—¿De veras?

—Todo el mundo te dirá lo mismo. ¿No es así, amigas?

—¡Sí, sí, es verdad, es verdad!—gritaron las mujeres.

—¡Pero no gritéis así!—dijo el diablo—. Me vais a dejar sordo... Decidme ahora, ¿desde cuándo y por qué ha cambiado tanto?

—¡Desde que se ha hecho un ricachón!

—¡Desde que comenzó a prestar dinero y a cobrar grandes intereses!

—¡Desde que tiene dos tabernas!

—¡Mi marido, Opanas, está completamente en su poder, y no conoce más camino que el de la taberna!

—¡Nuestros padres también!... ¡Todos no ha-

cen más que beber "vodka"! Por culpa de ese maldito molinero, han vendido ya todo lo que había en casa.

Y las mujeres empezaron a gritar, a llorar y a maldecir al molinero. Este, al oír las maldiciones, tenía ideas muy negras; ¡decididamente no hubiera elegido por abogados a aquellas mujeres!

El diablo, por el contrario, parecía muy contento y se frotaba las manos.

—¡Pues todo eso no es nada!—gritó una de las mujeres—. ¿Ha oído usted lo que ha hecho el molinero con la pobre Galia, la hija de la viuda?

El molinero escupió en tierra con indignación.

"¡Qué charlatanas son las mujeres! Cuentan hasta lo que no se les pregunta. ¿Y cómo podían ellas saber lo que había pasado entre él y Galia aquella misma noche, en la aldea, si habían estado trabajando todo el día en los campos? ¡Qué criaturas! ¿Cómo puede tolerarlas Dios sobre la tierra?"

—Tengo curiosidad por saber lo que ha hecho mi amigo con la hija de la viuda—dijo el diablo.

Y las mujeres se apresuraron a satisfacer su curiosidad. Se lo contaron todo, con los detalles más insignificantes.

El diablo meneó la cabeza.

—¡Ah, qué villanía! ¡Es abominable eso que me contáis! Creo que ni el antiguo tabernero, el judío Iankel, hubiera hecho villanías semejantes.

—¿Iankel? ¡Jamás se le hubiera ocurrido!

—¡Oh, no, jamás!

—Veo—dijo entonces el diablo—que vosotras, hermosas mías, no queréis mucho a mi amigo el molinero.

—¡Que le quiera el diablo! ¡Nosotras le detestamos!

—Sí, ya veo que no tenéis sentimientos muy tiernos para con él.

—¡Así reviente!

—¡Así le den todas las enfermedades!

—¡Que le lleve el diablo, como se llevó a Iankel.

Las otras mujeres se echaron a reír.

—¡Sí, bien lo merece! ¡Es mucho peor que el judío!

—Iankel, al menos, no tocaba a las mujeres, y se contentaba con su judía, mientras que el molinero es un marrano sin vergüenza.

El diablo estaba cada vez más contento.

—Bien, os doy gracias por esos informes. Dispensadme por haberos entretenido. Ahora podéis seguir vuestro camino.

Y no pudiendo ya contener su alegría, lanzó una carcajada formidable. Hasta los peces y las ranas fueron presas de terror, en el fondo del río, al oír aquella risa; el agua tranquila se agitó, como sacudida por el huracán. Las mujeres se asustaron tanto, que escaparon a todo correr, como una bandada de gorriones que hubiera visto al gavilán. Se diría que el viento las había barrido de la presa.

El molinero sintió un escalofrío. Miró al cami-

no que conducía a la aldea, y pensó que lo más prudente sería echar a correr, como habían hecho las mujeres.

Pero precisamente en aquel instante vió acercarse a su dependiente, Iarko, y lanzó un suspiro de alegría

"Iarko es mi hombre—se dijo—. Este no me traicionará y sabrá defenderme. ¡Si el diablo le pregunta, sufrirá una gran decepción!"...

XI

Iarko iba descalzo, con una camisa roja y la gorra hecha jirones. Llevaba en la mano las botas de Opanas que le había prometido el molinero.

"¡Toma, ya ha cogido las botas!—pensó el molinero—. ¡Qué pronto va a lo suyo! Pero eso no importa; cuento mucho con él. Vamos a ver qué le dice el diablo de mí."

Habiendo visto una figura humana sobre la presa, Iarko tuvo la idea de que podía ser algún ladrón que le quisiera quitar las botas. Y deteniéndose a pocos pasos del diablo, dijo:

—¡Eh, vete de ahí! Si me quieres robar las botas, no lo conseguirás. Eso no, viejo; no serán para ti. ¡No hay que pensar en ello!

—Vamos a ver, buen amigo; yo no necesito tus botas. Las mías son mejores que las tuyas.

—Entonces, ¿qué haces ahí a estas horas de la noche?

—Quiero hacerte una pregunta.

—¡A mí; vaya una idea! ¿Quieres proponerme alguna adivinanza? Pero ¿cómo sabes tú que yo sé mejor que nadie descifrar las adivinanzas?

—Me lo ha dicho la gente.

Entonces Iarko dejó las botas en el suelo, y, sacando su pipa, empezó lentamente a llenarla de tabaco. Sacó una cerilla, encendió la pipa y dijo:

—Bueno, te escucho: ¿qué adivinanza me vas a proponer?

—No es precisamente una adivinanza... Sólo quisiera saber quién es el mejor hombre de la aldea.

—¡Soy yo!

—¿De veras? ¿Y no hay otros mejores?

—¿Que yo? No. Puesto que pides mi opinión, te la digo. Sí; yo soy aquí el mejor, y no me cambiaría por nadie.

—Tienes mucha razón. Y el molinero, ¿qué tal persona es?

—¿El molinero?

Iarko lanzó de su boca una nube de humo, que podía casi eclipsar la luna, y miró con desconfianza al diablo.

—Dígame, ¿no es usted un agente del fisco?

—¡En modo alguno!

—¿Es usted, quizá, de la Policía?

—¡Que no! Me extraña que siendo tan inteligente no sepas distinguir un hombre de bien de un agente de Policía.

—¿Yo? ¡Cómo se engaña usted! Al primer gol-

pe de vista comprendí con quién me las tenía que entender. Si le he preguntado a usted eso fué por asegurarme por completo. Bueno, ¿quiere usted saber mi opinión sobre el molinero?

—¡Eso es!

—Que es así, así; ni demasiado alto ni demasiado bajo. De mediana estatura.

—Pero no es eso lo que me interesa.

—Entonces, ¿quiere usted saber si ronca cuando duerme?

—Bien veo que te gusta bromear; pero yo no puedo perder el tiempo. Respóndeme claramente: el molinero, ¿es buena o mala persona?

Iarko lanzó de nuevo una nube de humo de su pipa, y dijo:

—¡Dios mío, qué prisa tiene usted! ¡Quiere usted comer sin masticar!

El diablo hizo un gesto de impaciencia. El molinero estaba muy contento de Iarko.

"¡Vaya una lengua! ¡Como una navaja! ¡Y que va a afeitar bonitamente al diablo!"—pensó.

—Sí; quiere usted comer sin masticar—repitió Iarko—. Quiere usted que le diga claramente si nuestro molinero es bueno o malo. Eso es muy difícil de contestar. Para mí, todo hombre es bueno. He visto algo, créame usted. Tengo experiencia. Si cree usted que soy tonto, está usted muy equivocado.

"¡Bravo!—pensaba el molinero oyéndole—. Apostaría que en media hora ha hecho perder la paciencia al diablo. Iarko posee un arte especial

para decir cosas incomprensibles. Habla con abundancia; ni el mismo diablo se podría desenredar de la maraña de sus palabras"...

En efecto, el diablo estaba embrollado, y se rascaba la cabeza con violencia.

—Espera, buen amigo. Vamos de prisa, y no avanzamos un paso. Probablemente, hemos tomado un mal camino.

—Para mí todos los caminos son buenos.

—Entendido; pero... te pregunto solamente si el molinero es bueno o malo, y no me quieres responder con claridad.

—Bien; ahora permite que le pregunte yo a mi vez: el agua, ¿es buena o mala?

—¿El agua? ¿Por qué no ha de ser buena?

—Pero, pudiendo beber sidra, usted no querría agua, ¿no es eso?

—Quizá.

—Y cuando hay cerveza en la mesa ¿usted no querrá sidra?

—Es posible.

—Y si le ofrecen a usted un vaso de "vodka" lo preferirá a la cerveza, ¿no es eso?

—Quizá tengas razón.

—¡Ya lo creo que tengo razón!

El diablo estaba ya cubierto de sudor, y su cola empezaba a agitarse, levantando polvo.

Iarko cogió sus botas y quiso seguir su camino; pero el diablo, en este momento, tuvo una idea. Retrocedió algunos pasos y dijo:

—Bien; puesto que no quieres responder a mi

pregunta, puedes irte; yo voy a esperar aquí. Quizá tenga la suerte de encontrar al viejo soldado Iarko.

Iarko se paró en seco.

—¿Para qué necesita a Iarko?

—Porque me han dicho que es un hombre muy inteligente, que puede responder a cualquier pregunta que se le haga. Llegué a pensar que eras tú mismo; pero veo que me había engañado; contigo no hay manera de encontrar el buen camino.

Entonces el soldado puso de nuevo sus botas en el suelo.

—Pues bien; vuélvame a preguntar.

—No vale la pena.

—Pruebe usted, sin embargo.

—Bueno; ya que insistes, dime: ¿quién era mejor, el judío Iankel o el molinero?

—Por ahí se debía haber empezado. No me gusta la gente que quiere atravesar un río, no por el puente, sino a lo largo. En lugar de andar un kilómetro por el camino recto, andan diez buscando las vueltas. En cuanto a su pregunta, voy a responder punto por punto. En primer lugar, el judío Iankel tenía una sola taberna, mientras que el molinero tiene dos.

"Las cosas empiezan a ponerse mal—pensó el molinero—. Iarko hubiera hecho mejor en no hablar."

Pero Iarko prosiguió:

—Cuando yo trabajaba con Iankel no tenía bue-

nas botas, mientras que ahora... Mire usted estas botas.

—¿Dónde las has cogido?

—¿Dónde? Para eso hay que conocer nuestro oficio. Cuando se saca agua de un pozo con dos cubos, el uno está lleno, el otro está vacío. Lo mismo pasa en nuestra taberna: cuando yo no tenía botas, Opanas las tenía. Ahora, las botas de Opanas son mías, y él va descalzo. Lo que pierde un tonto lo gana un listo. ¿Ha comprendido usted?

—No del todo; pero empiezo a comprender. Me parece que poco a poco nos vamos acercando al buen camino.

—¡Eso es! Escúcheme bien, y ya verá usted. Para mí, si Iankel era sidra, el molinero es cerveza; pero si usted me ofrece un buen vaso de "vodka", renunciaré a la misma cerveza.

El diablo, contento, se puso a menear la cola de tal modo, que Iarko se dió cuenta de ello. Lanzó una nube de humo a la cara del diablo, y, como por casualidad, puso sus pies en la punta de la cola. El diablo dió un respingo y empezó a aullar de dolor, como un perro apaleado. Los dos se quedaron espantados, y con los ojos muy abiertos se miraron el uno al otro durante más de un minuto, sin pronunciar una sola palabra.

Por fin, Iarko silbó de un modo significativo, y dijo:

—¡Toma, toma! ¡Vaya un negocio chusco!

—¡Sí, ya lo ves!

—¡Con quién he venido a tratar!

—¡A tus órdenes!

—Entonces, ¿fué usted quién el año pasado?...

—¡Perfectamente!

—¿Y ahora viene usted a buscar al molinero?

—Quizá sí...

Iarko reflexionó un instante, con la pipa en la boca, y dijo:

—Pues bien, cójale usted. Yo no he de llorarlo. No perderé gran cosa. Cuando se haya usted llevado al molinero, yo me sentaré a la puerta de la taberna y esperaré que venga un nuevo amo.

El diablo lanzó otra carcajada formidable. Iarko cogió sus botas y se alejó con paso rápido. Cuando pasó cerca del molinero, éste le oyó gruñir:

—¡Esto sí que está bueno! Después de haberse llevado a uno, viene ahora a llevarse al otro. A mí no me importa eso. Cuando el diablo se llevó al judío, su sucesor fué el molinero; cuando el diablo se lleve al molinero, quizá sea yo mismo el sucesor. El dinero de la taberna está en mi casa. ¿Por qué no he de ser yo el tabernero? Me convertiría entonces en un personaje importante, como el molinero. Pero yo no seré tan tonto como él, y no pasaré jamás de noche por la presa.

Y Iarko subió a la colina.

El molinero miró a su alrededor. No había nadie que viniera en su auxilio. Hasta la luna se había escondido y no iluminaba el camino. Se oía el canto de la rana y los gritos de un pájaro noctur-

no. No se veía más que un pedazo de luna, por encima del bosque, como si no quisiera irse del todo hasta ver lo que le pasaba al molinero. Al fin se decidió, y se ocultó completamente.

El diablo se estuvo largo rato sobre la presa, riendo a carcajadas y apretándose los ijares. Aquella risa diabólica hacía temblar el viejo molino, despertaba a las fieras del bosque y a los peces del río. Las liebres y los conejos, espantados, huían por entre los árboles en todas las direcciones; el agua se agitaba, como sacudida por la tempestad; la niebla blanquecina se levantó sobre el río, envolviéndolo todo.

El judío aprovechó aquel momento; volvió silenciosamente a la presa, cogió los vestidos que le echó el diablo y los metió en el fardo. Ya no pensaba en el cobro de los perjuicios. Estaba tan lleno de miedo, que sólo pensó en una cosa: escapar lo más pronto posible. Al minuto corría ya a todo correr, con su fardo a cuestas, en dirección de la ciudad.

El molinero quiso también volver a su casa, al molino; se encerraría allí y despertaría a Gavrilo. Pero apenas salió de su escondite, el diablo se puso delante de él. El molinero echó a correr. Tuvo tiempo de llegar al molino, y, sofocado, abrió la puerta. Un minuto después se encerraba en el molino, encendía bujías y, tirándose al suelo, se echaba a llorar y a gritar, lo mismo que los judíos de la Sinagoga.

Pero el diablo no tenía intención de abandonar

su presa. Como un gavilán sobre un pollo, voló por encima del molino, mirando por las ventanas y golpeándolas con sus alas. Buscaba por dónde penetrar en la casa.

De pronto..., ¡pam! Algo cayó sobre el piso, desde lo alto. Se diría que un gran gato había saltado desde el techo. Era el diablo, que había penetrado en el molino por la chimenea. Inmediatamente se arrojó sobre el molinero, y le clavó las garras en la espalda.

"¡Ya no hay remedio!—pensó el molinero—. ¡Hay que resignarse!"

Un instante después sintió que el diablo se lo llevaba por la chimenea, y luego, cuando abrió los ojos, vió que el techo de su molino había quedado muy abajo. El molino mismo se hacía cada vez más pequeño, así como la presa, el río, los árboles y el bosque. Cuando lanzó la última mirada sobre el río, vió que se reflejaban en él las estrellas y él mismo entre las garras del diablo; primero parecían los dos un águila, luego un cuervo, luego un gorrión y, finalmente, una mosca.

—¡Ya estoy arriba!—pensó el molinero—. Toda tu riqueza, las dos tabernas, los bolsillos llenos, ¡todo se lo lleva el diablo! ¡Si al menos hubiera allá abajo algún cristiano que gritara: "¡Déjale, que es mío!"

Pero no había nadie. Un poco más lejos distinguió trabajosamente la figura minúscula del judío Iankel, que subía la colina, dirigiéndose hacia la aldea. También reconoció a Iarko, que, con la

cabeza muy levantada, miraba al cielo. Este no haría nada por salvar a su amo, tanto más cuanto que tenía todo el dinero de la taberna. Luego distinguió los grupos de mujeres, que, a toda velocidad, huían del diablo; habían adelantado ya a Opanas, que cantaba echado en su carreta. Este sí podría haber salvado al molinero, si no hubiera estado tan borracho. No, no había nadie que gritara: "¡Déjale, que es mío!"

Allá estaba la aldea. El molinero reconoció su taberna, las casas dormidas, los jardines. Allí, los altos álamos que rodeaban la casita donde vivía Galia con su madre.

Las dos mujeres, sentadas en el umbral de la casa, lloraban. ¿Por qué lloraban? ¡Ah, sí! Era porque al otro día las iba a arrojar de su casa; la vieja le debía dinero.

El molinero se compadeció de las pobres mujeres. Bien hubiera querido hacerse perdonar el mal que les causaba. Con todas sus fuerzas gritó:

—¡No llores, mi pobre Galia! ¡Os perdono la deuda y los intereses! Soy más desgraciado que vosotras; el diablo me lleva como se lleva la araña a la mosca...

¿Hay en el mundo algo más sensible que el corazón de una joven? El molinero gritaba desde una gran altura, y ningún otro hubiera oído jamás su voz; pero Galia la oyó. Levantó al cielo sus ojos llenos de lágrimas y miró.

—¡Adiós, bellos ojos negros!—pensó el molinero—. ¡Ya no os volveré a ver más!

De pronto oyó que la muchacha, apretándose el pecho con las dos manos, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Déjale, diablo maldito! ¡Es mío!

El diablo sintió en la cabeza como un bastorazo. Espantado, turbado, soltó al molinero, que empezó a caer desde arriba; el diablo, no queriendo abandonar su presa, la seguía, y de vez en cuando la cogía de nuevo con sus garras; pero Galia volvía a gritar:

—¡Déjale, es mío!

Y con los dientes apretados de rabia, el diablo soltaba al molinero. Esto ocurrió por tres veces seguidas. Finalmente se encontraron ya a muy poca altura. Abajo se veía un ancho pantano que se extendía entre la aldea y el molino. El molinero cayó rígido en el pantano, haciendo un ruido que despertó a las ranas, a los pájaros y a toda clase de animales.

Cuando volvió en sí dió un salto y se lanzó con todas sus fuerzas, brincando por encima de su obrero dormido y casi forzando la puerta, hacia la aldea. Mientras corría, gritaba continuamente, por miedo de que el diablo le volviera a coger.

Pronto estuvo ya cerca de la casa de Galia. De un brinco atravesó el seto del jardín, abrió la puerta de la casita y se plantó, sofocado por la emoción y la fatiga, en medio de la habitación.

—¡Al fin, ya estoy aquí!

XII

Figuraos la sorpresa de Galia y de su madre cuando vieron al molinero en aquel estado y a aquella hora. Casi estaba el sol a punto de salir; todavía no habían ido las vacas a pastar, y él, sin gorra, descalzo, con los cabellos en desorden, estaba allí, en casa de una muchacha que no tenía ni padre ni hermano. ¡Esto era escandaloso y comprometedor! Pero se diría que el molinero lo encontraba todo muy natural, y repetía jubilosamente:

—¡Al fin, ya estoy aquí!

La viuda estaba tan asustada que no encontraba palabra que decir. Galia, que había saltado del lecho en camisa, se puso rápidamente su falda y se lanzó furiosa hacia el molinero.

—¿Qué es ésto, mal hombre? Probablemente estás borracho, te equivocas de casa y caes en la nuestra en vez de ir a la tuya.

El molinero la miró con ternura, y por toda explicación, le dijo:

—¡Puedes pegarme todo lo que quieras!

Ella le dió un golpe.

—¡Más!—pidió él.

Le golpeó por segunda vez.

—Eso está bien. ¡Más!

Y recibió un tercer golpe. Pero al ver que sus golpes no producían efecto, y que el molinero seguía contemplándola con tiernas miradas, se echó a llorar.

—¡Ah, qué desgraciada soy! ¡No hay nadie que me defienda! ¡Qué canalla de hombre! ¡No se contenta con engañarme, con querer convertirse en turco y tener dos mujeres a la vez, sino que viene ahora a comprometerme ante toda la aldea! ¡Y no se mueve ni siquiera cuando le pego! ¡Yo no sé ya qué hacer con este hombre pervertido!

El molinero, contento y alegre, preguntó:

—Di, ¿me vas a pegar más? Espero. Si has acabado me sentaré en el banco, porque estoy cansado.

La joven se disponía ya a darle nuevamente algunos buenos golpes; pero la madre comprendió que algo le había pasado al molinero y detuvo a Galia.

—¡Espera, hija mía! Antes de pegar a un hombre, lo mejor es preguntarle qué le pasa. ¿No ves que no está en sus cabales?

Y, dirigiéndose al molinero, le hizo una pregunta clara:

—Di, ¿de dónde vienes a estas horas a casa de unas mujeres inofensivas? ¿Por qué diablos estás tan contento y repites "al fin ya estoy aquí"?

El molinero, en vez de responder, se frotó los ojos y preguntó a su vez:

—Dime, madrecita, ¿estoy aquí verdaderamente, o esto no es más que un sueño? ¿He caído del cielo, o vengo de mi molino? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuve por última vez en vuestra casa, una noche o un año?

—¡Pero estás loco! ¡Haz en seguida la señal de

la cruz! ¿Qué es eso que balbuceas? Se diría, verdaderamente, que estás soñando.

—Ni yo mismo lo sé; quizá esto no sea, verdaderamente, más que un sueño...

Se sentó en un banco, cerca de la ventana, y vió de pronto al judío Iankel que avanzaba por el camino hacia la aldea, con un gran fardo al hombro. El molinero se estremeció, y, señalando al judío, preguntó a las mujeres:

—¿Quién es aquél que avanza por allí?

—¡Toma! Es nuestro Iankel.

—¿Y qué es lo que lleva al hombro?

—Un gran fardo. Vuelve de la ciudad.

—Pues ya lo veis, todo esto no ha sido un sueño, sino la realidad. Vuelve el judío. Acabo de verle, hace un momento, cerca de mi molino...

—Pues no hay nada de extraño en eso.

—¡Cómo que no hay nada de extraño! ¿O es que no sabéis, quizá, que el año pasado se lo llevó Japun, el diablo judío?

Y el molinero se puso a contar todo lo que le había pasado. Las dos mujeres le escuchaban con una extrañeza creciente, los ojos muy abiertos. Poco a poco, los aldeanos comenzaron a reunirse delante de las ventanas, y cambiaban sus impresiones en alta voz.

—¡Qué pícaro es ese molinero!—decían—. Antes de salir el sol se encuentra ya en esta casa. Sería curioso saber por quién viene, si por la vieja o por la hija.

En una palabra; que la pobre Galia era el ob-

jeto de escandalosas murmuraciones. El molinero comprendió que no le era permitido comprometer hasta ese punto a una joven. Lo único que podía hacer era casarse con ella. Y lo hizo. Además, la seguía amando apasionadamente, sobre todo desde que lo libró de las garras del diablo. Y no tuvo razón ninguna para quejarse de su matrimonio.

Ahora viven los dos en el molino, y tienen hijos. En cuanto a la taberna, el molinero no quiere pensar en ella, ni explota la miseria de los pobres campesinos prestándoles dinero con crecidos intereses. Y cuando oye a la gente decir que sería bueno echar de la aldea al judío Iankel, se opone enérgicamente.

—¿Y la taberna?—pregunta—. ¿Quién se quedaría entonces con la taberna?

—Siempre se encontraría alguno.

—Quizá usted mismo pudiera ser el sucesor de Iankel.

—¿Por qué no?

El molinero, a guisa de respuesta, lanza un silbido irónico.

Esto es lo que le sucedió al molinero. Su historia es tan maravillosa, que hasta el presente nadie sabe en la aldea si tuvo lugar o no. No se puede admitir que el molinero la inventara desde el principio hasta el fin; era un hombre serio, incapaz de semejante cosa. Por otra parte, los aldeanos tenían el testimonio de Gavrilo, que continúa

habitando en el molino; no obstante confesar que aquella noche tenía una borrachera enorme, recuerda, sin embargo, que el molinero le abrió la puerta, y que su rostro estaba mortalmente pálido. Era verdad también que Iankel volvió de la ciudad al amanecer, antes de salir el sol, con un gran fardo al hombro, y que Opanas, igualmente, había vuelto a su casa borracho y descalzo. Por tanto, todo aquello no era un sueño del molinero.

Pero, al mismo tiempo, no se podía admitir que en el curso de estos acontecimientos hubiera transcurrido un año entero, puesto que el molinero había ido, espantado y descalzo, a casa de Galia, al día siguiente de la escena tempestuosa que tuvo con las dos mujeres.

Yo creo que lo mejor será no romperse la cabeza para descifrar el enigma. Es posible que todo esto haya sucedido en realidad, como también es probable que no sea más que un sueño del molinero; ello no tiene mucha importancia. Pero oíd lo que os voy a decir: si tenéis algún amigo que posea un molino o dos tabernas, y que, sin dejar de fulminar anatemas contra los judíos, explote vergonzosamente a los pobres y les robe su último copec, leedle esta historia. Os garantizo que le causará una impresión profunda. Quizá no abandone su oficio; pero estoy seguro que os ofrecerá una copita de "vodka", sin mezclarla esta vez con agua.

Naturalmente, habrá personas que, al oír esta

historia, os llenarán de insultos. A esas les diría yo:

—Podéis enfadaros cuanto queráis, pero tened cuidado, no vaya a ocurriros lo que al molinero.

Porque, sabedlo, después de esta aventura los habitantes de Novokamenka han visto varias veces al diablo volando por encima de la aldea, en busca de una nueva presa. Así, pues, tened cuidado, buena gente, de no probar sus garras ¡Todo es posible en este mundo!...

EL SUEÑO DE MAKAR

I

Makar vivía en Siberia, ese pobre país lejano, amortajado en nieve.

Su aldehuela, Chalgan, estaba perdida en la "taiga" (1) de Yakutsk. Los padres y los abuelos de Makar habían elegido en la "taiga" un pequeño trozo de terreno helado, y aunque estrechamente cercados por el bosque hostil, no desesperaron. En el calvero comenzaron a construir casitas, rodeadas de hayas, y labraron la tierra helada. Pronto fué aquello una pequeña aldea. Sobre la colina, en el centro de la aldea, apareció una iglesia, cuyo campanario ascendía con orgullo hacia el cielo. Algún tiempo después, Chalgan se convirtió en un gran pueblo.

Mientras los padres y los abuelos de Makar luchaban contra la "taiga", incendiando y derribando árboles, tornáronse salvajes, sin darse cuenta de ello. Casáronse con mujeres "yakutas", hablaron su lengua y adoptaron las costumbres del país.

(1) Se llama así el bosque virgen que se extiende millares de kilómetros sobre la Siberia oriental.

Los rasgos característicos del gran pueblo ruso se borraron y desaparecieron poco a poco.

No obstante, Makar recordaba muy bien que era un verdadero campesino de Chalgan, es decir, ruso y no "yakut". Allí había nacido, había pasado toda su vida y esperaba morir· Estaba orgulloso de su origen ruso y manifestaba su menosprecio a los "yakuts", aunque hacía la misma vida que ellos y tenía sus mismas costumbres. Casi no hablaba en ruso, que conocía mal; se vestía con pieles, llevaba en los pies abarcas hechas de piel de ciervo y comía pan muy duro, que mojaba en un te de mal sabor. Los días de fiesta y en los casos solemnes, se bebía todo el aceite que había en la mesa. Sabía montar en los bueyes muy hábilmente. Cuando estaba enfermo llamaba al "chaman", es decir, al sacerdote pagano, quien, rabioso, rechinando los dientes, le golpeaba con furia para expulsar de su cuerpo al diablo, causa de la enfermedad.

Trabajaba como una bestia de carga, pero era pobre, sufría hambre y frío. ¿Tenía otros pensamientos que los de encontrar el pan duro y un poco de te?

Sí, los tenía.

Cuando estaba borracho, lloraba diciendo: "¡Qué miserable vida la mía." A veces soñaba también con irse a la montaña. Allí no labraría la tierra helada, no derribaría los árboles, no molería el grano entre dos piedras, y sería feliz. ¿Qué montaña era aquella misteriosa? ¿Dónde se hallaba?

Makar no lo sabía. Pero sí sabía que estaba en alguna parte, muy lejos, tan lejos que, de hallarse en ella, estaría fuera del alcance del mismo jefe del distrito. Y, naturalmente, no pagaría impuestos.

Cuando no estaba borracho no pensaba en esto, comprendiendo, sin duda, que esa montaña no existía más que en su imaginación. Pero cuando bebía algo, nuevamente le acometía aquel sueño. Llegaba a admitir que no podría encontrar, quizá, la montaña, o que podría engañarse y llegar a otra montaña distinta. Entonces, todo se habría perdido. Pero no se desanimaba y hacía sus preparativos para el viaje. Si no podía realizarlo, la culpa era del mal "vodka" que le vendían los tártaros que habitaban en las proximidades; para dar más fuerza a la bebida, mezclábanla con hojas de tabaco. Después de haber be bido, Makar se sentía débil y enfermo.

II

Era la víspera de Navidad. Makar sabía que el día siguiente era de gran fiesta. Con tal motivo, quería beber "vodka"; pero no podía comprarlo, porque no le quedaba casi pan, que reemplazaba allí el dinero. Estaba en deuda con los comerciantes de la localidad y con los tártaros, y ya no le fiaban. Y, sin embargo, el día siguiente era de gran fiesta; no podría trabajar' por tanto, tenía necesariamente que beber; ¿cómo,

si no, pasar el día? ¡Qué miserable vida! ¡Ni siquiera una botella de "vodka" para una fiesta tan importante!

Se le ocurrió una idea feliz. Se levantó y se puso la desgarrada pelliza. Su mujer, sólida, musculosa, extraordinariamente fuerte y al mismo tiempo extraordinariamente fea, conocía bien a su marido y penetraba sus primitivas intenciones. Adivinó inmediatamente sus planes.

—¿Dónde vas, diablo? ¿Quieres beber otra vez solo, sin mí?

—Cállate, voy a comprar una botella y mañana nos la beberemos juntos.

Le dió, a modo de caricia, un puñetazo formidable en el hombro y le guiñó el ojo maliciosamente. Ella casi cayó al suelo; pero—tal es el corazón de la mujer—encantada por la caricia de su marido, se quedó contenta, aunque bien sabía que iba a engañarla.

Salió Makar; sacó un viejo caballo del corral y lo enganchó al trineo. Pronto estuvo el caballo en la calle, arrastrando el trineo con su amo, y, volviendo la cabeza, preguntó a éste con la mirada adónde había que ir. Makar lo dirigió hacia la izquierda.

Al final de la aldea había una casita, medio enterrada en la nieve. Por encima del tejado, una columna de humo subía muy alto, ocultando con su masa blanca y ondulante la luna y las estrellas frías. A través de los gruesos trozos de hielo que cubrían las ventanas y protegían a los ha-

bitantes de la casa contra el frío, veíanse los resplandores del fuego, encendido en el interior. El aire estaba en calma.

Los habitantes de aquella casa eran deportados políticos, que habían venido de lejos. ¿Cómo y en qué condiciones habían llegado allí, a aquellas frías llanuras? Makar no lo sabía ni le importaba. Pero le gustaba estar con ellos, porque eran buenos para él y le pagaban siempre como es debido.

Dentro ya de la casa, Makar se dirigió inmediatamente a la chimenea y se puso a calentar sus manos heladas.

—¡Cha!—dijo, expresando con esta exclamación que tenía frío.

Los habitantes de la casa estaban allí. Sobre la mesa había una bujía encendida. Los hombres no hacían nada. Uno de ellos estaba echado en la cama, fumando y observando los círculos de humo de su cigarrillo, mientras reflexionaba profundamente. El otro, sentado cerca de la chimenea, miraba, pensativo, las lenguas de fuego que lamían la leña.

—¡Buena salud!—dijo Makar, por romper aquel silencio, que le disgustaba.

Naturalmente, ignoraba el dolor que oprimía los corazones de aquellos hombres, los recuerdos que asaltaban sus cerebros aquella noche, las imágenes fantásticas que veían en el fuego y en el humo de la chimenea. Por otra parte, él tenía sus preocupaciones propias.

El joven que estaba junto a la chimenea, alzó la vista y le miró con una mirada vaga, como si no le reconociera. Luego meneó la cabeza y se levantó.

—¡Ah, Makar! Buenos días. Has hecho bien en venir; tomarás el te con nosotros.

Makar aceptó, complacido.

—¿El te? Eso está muy bien.

Y empezó a quitarse la ropa. Después de haberse quitado la pelliza y el "schapka", se sintió más a gusto. Al ver que ponían carbones ardientes en el samovar, creyó deber decir algo agradable.

—Os quiero de veras—exclamó dirigiéndose al joven—. Os quiero tanto que no duermo por las noches.

El otro le miró fijamente, y en su rostro apareció una sonrisa amarga.

—¡Ah! ¿Nos quieres? Eso es que necesitas algo...

Makar tuvo un momento de vacilación.

—Sí, tengo una cosa... ¿Cómo lo has adivinado? Bien, cuando tomemos el te, diré de qué se trata.

En vista de que el te le había sido ofrecido, se creyó con derecho a pedir algo más.

—¿Tenéis carne, quizá? Me gusta mucho.

—No hay.

—¡Qué le vamos a hacer!—dijo Makar en tono conciliador—. Otra vez me la daréis, ¿no?

—Bien.

Ahora consideraba la carne prometida como una deuda, y él sabía reclamar las deudas.

Una hora después volvió a montar en su trineo. Los deportados le habían dado un rublo, por el cual debía entregarles una cantidad de leña para la chimenea. Les había jurado que aquel día no compraría "vodka" con el dinero; pero tenía la intención de hacerlo inmediatamente. El placer que le esperaba ahogaba en su pecho los remordimientos. Ni siquiera pensó en la terrible recepción que le haría su mujer, engañada, cuando volviera borracho.

—Pero, ¿dónde vas, Makar?—le gritó el joven, riendo, al ver que en vez de tomar el camino recto tomaba el de la izquierda, hacia el lado donde vivían los tártaros.

—¡Alto! —gritó Makar a su caballo—. ¡Qué bestia es este caballo!...

Pero al mismo tiempo tiraba de la brida izquierda.

El caballo, que comprendía bien el estado de ánimo de su amo, trotó en la dirección indicada, y pronto se detuvo ante la casa de los tártaros.

III

Había allí ya varios caballos atados.

La casita estaba llena de gente. Un humo espeso de mal tabaco pasaba lentamente por la chimenea y envolvía la habitación. Ante las mesas y sobre los bancos había sentados yakuts.

Sobre las mesas, tazas llenas de "vodka". Aquí y allá, dispersos, grupos de jugadores de baraja. Los rostros estaban congestionados y cubiertos de sudor. Los ojos, de mirada salvaje, escrutaban las cartas. Salía de los bolsillos el dinero, que los jugadores ocultaban en seguida. En un rincón, sobre la paja, un yakut, borracho, sentado, balanceaba estúpidamente la cabeza, cantando tristemente una canción improvisada sobre un tema sencillo: mañana era la gran fiesta, y él estaba borracho hoy.

Makar dió su rublo y recibió una botella de "vodka". Escondiéndosela en el pecho, se alejó procurando que los otros no le vieran, a un rincón obscuro. Allí, llenando una taza tras otra, se bebió la botella. El "vodka" estaba amargo y, con ocasión de la fiesta, añadido con tres cuartos de agua. Pero, en cambio, había muchas hojas de tabaco. Al beber, Makar sentía que se ahogaba; círculos de fuego pasaban ante sus ojos.

Se emborrachó en seguida. Se sentó en la paja, y cogiéndose las rodillas con las manos, puso entre ellas su cabeza pesada. Y, siguiendo el ejemplo del yakut borracho, se puso a improvisar una canción. Cantaba tristemente que mañana era la gran fiesta y él se había bebido el producto de la leña vendida.

Los recién llegados iban llenando cada vez más la habitación. A cada momento se veía entrar otros yakuts que venían a pedir "vodka" y a beberlo. El dueño se dió cuenta de que pronto falta-

ría sitio. Se levantó de la mesa y miró a su alrededor. Su mirada cayó sobre el rincón donde estaban sentados Makar y el yakut.

Se acercó al yakut, y cogiéndole por el cuello, lo echó a la calle sin más explicaciones. Luego se acercó a Makar. Viendo que éste era de la aldea, lo trató con más miramientos; después de abrir la puerta de par en par, le dió un puntapié formidable. Makar se halló en la calle, con la nariz en la nieve.

Es difícil decir si se sentía ofendido. Tenía nieve en la cara, en las mangas, en todas partes. Levantándose con mucho trabajo, se dirigió, vacilante, hacia su caballo.

La luna estaba muy alta. El frío se había hecho aún más intenso. De tiempo en tiempo, detrás de una ancha nube sombría, se extendían por el cielo esos resplandores vagos que se ven con frecuencia en las regiones del Norte.

El caballo, comprendiendo el estado en que se hallaba su amo, se dirigió lentamente a casa, por propia iniciativa. Makar, sentado sobre el trineo y balanceando la cabeza, continuó su canción. Cantaba que se había bebido la leña vendida y que su mujer, sin duda, le iba a pegar. Los sonidos que salían de su garganta se parecían a los gemidos del aire nocturno, tan dolorosos, que el deportado político, que en aquel momento estaba en el tejado tapando el tubo de la chimenea, quedó penosamente impresionado.

El caballo subió una colina, desde la que se

veía mucha comarca en derredor. La nieve, iluminada por la luna, brillaba con millares de destellos. A veces, la luz de la luna se hacía más débil, y la nieve tomaba un matiz más sombrío, reflejando los resplandores vagos del cielo. En estos momentos parecía que las montañas, cubiertas de bosque espeso, estaban más próximas. Makar veía muy bien, en el lindero del bosque, la pe queña colina tras de la cual había colocado algunas trampas para coger fieras y pájaros.

Sus pensamientos tomaron una nueva dirección. Se puso a cantar que en una de sus trampas había caído un zorro. Mañana vendería la piel del zorro, y su mujer no le pegaría.

Cuando Makar entró en su casa, en el aire frío vibró el primer tañido de la campana. Se apresuró a decir a su mujer que había caído un zorro en la trampa. Olvidando por completo que ella no había bebido "vodka", quedó muy sorprendido cuando, a pesar de esta buena noticia, su mujer le dió un terrible puntapié en el trasero. Estando ya en la cama, todavía recibió algunos puñetazos.

Los solemnes tañidos de la campana inundaban la aldea Chalgan, y se extendían por la llanura hasta muy lejos.

IV

Estaba Makar tendido en la cama. Su cabeza ardía. Sentía como lumbre en su interior. Por sus venas se repartía la fuerte mescolanza del "vod-

ka" con el tabaco. La nieve derretida había dejado huellas en su rostro y en su espalda.

Su mujer creía que estaba dormido; pero no dormía. Pensaba en el zorro. Había llegado a convencerse de que el animal se hallaba en la trampa; hasta se figuraba que lo veía, cogido por la tenaza, arañando la nieve con sus uñas y tratando de escaparse. Veía la piel amarillenta, iluminada por la luna, y los ojos de la bestia atrapada.

No pudo resistir a la tentación de ir a coger el zorro, y se levantó. ¿Cómo? ¿Su mujer no le deja marchar? ¿Lo coge por el cuello con sus manos fuertes y lo arroja de nuevo sobre la cama? No; en el trineo, camino del bosque, vuela sobre la nieve endurecida. La aldea ha quedado atrás, lejos. Oye la voz grave de la campana de la iglesia. Ve en el horizonte las siluetas negras de los yakuts, que, montados en sus caballos, se dirigen a la aldea.

La luna había descendido. En el cielo, muy alta, estaba suspendida una nubecita blanca, que en un momento se ensanchó y se desgarró. A los dos lados del camino se veían pequeños matorrales; un poco más lejos, colinas. Cuanto más avanzaba Makar, más altos se hacían los árboles. La "taiga" se acercaba, silenciosa, llena de misterios. Los árboles brillaban bajo el rocío plateado. La luz suave de la luna, pasando a través de sus ramas, ponía claridad en los calveros y en los cadáveres gigantescos de los troncos cubiertos de nieve. Todo era allí sombrío, misterioso y taciturno.

Makar se detuvo. En este sitio, casi al lado del camino, había un sistema de trampas. Veía la hilera de ramas secas. Veía también la primera trampa. No le pertenecía, pero Makar no se cuidaba de ello. Bajó del trineo, y dejando el caballo en el camino, prestó oído. No se percibía ningún ruido, salvo el vago tintineo de las campanas, a lo lejos.

Makar no tenía nada que temer. El propietario de aquella trampa y de muchas otras, Alechska, su vecino y enemigo, se hallaba, sin duda, a aquella hora en la iglesia. No se veían huellas sobre la nieve; por tanto, no había venido nadie.

Avanzó por el bosque. La nieve helada sonaba bajo sus pies. Por todas partes había trampas esperando a los animales, para cogerlos entre sus brazos. Pero todas estaban vacías. Quiso salir del bosque, pero de pronto oyó un leve ruido. Y percibió, a través de los árboles, en un sitio iluminado por la luna, la rojiza piel y la espesa cola de un zorro, que se movía suavemente, como invitando a Makar a seguirle. Pronto el zorro desapareció; pero a los pocos minutos Makar oyó un ruido sordo. Su corazón empezó a latir furiosamente. No cabía duda: el zorro había caído en la trampa.

Makar se lanzó hacia adelante, a través de los árboles, que le golpeaban el rostro con sus ramas, llenándolo de nieve. Varias veces estuvo para caer. Respiraba fatigosamente. Llegó a un

calvero. La pequeña senda terminaba en una trampa. Algunos pasos más, y Makar podía apoderarse del zorro. Pero de repente vió en el camino la forma de un hombre. Era Alechska. Makar lo reconoció en seguida, por su figura de oso.

Makar estaba lleno de cólera; aquella trampa le pertenecía y Alechska no tenía derecho a tocarla. Verdad es que, algunos minutos antes, él mismo estaba examinando las trampas que pertenecían a Alechska, pero aquello era otra cosa muy distinta. Antes tenía miedo de que le cogieran, y ahora era él quien quería coger al ladrón.

Corrió hacia la trampa. Un zorro se encontraba en ella, con la pata en las tenazas. Alechska corría también hacia la trampa por el otro lado. El zorro sería para el que llegara primero.

Llegaron, por fin, a la trampa. Se veía la piel rojiza del zorro. Arañaba con sus uñas la nieve y miraba con sus ojos penetrantes.

—¡No le toques! ¡Es mío!—gritó Makar.

—¡Mío!—repitió como un eco Alechska.

Los dos se pusieron a levantar la trampa. El zorro, libre, dió un salto, se detuvo un instante, miró burlonamente a los dos hombres, lamió su herida y, moviendo suavemente la cola, huyó.

Alechska quiso lanzarse tras el animal, pero Makar lo agarró de la pelliza.

—¡No, es para mí!—gritó, y echó a correr tras el zorro.

—¡Para mí!—gritó de nuevo, como un eco,

Alechska que, a su vez, retuvo a Makar por un pico de la pelliza, y se lanzó hacia adelante.

Makar, loco de ira, le siguió. Ambos corrían mucho. Makar se olvidó del zorro. Las ramas de los árboles le golpeaban en pleno rostro, pero no hacía caso, y, lanzando gritos belicosos, estaba ya a punto de alcanzar a su enemigo. Pero Alechska había sido siempre más astuto que el pobre Makar. Se paró de repente, se volvió hacia Makar y, con la cabeza, le dió un golpe formidable en el vientre. Makar cayó al suelo. Alechska, después de lanzar un grito de victoria, escapó por el bosque intrincado.

Un minuto después, Makar se levantó. Sentíase humillado, golpeado, en un terrible estado de ánimo. El zorro, que casi era suyo, estaba lejos.

Era más profunda la obscuridad. La nubecita blanca apenas si se veía. Makar sentía en todo su cuerpo las picaduras de la nieve que le entraba por las mangas, por el cuello, por la espalda, hasta las piernas. Su "schapka" se lo había llevado Alechska; en la lucha había perdido los guantes. Makar estaba desesperado; bien sabía que el frío siberiano es terrible cuando no se tienen guantes ni "schapka".

Caminó hacia adelante. Según sus cálculos, hacía ya mucho tiempo que debía haber salido del bosque, pero el bosque le rodeaba siempre, con sus altos árboles silenciosos. No le dejaba, reteniéndole entre sus brazos. A lo lejos seguían oyéndose los sonidos vagos de la campana. Qui-

so guiarse por aquellos sonidos, pero en vez de hacerse más fuertes, se hicieron, por el contrario, más débiles y lejanos. La desesperación se apoderó de Makar.

Estaba cansado, extenuado, abatido. Las piernas no le obedecían ya. Le dolía todo el cuerpo y respiraba fatigoso. Sus piernas y sus manos se helaban, así como su cabeza descubierta.

—¡Estoy perdido!—pensó.

Pero seguía andando.

El bosque guardaba un silencio inquietante, cerrando, por encima de la cabeza de Makar, su bóveda impenetrable y sombría, sin dejar ni una luz de esperanza.

—¡Estoy perdido!—repetía sin cesar.

Las fuerzas le abandonaron completamente. Los arbolillos le golpeaban insolentes en la cara, burlándose de su impotencia. Una liebre blanca apareció ante Makar, se sentó sobre sus patas traseras y se puso a lavarse, haciéndole muecas impertinentes. Se diría que conocía bien a Makar, a aquel mismo Makar que había colocado trampas por todas partes para coger a las pobres liebres. Ahora, ella se burlaba de él. Makar lo veía con amargura.

Poco a poco el bosque se fué animando, pero con una animación hostil. Los árboles lejanos tendían hacia él sus largas ramas, tratando de cogerle por los cabellos y golpearle en el rostro. Los pájaros, con una malvada curiosidad, le miraban a los ojos y se burlaban de él en voz alta.

Finalmente, millares de zorros aparecieron entre los árboles. Le miraban burlonamente, agitando sus orejas agudas. Las liebres, que eran también muy numerosas, reían a carcajadas, diciéndole que se había perdido y que no saldría ya jamás de la "taiga".

Esto era demasiado.

—¡Estoy perdido!—repitió Makar.

Se decidió a morir de una vez, antes que sufrir tan cruelmente.

Se echó sobre la nieve.

El frío se había hecho más intenso. Las débiles luces de la noche atravesaban apenas la enramada. Casi no se oía la campana de la remota aldea.

Makar no vió ni oyó nada.

Estaba muerto.

V

No sabía cómo podía ser aquello. Esperaba que su alma saliera del cuerpo, pero no salía nada. Y, sin embargo, tenía la seguridad de que estaba bien muerto, y permanecía sin movimiento. Es tuvo así mucho tiempo, tanto tiempo, que ya empezaba a fastidiarle aquello.

La obscuridad era completa cuando sintió que alguien le empujaba con el pie. Volvió la cabeza y abrió los ojos. Los árboles estaban ahora tranquilos, como avergonzados de las sandeces que habían hecho antes. Los abetos tendían sus largos brazos, cubiertos de nieve, y los balancea-

ban en silencio. La nieve, también silenciosamente, caía del cielo. Las buenas estrellas miraban desde lo alto, a través de las ramas, y parecían decir: "¡Pobre hombre! ¡Está muerto!"

Cerca de Makar, empujándole con el pie, estaba el viejo pope Ivan. Cubría la nieve su largo ropaje, su "schapka", sus hombros y su barba. Para mayor asombro de Makar, era el mismo pope Ivan que había muerto hacía ya cuatro años.

Había sido un buen pope. Era muy indulgente para Makar, y no le pedía jamás dinero. Makar fijaba él mismo el precio de los servicios religiosos, y ahora recordaba, avergonzado, que se los pagaba muy poco, y a veces ni siquiera se los pagaba. Pero el pope Ivan no lo tomaba a mal. Sólo pedía una cosa: que le pusieran delante una botella de "vodka". Si Makar no tenía dinero para comprarlo, el pope enviaba a buscar el "vodka" con su propio dinero, y bebían juntos. El pope acababa siempre por emborracharse; pero no daba a Makar más que algunos puñetazos muy flojos. Después, Makar acompañaba al pope a casa de su mujer.

Sí; fué un buen pope; y su muerte había sido horrible. Una vez, estando solo en casa, muy borracho, se acercó a la chimenea para encender la pipa Pero como no podía tenerse en pie, se cayó en la chimenea, y el fuego lo quemó vivo. Cuando volvió su mujer, no encontró más que las piernas del marido.

Todo el mundo compadecía al pobre pope; pero, como no habían quedado de él más que las pier nas, ningún médico del mundo podría curarle ya. Sus piernas fueron enterradas, y su puesto ocupado por otro pope.

Ahora, el pope Ivan, entero, estaba junto a Makar y le empujaba con el pie.

—¡Levántate, Makar!—le dijo—. ¡Vamos!

—¿Dónde?—preguntó Makar descontento.

Creía que, una vez muerto, su deber era permanecer inmóvil; no valía la pena de levantarse y caminar por el bosque. Si no, ¿a qué morirse?

—Vamos a casa del gran Toyon (1)—dijo el pope.

—¿A qué?

—A que te juzgue—respondió el pope con voz triste y dulce.

Makar recordó que, en efecto, después de la muerte, hay que presentarse ante un tribunal. Lo oyó una vez en la iglesia. Por tanto, el pope tenía razón. Había que levantarse.

Y se levantó, gruñendo que ni aun después de muerto le dejan en paz a uno.

El pope iba delante; Makar le seguía. Caminaban en línea recta. Los árboles, humildemente, les abrían paso. Se dirigían hacia el Este.

Makar notó con extrañeza que el pope, al andar, no dejaba ninguna huella sobre la nieve. Miró detrás de sí, y vió que él tampoco dejaba hue-

(1) En lengua yakuta, Toyon quiere decir jefe.

llas. El pope, adivinando su extrañeza, volvió la cara hacia él y dijo:

—No te ocupes de eso. Son pensamientos profanos que vas a pagar caros.

—¡Ah, Dios mío!—respondió de mal humor Makar—. ¡Qué severo te has vuelto!...

El pope meneó la cabeza y siguió andando.

—¿Está lejos todavía?—preguntó Makar.

—Lejos.

—¿Y qué es lo que vamos a comer en el camino?

—¿Pero no sabes que estás muerto y que ya no necesitas comer ni beber?

Makar hizo una mueca de disgusto; cuando no tiene uno nada que comer, se está inmóvil, como él se había quedado inmediatamente después de muerto; pero cuando se anda, hay que comer, sobre todo si la caminata es larga. Aquello le parecía estúpido, y se lo dijo al pope:

—¡Quejarse es malo!—respondió el otro—. ¡Cállate!

Pero Makar continuaba lamentándose. A pesar de todo, las cosas estaban mal orderadas. ¡Hacer andar a la gente y no darle de comer! ¿Habíase visto jamás nada parecido?

Siempre gruñendo, seguía al pope. El camino era terriblemente largo. Aunque Makar no había visto salir el sol, le parecía que estaba andando hacía lo menos una semana: tantos barrancos y llanos, ríos y lagos habían dejado atrás; le parecía

que el bosque andaba solo, y que las altas montañas de nieve se ocultaban detrás del horizonte.

Se diría que iban subiendo cada vez más alto. Las estrellas se hacían más grandes y más claras. Por encima de la cúspide de una montaña que habían tramontado, apareció un trozo de luna, que hasta entonces no había sido visible. Parecía querer escaparse; pero el pope y Makar corrieron tras ella. Al fin se alzó toda en el horizonte. Caminaban ahora por una llanura muy elevada.

Había mucha más claridad que antes, probablemente porque estaban cerca de las estrellas. Cada estrella era grande como una manzana y brillaba con mucha fuerza; la luna parecía la tapa de un gran tonel de oro, y brillaba como el sol, iluminando la llanura desde un extremo al otro. Se veía distintamente cada partícula de nieve. Numerosas sendas cruzaban la llanura y se juntaban en un punto, al Este. Había mucha gente, a pie y a caballo, vestida de todas maneras.

De pronto, Makar, que fijó su mirada en un hombre montado a caballo, echó a correr hacia él.

—¡Alto!—le gritó el pope.

Pero Makar no le hizo caso, ni siquiera le oyó. Había reconocido a un tártaro que le había robado su caballo hacía seis años, y que había muerto hacía cinco. Ahora, el tártaro iba montado en el caballo de Makar. Los pies del caballo, que corría a galope, levantaban por todas partes la nieve, que brillaba con mil resplandores. Makar quedó sorprendido al ver que él, a pie, podía alcan-

zar al tártaro, que iba a caballo. Pero el tártaro, al ver a Makar a pocos pasos, se detuvo en seguida. Makar se puso a gritar:

—¡Ladrón! ¡Vamos al puesto de Policía! Ese es mi caballo, el mío; le reconozco por su oreja desgarrada... ¡Qué bribón! Se pasea tranquilamente en mi caballo, mientras que yo me veo obligado a caminar a pie, como un mendigo...

—Oye—respondió el otro—, no vale la pena de molestar a la Policía. ¿Afirmas que este caballo es tuyo? Pues bien, cógele. ¡Cochino animal! Cinco años hará que voy montado en él, y, sin embargo, no me muevo del sitio. Los peatones van más a prisa que yo. Esto es una vergüenza para un buen tártaro...

Iba ya a descender del caballo; pero en aquel momento llegó el viejo pope corriendo, sofocado, y cogió a Makar de la mano.

—¿Qué vas a hacer, desgraciado? ¿No ves que el tártaro te quiere engañar?

—¡Y tanto que me engaña!—gritó Makar indignado—. El caballo era muy bueno; me querían dar por él cuarenta rublos... Si no es bueno ya, la culpa es tuya. Lo mataré para carne, y tú vas a pagarme mis cuarenta rublos. ¡Yo sabré defender mi derecho hasta contra los tártaros!...

Gritaba mucho, de propósito, para reunir gente a su alrededor, pues estaba acostumbrado a tener en poco a los tártaros. Pero el pope Ivan le detuvo.

—¡Cállate, Makar! Te olvidas siempre de que

estás muerto. No tienes necesidad de caballo. Además, ¿no estás viendo que avanzas más rápidamente a pie que el tártaro a caballo? A caballo necesitarías mil años para llegar.

Entonces Makar comprendió por qué el tártaro se apresuraba a devolverle su caballo.

—¡Qué bribones son!—pensó.

Y se encaró con el tártaro:

—Bien; guarda el caballo; yo presentaré una demanda contra ti.

El otro, colérico, fustigó al caballo, que se enderezó e hizo ademán de andar más de prisa; pero, en realidad, no avanzaba nada.

—Escucha, amigo—dijo el tártaro a Makar—. ¿Tendrías, quizá, un cigarrillo? Quisiera fumar uno; hace más de cuatro años que no he fumado.

—¡Quita de ahí!—respondió furioso Makar—. ¿Será bribón? Me ha robado mi caballo y ahora me pide cigarrillos. Revienta si quieres, que no he de llorarte.

Y se alejó.

—Has hecho mal en negárselo—le dijo el pope Ivan—. El gran Toyon te hubiera perdonado en el tribunal lo menos un centenar de pecados.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?—preguntó Makar furioso.

—Después de muerto es ya tarde para aprender las cosas. Deberías haberlas aprendido en vida, por lo que te decían los popes.

Makar se puso de mal humor. ¡Los popes! Sabían muy bien coger el dinero; pero ni siquiera le

habían dicho cuándo hay que dar un cigarrillo a un tártaro para alcanzar el perdón de los pecados. ¡Un centenar de pecados! ¡Eso ya es algo! ¡Y por un solo cigarrillo!

—Oye—dijo al pope—. Tengo aquí cinco cigarrillos; a mí me basta uno; le voy a dar al tártaro los otros cuatro. Serán cuatrocientos pecados que me perdonen.

—Vuelve la cabeza y mira hacia atrás—le dijo el pope.

Makar obedeció y no vió más que la llanura desierta. El tártaro era un puntito en el horizonte, que desapareció muy pronto por completo.

—¡Peor para él!—dijo Makar—. ¡Maldito tártaro! ¡Me ha echado a perder mi caballo!

—No—objetó el pope—; no lo ha echado a perder; pero es un caballo robado, y el caballo robado, según el proverbio, no va lejos.

Makar había oído aquel proverbio; pero había visto muchas veces a los tártaros correr muy de prisa en caballos robados. Ahora se convencía de que el proverbio tenía razón. En la llanura aparecieron de nuevo numerosos jinetes. Todos aparentaban ir muy de prisa; sus caballos corrían a todo correr; pero, a pesar de eso, Makar los adelantaba a todos y los dejaba atrás.

La mayor parte eran tártaros; pero había también algunos campesinos de su aldea. Iban sentados en bueyes, a los que pegaban con sus estacas. Makar miraba a los tártaros con hostilidad, y decía que el castigo que se les había impuesto

no era bastante duro; pero al encontrarse con sus convecinos, se detenía y hablaba amistosamente con ellos; aunque también ladrones, eran, después de todo, amigos. A veces, hasta les ayudaba a empujar hacia adelante sus bueyes y sus caballos. Pero apenas andaba algunos pasos, los jinetes retrocedían y avanzaban luego muy poco a poco.

La llanura parecía interminable y desierta. Cada dos jinetes que encontraban estaban separados por centenares y aun millares de verstas.

Entre otros, Makar encontró a un viejo que no conocía, si bien por el traje presumió que era, sin duda, de su aldea. Iba vestido con una vieja pelliza, hecha jirones; llevaba pantalones y botas muy usados. Pero lo más triste era que, a pesar de su vejez, llevaba a cuestas a una mujer aún más vieja, cuyas piernas arrastraban por el suelo. Estaba sofocado, y se apoyaba en su bastón con todas sus fuerzas.

Makar tuvo lástima de él. Se detuvo; el viejo también.

—¿Qué hay?—preguntó amistosamente Makar.

—Nada.

—¿Qué es lo que has visto?

—No he visto nada.

—¿Qué es lo que has oído?

—No he oído nada.

Estas eran las fórmulas habituales entre los yakuts.

Makar esperó un poco; luego se puso a hacer

preguntas al viejo. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Adónde iba?

El viejo dijo su nombre. Hacía ya mucho tiempo, no recordaba cuánto, que había salido de Chalgan y se había ido a la montaña. Allí no hacía nada; se alimentaba de raíces y de hierbas; no labraba la tierra, no sembraba y no pagaba los impuestos. Cuando murió, compareció ante el tribunal del gran Toyon. El gran Toyon le preguntó quién era y qué hacía. Confesó que había abandonado la aldea y se había ido a la montaña. "Está bien—dijo el gran Toyon—; pero ¿qué es lo que has hecho de tu mujer? Ve a buscarla." Y fué a buscar a su mujer, que, poco antes de morir, pedía limosna, y no tenía casa, ni vaca, ni pan, ni nadie que la alimentara Era tanta su debilidad, que no podía andar, y por eso tenía que llevarla a cuestas para presentarla ante el gran Toyon.

El viejo se echó a llorar; pero la vieja le dió un puntapié, como a los bueyes, y le gritó:

—¡Adelante!

Makar se apiadó de la suerte del viejo, y se alegró de no haberse escapado a la montaña cuando lo pensó; su mujer era enorme, pesada, y le hubiera costado mucho trabajo llevarla, sobre todo si le iba dando puntapiés sin cesar. Se hubiera muerto por segunda vez.

Queriendo ayudar al viejo, levantó del suelo las piernas de la mujer; pero en el mismo instante desaparecieron ambos.

Makar siguió su camino sin encontrar ninguna

persona digna de atención. Había ladrones abrumados, como bestias de carga, bajo el peso de los bienes robados, y que avanzaban lentamente; grandes jefes yakuts, subidos en sus caballos, tocando casi las nubes con sus "schapkas" agudos; junto a ellos corrían sus criados, flacos como liebres. Había también un asesino lleno de sangre, de mirada salvaje; en vano trataba de lavarse la sangre con la nieve; cuando tocaba la nieve, se volvía roja a su alrededor, y las manchas de sangre que cubrían al desgraciado, se hacían todavía más visibles. Lleno de horror, el asesino seguía andando, y se ocultaba a las miradas de espanto de los transeuntes.

En la atmósfera revoloteaban, como pájaros, almitas de niños. Eran muy numerosas, y Makar no se sorprendió de ello; sabía bien que la mala alimentación, el frío y el barro hacían morir en Chalgan a los niños a centenares. La vista del asesino inspiraba a aquellas almitas tal horror, que volaban muy de prisa en todas las direcciones.

Makar notó que, en comparación con los demás, avanzaba rápidamente, y atribuyó esta circunstancia a su virtud.

—Oye, padre—dijo al pope—; aunque en vida me gustaba el "vodka", en suma yo no era malo, ¿verdad? Dios me quiere.

Escrutó el rostro del pope con la mirada, para adivinar su pensamiento; pero el otro se limitó a una respuesta lacónica:

—Vas a verlo. Estamos cerca.

La llanura se hacía más clara. En el horizonte aparecieron algunos rayos de sol, que recorrieron rápidamente el cielo y apagaron las estrellas. La luna desapareció. Se levantaron brumas por todas partes y rodearon la llanura como una guardia de honor.

En un lugar, al Este, aquellas brumas eran claras como guerreros acorazados de oro. Las brumas se pusieron en movimiento; los guerreros de oro se inclinaron, y el sol, subiéndose en sus hombros, se puso a mirar la llanura, inundada inmediatamente por una claridad esplendorosa. Las brumas se desgarraron al Oeste y subieron lentamente a lo alto.

Le pareció a Makar que oía una bella canción Era el himno solemne con que la tierra saluda a diario la aparición del sol. Hasta entonces, Makar no había puesto atención a ello, y sólo entonces comprendió la belleza de aquel himno.

Permaneció inmóvil y escuchó. Hubiera querido estar escuchando eternamente aquel cántico divino...

....

El pope Ivan le tocó con la mano.

—Entremos—dijo—. Hemos llegado.

Makar se dió cuenta de que se hallaba ante una gran puerta, oculta, poco antes, entre la bruma.

No tenía muchas ganas de seguir al viejo pope; pero había que obedecer.

VI

Entraron en una bella y amplia "itsba" (1). Cuando hubo entrado, notó Makar que fuera hacía mucho frío. En medio de la vasta habitación había una hermosa chimenea de plata, una verdadera obra de arte; en aquella chimenea ardían leños de oro, que daban un calor agradable, que penetraba por todo el cuerpo. El fuego no deslumbraba, no hacía daño a los ojos; pero calentaba admirablemente. Makar se hubiera estado con gusto eternamente al lado de aquel fuego. El pope se acercó también y se puso a calentar sus manos heladas.

Había cuatro puertas, de las que sólo una daba a la calle; por las otras tres entraban y salían jóvenes vestidos de blanco. Makar pensó que debían ser los criados del gran Toyon. Hasta le parecía haberlos visto; pero no podía recordar cómo ni cuándo. Todos tenían en la espalda grandes alas blancas. Esto le sorprendió mucho a Makar, y se dijo que probablemente el gran Toyon tendría otros criados, pues éstos, con sus alas, no podían abrirse paso en la "taiga" espesa cuando tuvieran que ir a cortar leña.

Uno de los criados se acercó a la chimenea, y, dándole la espalda a Makar, entabló una conversación con el pope Ivan.

---

(1) Casa rústica.

—¡Habla!

—No hay nada que hablar.

—¿Qué es lo que has oído por el mundo?

—No he oído nada.

—¿Qué es lo que has visto?

—No he visto nada.

Callaron un instante. Luego el pope dijo:

—Os he traído uno.

—¿De Chalgan?

—Sí, de Chalgan.

—Entonces, hay que preparar la gran balanza.

Salió por una de las puertas para disponer lo necesario.

Makar se encaró con el pope, preguntándole para qué hacían falta balanzas, y especialmente grandes balanzas.

El otro, un poco confuso, respondió:

—Es que hay que pesar el bien y el mal que hayas hecho en tu vida. En todos los hombres, el bien y el mal se encuentran, relativamente, equilibrados; pero los habitantes de Chalgan tienen tantos pecados, que el gran Toyon mandó hacer para ellos otras balanzas, con un platillo especial para los pecados.

Makar se puso serio, y su alma se atemorizó.

Los criados trajeron una gran balanza. Uno de los platillos era pequeño y de oro; el otro, inmenso y de madera. En este último se abrió de repente un gran agujero negro.

Makar se acercó y examinó minuciosamente la balanza. Tenía miedo de que le engañaran en el

peso. Pero todo estaba en regla. Makar no comprendía aquello, y hubiera preferido otra balanza más primitiva, como las que estaba acostumbrado a ver en su aldea.

—¡Ya viene el gran Toyon!—anunció el pope Ivan, visiblemente turbado.

La puerta de en medio se abrió, y el gran Toyon, muy viejo, muy viejo, con una larga barba blanca, que le llegaba hasta la cintura, hizo su aparición. Estaba vestido con ricas pieles y telas que Makar no había visto nunca. Calzaba botas de piel.

Makar reconoció inmediatamente al mismo viejo que había visto en un icono, en la iglesia. Pero el de la iglesia tenía a su lado a su hijo. Makar supuso que el hijo estaría ocupado en otra parte, en el arreglo de la casa.

Una paloma entró en la habitación, y después de dar algunas vueltas por el techo, se posó en las rodillas del viejo. Este, que se había sentado en una silla, acarició con la mano a la paloma.

El gran Toyon tenía un rostro dulce y sereno. Cuando Makar estaba triste, miraba aquel rostro y se sentía confortado. Tenía razones suficientes para estar triste; pasó mentalmente revista a toda su vida, en sus más nimios detalles, y recordaba cada uno de sus pasos, cada hachazo, cada árbol derribado, cada vaso de "vodka" bebido, cada una de sus malas acciones.

Sentía vergüenza y miedo. Pero habiendo lanzado una mirada sobre el Toyon, se tranquilizó un

poco. Se dijo que quizá lograra ocultarle algunos pecados.

El Toyon le miró y le preguntó de dónde era, cuál era su nombre, qué edad tenía. Makar respondió a todas las preguntas.

—¿Qué has hecho durante la vida?

—Tú lo sabrás. Eso debe estar escrito en tus libros.

No estaba muy tranquilo; quería saber si, en efecto, había libros allí.

—Dilo tú mismo—ordenó el Toyon.

Makar cobró ánimos y empezó a enumerar todos sus trabajos. Aunque recordaba muy bien cada hachazo, cada árbol derribado, añadía al número real centenares de árboles y millares de vigas y de tablas. Cuando terminó, el viejo Toyon se dirigió al pope Ivan.

—¡Tráeme el libro!

Makar comprendió que el pope Ivan era el secretario del Toyon, y se enfadó mucho porque no se lo había dicho antes.

El pope trajo un gran libro, le abrió y se puso a leer.

—¿Cuántas vigas hay señaladas ahí?—preguntó el gran Toyon.

El pope miró y dijo con voz triste:

—Ha aumentado en su declaración trece mil.

—¡Miente ese pope!—gritó furioso Makar—. Probablemente se habrá equivocado al escribir en el libro, porque era un borracho y murió de una muerte vergonzosa.

—¡Cállate!—ordenó el Toyon—. ¿Acaso el pope Ivan te pedía dinero de más por sus servicios religiosos?

—Eso no—confesó Makar.

—Pues no le insultes. Y que le gustaba el "vodka", ya lo sabía yo.

Estaba visiblemente enfadado.

—Lee ahora los pecados en el libro—dijo al pope Ivan—; éste quiere engañarme; no me fío de él.

Entretanto, los criados habían echado en el platillo de oro todas las vigas, las tablas, la leña, el heno, el trigo; en fin, todo el producto del trabajo de Makar. Había tanto, que el platillo de oro descendió muy abajo, mientras que el de madera subió tan alto, que no se le podía tocar con la mano. Entonces un centenar de criados jóvenes volaron, batiendo sus alas, hasta el techo, y con unas cuerdas tiraron hacia abajo del platillo de madera.

¡Rudo había sido el trabajo de Makar!

El pope Ivan se puso a contar las veces que Makar había engañado en su vida. La cifra era imponente: 21.933 veces. Luego, el pope Ivan contó el número de botellas de "vodka" que Makar se había bebido: eran 400. Y el pope seguía leyendo. Makar veía que el platillo de madera iba pesando más que el platillo de oro.

Pensó que su situación era triste, y, habiéndose aproximado a la balanza, quiso sostener el pla-

tillo con el pie, a escondidas. Pero uno de los criados lo notó y dió una voz.

—¿Qué hay?—preguntó el gran Toyon.

—Quería sostener el platillo con el pie.

Entonces el Toyon dijo muy furioso a Makar:

—Estoy viendo que no tienes honradez y que eres un borracho y un holgazán. Además, no has satisfecho los impuestos, has pagado mal los servicios del pope, no has respetado a los jefes...

Y dirigiéndose al pope Ivan, preguntó:

—¿Quién de los habitantes de Chalgan carga y maltrata más a los caballos?

—El viejo postillón.

Entonces el gran Toyon dijo:

—Pues bien, ese holgazán, que quiere engañarnos, le servirá de caballo. Después ya veremos.

Apenas hubo dicho esto, la puerta se abrió y entró el hijo del Toyon. Se sentó a la derecha de su padre y dijo:

—¡He oído tu veredicto, padre! He vivido mucho tiempo en la tierra y conozco bien aquello; ese pobre hombre será muy desgraciado en casa del postillón. Pero puesto que tú lo quieres, hágase tu voluntad. Deja solamente que nos cuente algo de su vida. Habla, pobre hombre.

Entonces sucedió algo extraño. Makar, aquel mismo Makar que en toda su vida no había pronunciado más de diez palabras seguidas, se sintió de repente orador. Empezó a hablar, y él mismo se sorprendió. Parecíale que era otro Makar el que hablaba, y que él le escuchaba, asombrado.

No daba crédito a sus propios oídos. Su discurso estaba bien preparado, las palabras salían de su boca en buen orden y se colocaban una al lado de otra. No experimentaba ningún temor y hablaba en voz alta, sintiendo al mismo tiempo que sus argumentos eran muy convincentes.

El viejo Toyon, que al principio tenía cara de enfadado, se puso a escucharle con atención, comprendiendo que no era tan bruto como lo había creído al principio. El pope Ivan, asustado de la audacia de Makar, le hacía señas para que se callara; pero, sin hacerle caso, Makar seguía hablando. Los jóvenes alados, vestidos de blanco, se habían puesto en pie junto a la puerta abierta y escuchaban el discurso de Makar.

Empezó diciendo que no quería servir de caballo al postillón, no por temor al trabajo pesado, sino porque la sentencia era injusta. Y puesto que era injusta, no se sometería a ella. Estaba muy decidido. Que hicieran con él lo que quisieran; pero no iría a casa del postillón. Podían enviarle a servir al mismo diablo; pero a casa del postillón no iba. No le asustaba hacer de caballo; a los caballos les dan cebada. En cambio él, Makar, había sido toda su vida una bestia de carga y nadie le había dado cebada.

—¿Eras una bestia de carga? ¿Cómo es eso? —preguntó el gran Toyon.

Pues muy sencillamente. Había llevado a cuestas a las autoridades, a los caciques, a los popes, a todo un ejército de pequeños y grandes je-

fes. Tuvo que pagar pesados impuestos. Había sufrido hambre, frío, calor y humedad, había conocido todas las miserias trabajando en la tierra helada y en la "taiga". Había sido como un animal que trabaja sin levantar la cabeza hacia el cielo y sin saber dónde se le lleva. No sabía nada. No entendía los sermones del pope en la iglesia y no comprendía por qué le tenía que pagar. ¿Sabía adónde y por qué se habían llevado a su hijo mayor cuando se fué al ejército? No sabía ni dónde había encontrado la muerte su pobre hijo, ni dónde reposaba su cuerpo.

¿Se le acusaba de haber bebido demasiado "vodka"? ¿Qué hacer? No podía remediarlo.

—¿Cuántas botellas?—preguntó el Toyon.

—¡Cuatrocientas!—respondió el pope Ivan.

Sí; eso también era cierto. Pero... ¿era aquello "vodka"? Tres cuartas partes de agua, sin contar las hojas de tabaco que había dentro. Ahora no salían ya cuatrocientas botellas, sino ciento nada más.

—¿Es verdad eso que está diciendo?—preguntó el gran Toyon al pope Ivan.

—Sí—respondió éste.

Y Makar continuó.

¿Había aumentado 13.000 vigas? Es posible Supongamos que no había hecho más que 16.000. ¿No eran bastantes? Además, 2.000 las había hecho cuando su primera mujer estaba enferma. Bien hubiera querido permanecer a su lado; pero la miseria le obligaba a ir a la "taiga" a traba-

jar. Allí lloraba de pena, y el frío helaba las lágrimas en sus ojos; pero él seguía trabajando. Después, su mujer murió. No tenía dinero para el entierro, y se contrató como leñador para ganar el dinero necesario. El patrón se aprovechó de su miseria y le pagó muy mal. Pero trabajaba con las lágrimas en los ojos, mientras que su mujer, muerta, esperaba en casa a que fueran a enterrarla. Así, pues, ¿no era justo que exagerase la cantidad de su trabajo?

El viejo Toyon tenía los ojos llenos de lágrimas. Makar notó que la balanza se había puesto en movimiento: el platillo de madera subió un poco; el de oro descendió.

Makar continuaba hablando siempre.

Había allí un libro en el que se escribía todo. Que se buscara en ese libro si había conocido jamás el gozo, la alegría, el afecto. ¿Dónde estaban sus hijos? Unos habían muerto, causándole una pena enorme; otros, ya crecidos, le habían abandonado y vivían en la más negra miseria. En la vejez se encontró solo con su segunda mujer, esperando la muerte, como dos abetos batidos por las intemperies y los vientos feroces.

—¿Es verdad eso?—preguntó el viejo Toyon.

—Sí, verdad—confirmó el pope Ivan.

La balanza se puso de nuevo en movimiento.

El gran Toyon reflexionó un poco y dijo:

—¡No lo comprendo! Hay en la tierra hombres verdaderamente virtuosos, de ojos claros, rostros serenos, con vestiduras limpias. Sus corazones

son dulces; sus almas, puras; pero tú... Mira cómo eres...

Todas las miradas se volvieron hacia Makar, y éste se rindió avergonzado. Bien sabía que sus ojos eran sombríos, su cara obscura, sus cabellos marañas, sus ropas harapos. Hacía mucho tiempo que quería haberse comprado unas botas nuevas para presentarse como es debido ante el tribunal supremo; pero siempre se bebía el dinero destinado a aquel objeto. Y ahora estaba ante el gran Toyon como un despreciable yakut, con las botas rotas. Le daba tanta vergüenza, que no sabía dónde poner los ojos.

—Sí—dijo el Toyon—; tu cara es obscura; tus ojos sombríos, tus ropas harapos, tu corazón pedernal. Yo amo a los hombres virtuosos y me aparto de los hombres como tú.

Makar tenía el corazón oprimido de dolor. Le daba vergüenza de toda su vida. Por un momento bajó la cabeza; pero en seguida la alzó de nuevo, y siguió hablando.

¿De qué hombres virtuosos hablaba el gran Toyon? Si se trataba de aquellos que vivían en la tierra en la misma época que Makar, él los conocía muy bien. Sí; sus ojos eran claros porque no habían llorado nunca, mientras él, Makar, no había cesado de llorar; sus rostros estaban limpios porque los lavaban y perfumaban; sus ropas eran hermosas porque otros las trabajaban para ellos. Pero él, Makar, había nacido también con unos ojos claros, donde se reflejaba el cielo y la tie-

rra, con el corazón siempre dispuesto a inclinarse ante todo lo que es bello y sublime. Si ahora le daba vergüenza de sí mismo, no era suya la culpa. ¿De quién, pues? No lo sabía. Lo único que sabía es que estaba harto de sufrir...

VII

Si Makar hubiera visto el efecto que en el gran Toyon habían producido sus palabras, su corazón se hubiera calmado. Pero no lo veía; no veía tampoco que cada una de sus palabras ardientes caía pesada en el platillo de oro; no veía más que su desesperación.

Habiendo pasado revista a su miserable vida, se preguntaba cómo había podido soportar todo aquello. Probablemente, porque guardaba en su corazón la esperanza de días mejores. Pero la vida había acabado ya y la esperanza se había desvanecido. Este pensamiento le llenó de amargura. Una tempestad de cólera rugía en su alma. Se olvidó hasta del sitio donde estaba; se olvidó de todo, salvo de su cólera...

....

El viejo Toyon le dijo:

—¡Pobre hombre! Ya no estás en la tierra. Ven conmigo: aquí encontrarás justicia.

Makar se estremeció de emoción; no estaba acostumbrado a las palabras afectuosas. Su corazón endurecido se ablandó de repente. Se apiadó

de sí mismo, de su triste destino, y lágrimas de amor surcaron sus mejillas.

El viejo Toyon lloraba también. El pope Iván y los criados de las alas blancas lloraban igualmente.

La balanza se movía sin cesar, y el platillo de madera subía cada vez más alto...

LOS RUIDOS DEL BOSQUE

I

El bosque estaba agitado.

Siempre había ruido en aquel bosque, un ruido regular, sordo, como el eco de las campanas lejanas; tranquilo y vago, como una dulce romanza sin palabras, como un recuerdo del pasado. Siempre había ruido en aquel bosque, porque era muy viejo y no lo había tocado jamás el hacha de los leñadores. Los altos pinos seculares, con sus rojos troncos poderosos, se alzaban como un ejército sombrío, estrechando sus copas verdes en bóvedas espesas.

Abajo había calma y olía a alquitrán. A través del tapiz de verdes agujas que cubría la tierra crecían helechos anchos y fantásticos, completamente inmóviles. En los sitios húmedos, altas hierbas verdes. Las flores humildes inclinaban, cansadas, sus pesadas cabecitas. Pero en lo alto, incesantemente, sin interrupción, se oía el ruido del bosque, lanzando suspiros dolorosos.

Ahora estos suspiros se hacen cada vez más fuertes y profundos. Yo, montado en mi caballo,

caminaba por un estrecho sendero forestal. Aunque no podía ver el cielo, adivinaba, por la obscuridad del bosque, que allá en lo alto iban amontonándose gruesas nubes. La hora era bastante avanzada. Algunos rayos de sol perforaban el espeso follaje; pero sobre los árboles descendía ya la obscuridad.

Se avecinaba el huracán.

Era inútil pensar en la caza; yo cifraba mi dicha en poder llegar, antes del huracán, a un abrigo cualquiera donde pasar la noche.

Mi caballo golpeaba con los cascos las raíces desnudas de los árboles, y alargando las orejas escuchaba con ansiedad el ruido del bosque. También él estaba impaciente y apresuraba el paso.

Se oyó el aullido de un perro. A través de los árboles, ahora más distanciados, se veían las paredes blancas de una choza de cuyo tejado salía un humo azul. La choza, inclinada, con su techo de paja ennegrecida, se guarecía, como tras un muro, entre los troncos rojos. Parecía querer esconderse bajo la tierra, y los esbeltos y soberbios pinos inclinaban sobre ella sus copas majestuosas. En medio del calvero, muy apretadas, había un grupo de encinas jóvenes.

La casa estaba habitada por dos guardabosques, Zajar y Máximo, compañeros habituales de mis excursiones de caza. Pero no debían estar allí, puesto que nadie salía a mi encuentro, no obstante los ladridos del enorme perro. El abuelo, anciano de cabeza calva y bigotes blancos, per-

manecía sentado en el umbral de la choza. Sus bigotes le llegan casi hacia la cintura; sus ojos son obscuros. Se diría que trata de recordar alguna cosa en vano.

—¡Buenos días, abuelo! ¿Hay alguien en casa?

—¡Eh!—y el viejo dijo que no con la cabeza—. No están ni Zajar ni Máximo. Motria se ha ido también al bosque, a buscar la vaca... La vaca se ha extraviado, probablemente. Quizá la hayan devorado los osos... No, no hay nadie...

—No importa, esperaré, te haré compañía.

—Bueno, si quieres...

Y mientras ato mi caballo a una encina, el viejo me mira con sus ojos débiles y obscuros. Es muy débil, muy débil; no ve casi nada y sus manos tiemblan.

—¿Quién eres tú, buen mozo?—me pregunta cuando me he sentado a su lado.

Cada vez que vengo me hace la misma pregunta.

—¡Ah! Ahora caigo. Sí, sí, ya me acuerdo—dice, contento, mientras compone una vieja bota rota—. Mi vieja cabeza no conserva memoria de las cosas... Es como una criba... De los que han muerto hace mucho tiempo, me acuerdo bien, muy bien; pero a la gente nueva la olvido siempre. Porque, ya ves, vivo desde hace tanto tiempo en este mundo...

—¿Hace mucho tiempo que vives en él?

—¡Anda, anda! Muchísimo tiempo. Ya estaba yo

en él en la época en que los franceses vinieron aquí para combatir a nuestro Emperador.

—¡Entonces, ya has visto algo! ¡Podrías contar muchas cosas!...

Me mira con extrañeza.

—¿Yo? ¿Pero qué es lo que yo he podido ver? Nada más que el bosque. Siempre hace ruido; noche y día, invierno y verano. Yo, como esos árboles, he pasado aquí toda mi vida y no me he dado cuenta de ello. Ya es hora de morir; pero a veces, cuando empiezo a reflexionar, me pregunto si he vivido verdaderamente o no. Quizá yo no he vivido jamás...

El extremo de una nube negra se deja ver detrás de las copas espesas, encima del calvero. Las ramas de los pinos que rodean la casa se agitaban al impulso del viento. El ruido del bosque se ha hecho más fuerte. El viejo levantó la cabeza y prestó oído.

—El huracán se acerca—dice—. ¡Bien le conozco! ¡Digo, digo! Cuando el huracán se pone a gruñir, a tirar los pinos, a desarraigarlos de la tierra... es cosa que da escalofríos. Es "el demonio dc la selva" que se enfurece—añadió más bajo.

—¿Cómo lo sabes tú, abuelo?

—¡Oh, eso... yo lo sé muy bien! Entiendo el lenguaje de los árboles. Porque, mira, los árboles también tienen miedo. Por ejemplo, el álamo alpino, ese árbol maldito..., siempre está gimiendo. Tiembla hasta cuando no hace viento. El pino, también; cuando hace buen tiempo canta dulce-

mente, pero cuando el viento empieza a soplar, se pone a gemir angustiado. ¡Escucha! Yo veo mal, pero tengo buen oído. Ahora es la encina la que empieza a quejarse. "El demonio de la selva" ataca las encinas... ¡Siempre es así antes del huracán!

En efecto, el grupo de encinas que estaban en medio del calvero, defendidas por el muro del bosque, sacudían sus ramas potentes y hacían un ruido sordo, que se podía distinguir fácilmente del de los pinos.

—¿Qué, lo oyes, buen mozo?—dice el viejo con una sonrisa maliciosa—. Yo lo sé muy bien. Cuando las encinas empiezan a agitarse, de seguro que por la noche vendrá el "demonio del bosque", tirándolo y rompiéndolo todo. Pero ni el mismo demonio puede nada contra la encina; es demasiado sólida.

—¿De qué "demonio" hablas, abuelo? ¿No dices tú mismo que es el huracán el que destroza?

Movió la cabeza.

—¡Ah, sí, ya he oído decir eso! Me han dicho que ahora hay personas que no creen en nada. ¡Es sorprendente! Y, sin embargo, yo lo he visto, como te veo ahora a ti, y aun mejor; pues ahora mis ojos no valen gran cosa, mientras que entonces eran jóvenes todavía. ¡Oh, qué bien veían cuando yo era joven!

—Pero ¿cómo le viste, abuelo?

—Era un día como hoy; primero, los pinos empezaron a gemir: ¡o-ho-ho! Así, así siempre, con

pequeños intervalos. ¡O-ho-ho! ¡O-ho-ho! Y cada vez más lastimera y dolorosamente. Los pinos sabían que aquella noche el "demonio" iba a tirar a muchos por tierra... Después, al anochecer, las encinas empezaron a agitarse. Luego, cuando la noche hubo descendido, "él" estaba allí ya, recorriendo el bosque en todas las direcciones, ora riendo, ora llorando de rabia, atacando furioso a las encinas y danzando alrededor de los árboles... Una vez—era en otoño—yo miré por la ventana, estando "él" en el bosque. ¡Oh, qué furioso se puso cuando vió que yo le miraba! Se acercó a la ventana y lanzó contra ella un gran tronco de pino. ¡Por poco me rompe la cara; malos diablos le lleven! Pero yo no era tan tonto; en cuanto le vi acercarse, escapé. ¡Qué furioso estaba, buen mozo!

—¿Cómo es?

—Como un viejo sauce que crece en el pantano. Se le parece mucho. Sus cabellos son como las hojas; sus barbas, también; su nariz es como una rama curvada... ¡Uf, qué feo es! ¡No desearía a ningún cristiano que se le pareciera, palabra de honor!... En otra ocasión le vi en el pantano, muy de cerca. Si quieres, ven un día de invierno, quizá le veas tú también. Sube a esa montaña que se encuentra aquí detrás, y trepa a un árbol alto. A veces se le puede ver desde allí: se acerca, como una columna de humo blanco por encima del bosque, y, girando alrededor de sí mismo, desciende de la montaña al valle. Da algunas vueltas corriendo, y después desaparece en el bosque. Du-

rante su caminata, cubre con nieve sus huellas... Si no me crees, ven a verlo tú mismo.

El viejo estaba visiblemente contento de poder charlar, como si la agitación del bosque y el huracán, suspendido en el aire, reanimaran su vieja sangre. Movía la cabeza, sonreía y guiñaba los ojos.

De pronto, su frente arrugada se ensombreció. Me empujó con el codo y me dijo misteriosamente:

—¿Sabes lo que te voy a decir? El "demonio del bosque" es muy feo; un buen cristiano no debe ni mirar siquiera a una criatura semejante; pero hay que ser justo: no hace daño a nadie. A veces gasta alguna broma; pero el hombre no tiene razón para quejarse de "él".

—Vaya, abuelo, que por lo que tú mismo me has dicho te quiso romper la cara una vez.

—Sí, es verdad; pero eso fué porque le dió mucha rabia de que yo le mirara desde la ventana. Pero si uno no se mete en sus cosas, jamás le hará daño. ¡"El" es así! Y, sin embargo, aquí, en el bosque, los hombres han hecho cosas mucho más terribles; puedes creerlo.

Bajó la cabeza, y durante algunos minutos permaneció sumido en sus reflexiones. Cuando alzó los ojos y me miró, noté en ellos como un relámpago en su memoria apagada.

—Voy a contarte, buen mozo, una historia que sucedió aquí mismo, en nuestro bosque. Hace mucho tiempo de esto... Me acuerdo de ella como de

un sueño vago; pero cuando el bosque comienza a agitarse, mi memoria se hace más clara... ¿Quieres que te la cuente?

—¡Sí, sí, abuelo! ¡Con mucho gusto!

—Pues bien, sea. Escucha...

II

Tengo que decirte que mis padres murieron cuando yo era todavía muy niño. Me dejaron completamente solo en este vasto mundo. ¡Triste situación! Nuestro Municipio no sabía qué hacer de mí. El señor tampoco lo sabía. Pues bien, precisamente en aquel momento vino del bosque a la aldea el guardabosque Román, y dijo a los del Concejo:

—Dame al chico. Yo le daré de comer. Me aburro allí solo, en el bosque.

Nuestros convecinos se pusieron muy contentos.

—¡Tómale!—le dijeron.

Y me llevó a su casa. Desde entonces he vivido siempre en el bosque.

Román fué quien me educó. Era un hombre terrible, Dios me perdone. Enorme, con ojos negros y alma también negra, había pasado toda su vida solo en el bosque. La gente decía que los osos eran como hermanos suyos, y los lobos, como sobrinos. Conocía todas las fieras y no las temía; pero huía de los hombres y ni siquiera los miraba... ¡Así era aquel Román! Cuando me miraba, yo sentía como si un gato me pasara la cola por

la espalda. Y, sin embargo, no era malo y me daba bien de comer; a veces, hasta me guisaba patos. En cuanto a eso, no tenía de qué quejarme, ¡no!

Pues bien; así vivíamos los dos. Cuando Román se iba al bosque, me encerraba en casa y echaba la llave, por miedo a que me devoraran las fieras... Además tenía una mujer...

El señor fué el que se la dió. Una vez le llamó a su casa y le dijo:

—¡Cásate, Román!

—¿Para qué—preguntó Román—. Cásese el diablo, que yo no quiero. Ninguna falta me hace una mujer en el bosque, tanto más cuanto que tengo ya en casa a un chico.

No estaba acostumbrado a las mujeres y no quería. Pero nuestro señor era malo. Cuando me acuerdo de nuestro señor, quiero creer que no hay ya señores semejantes. ¡No, no los hay ya! Por ejemplo, tú; se dice que también tú eres de origen señorial. Quizá sea verdad; pero no hay nada de señorial en ti... Un buen mozo, y nada más.

Pero el otro, del que te estoy hablando, era un verdadero señor, de los antiguos. El mundo es así: centenares de hombres tienen miedo de uno solo, ¡y qué miedo! Compara un gavilán y un pollo: los dos han salido de un huevo; pero el gavilán se levanta hasta el cielo, y cuando grita, no ya los pollos, sino que hasta los gallos viejos se echan a temblar. Pues bien, el gavilán es un pájaro señorial y el pollo es un simple campesino.

Me acuerdo de cuando todavía era yo pequeño; unos campesinos, treinta hombres, por lo menos, transportaban grandes vigas en sus carros; por el mismo camino pasa el señor, montado en su caballo y acariciándose el bigote. Al verle, los aldeanos se asustan, fustigan a sus caballos para que dejen libre el camino y echan los carros a un lado, en la nieve profunda. Después pasaron grandes trabajos para sacar de la nieve los pesados carros.

Y el señor se paseaba tranquilamente por el largo camino, tan a gusto. ¡Dios mío, qué severo era! Los "mujiks" temblaban ante su mirada. Cuando reía, todo el mundo estaba contento; cuando fruncía el ceño, todo a su alrededor se ensombrecía. No había nadie que se atreviera a llevarle la contraria.

Pero Román, que había pasado toda su vida en el bosque, no comprendía estas cosas, y el señor le perdonaba mucho.

—Quiero que te cases—dijo el señor—. No me preguntes por qué. Cásate con Oxana.

—¡No quiero!—respondió Román—. No la necesito. ¡Que se case con ella el diablo, que yo no quiero!

El señor ordenó que trajeran los vergajos. Echaron a Román al suelo.

—¿Quieres casarte?—preguntó el señor.

—¡No!

—¡Está bien! Dadle de vergajazos, ¡pero de los buenos!

Le dieron tantos, que ya no podía más, aunque era un mocetón bastante duro.

—¡Dejadme!—gritó—. ¡Que el diablo se lleve a esa mujer! No vale una mujer la pena de sufrir tanto. Está bien, me caso.

En el territorio señorial vivía un cazador, Opanas Schvidky. Precisamente volvía del campo en aquel momento. Cuando se enteró de que obligaban a Román a casarse con Oxana, cayó de rodillas ante el señor y le besó la mano.

—En vez de martirizar a ese hombre—dijo—, permitid que me case con Oxana.

¡Qué hombre aquél!

Román estaba muy contento. Se levantó, se puso los pantalones y dijo:

—¡Esto va bien! ¡Ya podías haber llegado un poco antes! Vos, señor, estabais equivocado; debisteis primero preguntar si había alguien que quisiera casarse de buena gana; pero, en vez de eso, mandáis apalear a un pobre hombre. Los buenos cristianos no obran así...

Román, a veces, sabía cantarle las verdades hasta al mismo señor. Cuando se enfadaba, todo el mundo le tenía miedo, incluso el señor. Pero esta vez el señor tenía su idea: dió orden de que echaran nuevamente al suelo a Román.

—¡Quiero hacer tu felicidad, bestia, animal! —dijo—. Ahora estás solo en el bosque, y yo no tengo ningún deseo de ir a tu casa... Dadle otra vez de vergajazos, hasta que se harte. ¡Y tú, Opanas, vete al diablo! Nadie te ha convidado y no

tenías por qué sentarte a la mesa; pero si te empeñas, te servirán el mismo plato que a Román.

Román estaba muy enfadado. Los vergajazos le hacían mucho daño. ¡Antiguamente se sabían dar muy bien! Soportó largo rato este martirio; pero, al fin, escupió con indignación y gritó:

—¡Sería demasiado honor para esa maldita Oxana el que, por ella, le den de vergajazos a un cristiano! ¡Basta! ¡Yo no soy una bestia de carga para que me peguen así! Ya que ha de ser, bueno: ¡me caso!

El señor reía a carcajadas.

—¡Al fin has entrado en razón!—dijo—. La verdad es que no te podrás sentar junto a la novia el día de la boda; pero, en cambio, bailarás bien.

Gustaba de bromear nuestro señor. Pero tuvo un fin triste. ¡Que Dios libre a todos los buenos cristianos de un fin semejante! ¡No; yo no se lo desearía a nadie, ni siquiera a un judío!...

En fin, que un día Román se vió casado. Llevó a la joven a su choza del bosque. Los primeros días no hacía más que reñirla, echándole en cara los vergajazos que había recibido por su causa.

—¡No vale la pena de que por ti se martirice así a un buen cristiano!

Cuando volvía del bosque, empezaba por querer echarla de casa.

—¡Vete! ¡Yo no quiero una mujer en mi casa! No me gusta que una mujer duerma conmigo, porque huele mal...

¡Eso decía!

Pero luego, poco a poco, se fué acostumbrando. Oxana ponía la casa en orden, barría, lavaba, todo estaba limpio y arreglado. Román se sentía contento y ya no reñía. No sólo se reconcilió con ella, sino que empezó a quererla. ¡Palabra de honor! Hasta él mismo se sorprendió.

—Debo dar las gracias al señor, que me ha enseñado a ser razonable—decía después—. ¡Dios mío, qué tonto era yo! Recibir tantos vergajazos, ¿y por qué? Ahora veo que hacía mal negándome a casarme. Estoy muy contento de tener a Oxana. ¡Pero muy contento!

Pasaron las semanas y los meses. Un día vi que Oxana se echó en el banco y empezó a gemir. Por la noche se puso muy mala. Al día siguiente, de mañana, con gran sorpresa mía, oí el llanto de un niño. "¡Toma! ¡Hay un bebé en casa!", me dije. Y no me equivocaba.

El niño no vivió mucho tiempo: hasta la noche nada más. Cuando llegó la noche, ya no se le oyó. Oxana se echó a llorar. Román dijo:

—¡Vaya, se acabó! ¡Ya no hay niño! No vale la pena de llamar al pope; nosotros mismos le enterraremos debajo de un pino.

¡Esto se atrevió a decir Román! Y no sólo a decirlo, sino a hacerlo: cavó un agujero y enterró al niño. ¿Ves aquel viejo tronco, allí? Son los restos de un pino que fué abrasado por un rayo. Allí, precisamente, es donde Román enterró al niño. Y oye lo que te voy a decir, buen mozo: cuando se pone el sol y aparece en el cielo la primera

estrella, un pajarito vuela por encima de ese sitio, lanzando gritos lastimeros. Se me parte el corazón al oír esos gritos. Pues bien, ese pájaro es el alma en pena del niño que fué enterrado sin el sacramento, y suplica que se le ponga una cruz. Me han dicho que sólo un sabio que conozca los libros santos podrá salvar a esa almita en pena. Y sólo entonces dejará de lanzar gritos lastimeros. Nosotros, los que estamos aquí, no sabemos nada y nada podemos hacer por ella. Cuando vuela por encima de nosotros pidiendo una cruz, le decimos solamente: "¡Vete, pobre almita, que nada podemos hacer por ti!" Echa a volar, llorando, y luego vuelve otra vez. ¡Ah, buen mozo, qué digna de compasión es la pobre alma en pena!

Oxana estuvo mucho tiempo enferma. Cuando se restableció un poco, pasaba horas enteras sobre la tumba de su hijo. ¡Dios mío, lo que ella ha llorado! ¡Se oían sus lamentos en todo el bosque! No se podía consolar la pobre... Román era indiferente a la pérdida del niño; pero compadecía a Oxana. Viéndola llorar, le decía:

—¡Cállate, mujer estúpida! No hay por qué llorar. Aquel niño se murió, pero quizá tengamos otros, y quizá sean mejores que aquél. Porque el niño muerto puede ser que no fuera mío... Yo no sé nada, pero la gente charla... Y el nuevo, seguramente que será mío...

A Oxana no le gustaba oirle hablar así. Se ponía muy enfadada, mucho, y empezaba a decirle

cosas terribles. Pero Román no lo tomaba en serio.

—Haces mal en gritar—decía tranquilamente a Oxana—. Yo no afirmo nada; digo solamente que no sé si era mío o no. Porque, mira, antes no eras mía y tampoco vivías en el bosque, sino entre la gente. ¿Sé yo lo que pasaba por allí? Ahora que estás aquí conmigo, estoy seguro; pero antes... Hace algunos días, cuando fuí al pueblo, una mujer me dijo: "¡Es raro lo pronto que has hecho un hijo!" ¿Comprendes?... ¡Basta de llorar y de gritar! ¡Cállate, que si no te pego!

Oxana secaba a toda prisa sus lágrimas y se callaba. Verdad es que a veces se permitía reñir a Román y hasta darle algún golpe; pero cuando él se enfadaba, le tenía miedo; en estos momentos, le colmaba de caricias, de besos; le miraba con ternura en los ojos, y Román no tardaba en calmarse. Tú, buen mozo, no lo comprendes todavía pero yo que he vivido tanto, conozco la vida. Y te diré que las mujeres saben acariciar admirablemente, de manera que al hombre más enfadado lo vuelven dulce como un cordero. ¡Ya, ya! ¡Yo he visto mujeres de esas! Y Oxana era tan bella, que no se veía otra igual. Las mujeres no son todas iguales.

Pues bien; una vez se oyó el cuerno en el bosque: ¡tra-ta, tará-tará, ta, ta, ta! Todo el bosque se llenó de sonidos alegres. Yo era entonces muy pequeño y no comprendía lo que significaba aquello. Los pájaros, asustados, echaron a volar lle-

nos de pánico; las liebres empezaron a correr locamente en todas las direcciones. Creía yo que aquello sería alguna fiera que rugía. Pero no era una fiera: era el señor, que, montado en su caballo, tocaba el cuerno. Numerosos cazadores, también a caballo, le seguían, conduciendo muchos perros de caza. El más hermoso era Opanas Schvidky, que iba el primero después del señor. Llevaba un traje azul, un "schapka" con franjas doradas, un magnífico fusil al hombro y un laúd sujeto al costado. El señor quería bien a Opanas porque tocaba admirablemente el laúd y cantaba canciones muy bonitas. Además, era guapo. ¡Qué guapo era! El señor, comparado con Opanas, era muy feo: calvo, con la nariz roja, los ojos grises, nada bonitos. Opanas era un gran conquistador de corazones. Hasta yo mismo, cuando le miraba, sentía ganas de reír; ya te puedes figurar, pues, el efecto que produciría en las mujeres. Me han dicho que los padres y los abuelos de Opanas eran cosacos, libres como el viento, del Sur de Rusia, y que todos eran gallardos, fuertes y bellos. Se comprende: no se veían obligados a trabajar rudamente en el bosque, como nosotros; no hacían más que correr sobre sus caballos, rápidos, por los campos y los caminos, con la lanza a la espalda...

Pues bien, yo salí y vi al señor y toda la comitiva, que se detuvo delante de la casa. Román ayudó al señor a bajar del caballo y le saludó.

—¿Cómo va, Román?—preguntó el señor.

—¡No va mal, gracias!—respondió el otro—. Y vos, ¿cómo estáis?

Decididamente, no sabía hablar el señor. Todos los que estaban presentes se rieron.

—Bien, me alegro de que todo marche bien en tu casa—dijo sonriendo el señor—. Y tu mujer, ¿dónde está?

—¿Dónde ha de estar? En casa, como es natural.

—Entonces, entremos—dijo el señor.

Y dirigiéndose a sus hombres, añadió:

—Mientras tanto, poned una alfombra sobre la hierba y preparad todo lo necesario para felicitar a los jóvenes esposos.

Y seguido de Opanas y de Román, que tenía su "schapka" en la mano, entró en la casa. Poco después entró también Bogdan, el fiel servidor del señor. No hay ya servidores semejantes; con los demás criados era extremadamente severo, pero con el señor era como un perro dócil. Sólo existía para él el señor. Me han contado que después de la muerte de sus padres Bogdan quiso casarse. Pero el padre del señor no lo consintió e hizo de él una especie de niñera de su hijo. "Este es tu padre, tu madre y tu mujer", le dijo. "Cuídale bien". Bogdan se resignó; fué el servidor, la niñera y el mayordomo del joven señor; le enseñó a montar a caballo, a tirar con el fusil; cuando el pequeño señor fué grande, continuó sirviéndole dócilmente, como un perro. Y no te lo he de ocultar: cuantos le rodeaban, detestaban a Bogdan y le

maldecían, porque hacía mucho daño a los pobres. Por dar gusto a su señor hubiera sido capaz de matar a su propio padre.

Pues bien, yo entré también en la casa; ¡era yo tan curioso! El señor se atusaba el bigote y sonreía con aire de satisfacción. Román estaba a su lado, con el "schapka" en la mano. Opanas, apoyado en la pared, estaba sombrío y pensativo, como un roble joven bajo la tempestad.

Los tres miraban a Oxana. Sólo el viejo Bogdan, sentado en un rincón, esperaba las órdenes de su señor. Oxana estaba de pie, junto a la estufa, con los ojos bajos, muy encarnada. Se diría que la pobre tenía el presentimiento de que iba a suceder alguna desgracia a causa de ella. Siempre pasa lo mismo: cuando tres hombres se interesan por una mujer, no puede resultar nada bueno. Tiene que acabar fatalmente en riña. Eso lo sé yo porque he visto muchas cosas...

—Bien, Román, ¿estás contento de la mujer que te di?—preguntó el señor.

—Sí; no tengo de qué quejarme.

Opanas miró a Oxana y dijo muy bajo:

—¡Es demasiado bruto para apreciar a una mujer como ésta!

Román lo oyó, y, volviéndose a Opanas, le preguntó:

—Dígame: ¿por qué le parezco yo tan estúpido?

—¡Porque no sabes guardar a tu mujer!—respondió Opanas.

¡Qué palabra tan grave había pronunciado! El señor, lleno de cólera, dió una patada en el suelo; el viejo Bogdan movió la cabeza, y Román, habiendo reflexionado un instante, levantó la cara y miró al señor.

—¿Y de quién tengo yo que guardar a mi mujer?—preguntó, sin dejar de mirar al señor—. De las fieras, ya la guardo. Diablos no hay en el bosque. ¿Del señor, que viene por aquí algunas veces? Así, pues, ¿qué es lo que tengo que temer? Ten cuidado—prosiguió, amenazando a Opanas—; no me digas esas cosas si no quieres pescar algo.

Un poco más, y hubieran empezado a pegarse; pero el señor intervino, previendo las consecuencias de la disputa.

—¡Callaos!—ordenó—. No hemos venido aquí a pelearnos. Tenemos que felicitar a los jóvenes esposos, y después, de noche, comenzará la caza. ¡Vamos!

Salió. Los criados lo habían preparado ya todo bajo los árboles.

Bogdan siguió a su amo. Opanas detuvo a Román en la puerta.

—¡No te enfades, valiente!—le dijo el cosaco—. Escucha lo que te voy a decir. ¿Viste cómo le supliqué de rodillas al señor que me permitiera casarme con Oxana? No quiso; nada se puede hacer contra el destino. Pero... yo no he de permitir que nuestro enemigo común, el señor, se burle de ella y de ti. No puedo soportarlo. Estoy dispuesto

a todo. Tú no conoces todavía a Opanas. Antes de que Oxana caiga en brazos de ese miserable, los mataré a los dos. ¡Que la tumba les sirva de lecho!...

Román miró fijamente al cosaco y le preguntó:

—Di, ¿no estás loco? ¿Un poquito?...

Yo no oí lo que respondió el otro. Estuvieron largo rato hablando en voz baja. Finalmente, Román golpeó amistosamente a Opanas en el hombro.

—¡Ah, amigo mío! ¡Qué mala es la gente! Yo, que he vivido siempre en el bosque, ni siquiera lo sospechaba. Si es verdad eso que me has dicho, nuestro señor me lo va a pagar caro...

—Bueno—dijo Opanas—, ahora, vete, y haz como si nada supieras. Sobre todo, que ese viejo asqueroso de Bogdan no sospeche nada. Tú no te pasas de listo, y ese perro tiene buen olfato. No bebas el "vodka" del señor. Si te quiere mandar de caza para quedarse solo en la choza, conduce a los cazadores hasta la encina vieja, diles que avancen solos y que tú irás a reunirte con ellos por otro camino más corto. Y en seguida vuelve aquí.

—Bien—dijo Román—; hoy voy a cobrar una buena pieza. Cargaré mi escopeta con balas de las que empleo para los osos.

Y salieron ambos. El señor estaba sentado sobre el tapiz, con la garrafa y la copa en las manos. Llenó una copa y se la dió a Román. El "vodka" señorial era delicioso; después de la primera

copa, el alma se regocijaba; después de la segunda, el paraíso se abría ante uno, y si uno no tenía costumbre de beber, a la tercera rodaba por el suelo.

¡Era muy truhán el señor! Quería emborrachar a Román con su "vodka"; pero Román tenía una cabeza firme, y ningún "vodka" en el mundo hubiera sido capaz de hacerle perder la razón. Bebió la primera copa, la segunda, la tercera; pero no produjeron en él ningún efecto. Solamente sus ojos brillaban más que de costumbre, como los de un lobo. El señor se enfadó.

—¡Es un diablo! Se diría que bebe agua y no "vodka". Otro, en su lugar, tendría ya lágrimas en los ojos, y él sonríe...

El señor sabía bien que, si uno empieza a llorar después de haber bebido, caerá muy pronto como muerto. Por esta vez se había engañado.

—No tengo motivos para llorar—dijo Román—. Nuestro buen señor ha venido a felicitarme, y yo sería el último de los canallas si me echara a llorar como una vieja. Gracias a Dios, no tengo por qué llorar. Prefiero que sean mis enemigos los que viertan lágrimas.

—Entonces, ¿estás contento? —preguntó el señor.

—¿Y por qué no he de estar contento?

—Pero ¿te acuerdas de los vergajazos que tuve que darte para que te casaras?

—¡Que si me acuerdo! Yo era entonces tan tonto, que no sabía lo que es dulce y lo que es amar-

go. El vergajo es amargo, y, sin embargo, yo le prefería a una mujer. Os doy las gracias, mi buen señor, por haberme enseñado a comer miel.

—Bien, bien—respondió el señor—. Para agradecérmelo mejor, irás con mis cazadores y me traerás mucha caza.

—¿Y cuándo queréis que vayamos?

—Vamos a beber otro poquito—respondió el señor—. Opanas nos cantará algo, y luego saldremos.

Román le miró y dijo:

—Va a ser difícil eso; se hace tarde, el pantano está muy lejos de aquí... Además, el ruido del bosque anuncia el huracán. En este tiempo es difícil cazar.

El señor estaba ya un poco borracho, y cuando estaba así, se enfadaba fácilmente. Al ver que todos los que estaban allí daban la razón a Román, diciendo que el tiempo presentaba mal cariz, se llenó de cólera, dió un puñetazo... y todo el mundo se calló.

Opanas era el único que no tenía miedo al señor. Cogió su laúd, se puso a templarle, y mirando al señor fijamente a la cara, dijo:

—Reflexiona bien, señor; no se manda cazar a la gente cuando sopla el huracán; sobre todo, de noche.

¡Era muy valiente aquel Opanas! Los otros temblaban ante el señor; pero a él le importaba un bledo. Era un libre cosaco. Siendo todavía muy pequeñito, un viejo músico cosaco lo llevó allí, de

Ukrania. Allá, en Ukrania, había guerra en aquella época. Al viejo cosaco, que había caído prisionero, le sacaron los ojos, le cortaron las orejas y le dijeron: "Puedes ir donde quieras." Como no veía, le acompañaba un chicuelo, aquel mismo Opanas. El padre del señor lo llevó consigo. Desde entonces estaba aquí Opanas. El señor actual le quería mucho y le perdonaba cosas que no hubiera perdonado jamás a ningún otro.

Esta vez se enfadó mucho contra Opanas. Todos estaban seguros de que iba a pegarle; pero, en lugar de hacerlo, le dijo:

—¡Escucha, Opanas! Eres demasiado inteligente para comprender que no hay que meter la nariz en una puerta entreabierta.

El cosaco entendió inmediatamente lo que le quería decir, y respondió a su señor con una canción. Y si el señor hubiera comprendido también la canción del cosaco, su mujer no hubiera tenido quizá que verter lágrimas sobre su tumba.

—Para darte las gracias, señor, por la lección que me acabas de dar, te voy a cantar algo. ¡Escucha!

Y pulsó las cuerdas de su laúd.

Luego levantó la cabeza, miró al águila que volaba sobre el bosque y contempló las nubes empujadas por el viento; escuchó el ruido de los altos pinos, y pulsó de nuevo las cuerdas de su laúd.

¡Ah, buen mozo! Tú no has tenido la dicha de oír tocar a Opanas, y ya no la puedes tener. El

laúd no es un instrumento muy complicado; pero cuando se le sabe manejar habla con una voz elocuente. Le bastaba a Opanas tocarle con sus manos, y él se lo decía todo: cómo se agita el bosque bajo la tempestad, cómo sacude el viento la hierba seca y cómo lloran los sauces sobre la tumba de un cosaco.

¡No, buen mozo, vosotros no oiréis jamás una música como aquélla! Llegan por aquí con frecuencia personas que han visto algo, que han pasado por Kiev, Poltava y por toda la Ukrania, y todos dicen que no hay ya buenos tocadores de laúd ni en las ferias ni en las romerías. Yo tengo un laúd. El mismo Opanas me enseñó a tocarle. Pero cuando yo me muera, que ya será pronto, en ninguna parte del mundo se sabrá tocar bien el laúd.

Opanas se puso a cantar una canción, acompañándose con el laúd. Su voz era dulce y melancólica, y penetraba directamente en el corazón. Aquella canción la había improvisado expresamente para el señor. Yo le he suplicado después que me la cantara otra vez, pero no quiso.

—Aquel para quien la canté no existe ya—decía—. No vale la pena de volverla a cantar.

En esta canción le decía al señor toda la verdad todo lo que le iba a suceder. El señor, al oírla, lloraba; pero, probablemente, no entendió su significado.

No me acuerdo más que de una parte de aquella canción. Oye algunos fragmentos:

"Tú sabes muchas cosas,
¡oh, Ivan, mi señor!
Tú sabes muchas cosas.
Tú sabes que el gavilán
es más fuerte que el cuervo.
Pero quizá no sepas
que a veces ocurre
todo lo contrario, señor.
Cuando el gavilán ataca el nido
del cuervo y éste se defiende,
es el cuervo más fuerte,
¡oh, Ivan, mi señor!"

Me acuerdo de todo esto como si hubiera sido ayer: el cosaco, con su laúd, de pie, junto a un árbol; el señor, sentado sobre el tapiz, con la cabeza baja y lágrimas en los ojos; los criados, emocionados, dándose el uno al otro con el codo; el viejo Bogdan, moviendo la cabeza. El bosque se agitaba lo mismo que ahora; el laúd lanzaba sonidos melancólicos, y Opanas contaba, en su canción, cómo la mujer del señor lloraba sobre su tumba:

"La pobre mujer llora,
llora lágrimas de fuego,
sobre la tumba fría
donde el esposo yace.
Un cuervo vuela por encima,
croando sin cesar."

Pero el señor no había comprendido la canción. Enjugó sus lágrimas y exclamó:

—¡Ea, Román, en marcha! ¡Montad todos a caballo! Tú, Opanas, vas a ir con ellos; ¡ya estoy harto de tus canciones! Es muy bella esa canción tuya; pero lo que cuentas en ella no sucede jamás.

El mismo Opanas estaba conmovido por su canción; su corazón se dulcificaba, sus ojos estaban velados por las lágrimas.

—No, señor—dijo—. Nuestros ancianos afirman que las canciones dicen siempre la verdad, como los cuentos; pero la verdad contenida en un cuento es como el hierro, que, a fuerza de pasar de mano en mano, se cubre de roña; mientras que la verdad de la canción es como el oro, que no teme a la roña. ¡Esto es lo que me han enseñado mis ancianos!

El señor hizo un gesto de desprecio.

—Quizá sea eso verdad en vuestro país, pero no aquí... Y basta de conversación. ¡Vete, Opanas!

El cosaco permaneció un momento sumido en reflexiones; luego, de pronto, cayó de rodillas ante el señor.

—¡Escúchame, señor! Monta a caballo y vuélvete a casa, al lado de tu mujer. El corazón me dice que va a ocurrir una desgracia.

Entonces el señor fué presa de una cólera terrible; rechazó al cosaco con el pie, como si fuera un perro.

—¡Déjame en paz! ¡Vete! ¡Pareces una vieja llorona, no un cosaco! ¡Vete, o no respondo de mí!

Y después, dirigiéndose a los otros:

—Y vosotros, ¿por qué seguís aquí? ¿O es que yo no soy ya vuestro señor? ¡Tened cuidado, si monto en cólera!...

Opanas se levantó sombrío y amenazador, como una de aquellas nubes que se amontonaban sobre el bosque. Cambió una mirada con Román, que seguía de pie, un poco apartado, con las dos manos apoyadas en su escopeta y perfectamente tranquilo.

El cosaco dió a su laúd un golpe formidable contra un árbol; el laúd se rompió en mil pedazos, con un gemido sonoro.

—¡Que el mismo diablo diga la verdad al que no quiere escuchar buenos consejos!—gritó—. Tú, señor, no quieres tener un servidor fiel... ¡Peor para ti!

En aquel mismo instante Opanas saltó sobre su caballo y se fué. Los demás cazadores hicieron lo mismo. Román se echó la escopeta al hombro y se fué también. Al pasar junto a la casa gritó a Oxana.

—¡Acuesta al chico; ya es tarde! ¡Y prepárale la cama al señor!

A los pocos minutos todo el mundo había desaparecido por el bosque. No quedó allí más que el señor, que entró en la casa; su caballo lo dejó atado a un árbol. Poco a poco descendían las tinieblas de la noche. La lluvia empezaba a caer, igual que ahora.

Oxana me acostó en la paja, y me hizo la señal de la cruz. Vi que lloraba.

¡Yo era demasiado pequeño y no comprendía nada de lo que pasaba a mi alrededor. Me quedé pronto dormido, bajo el ruido monótono de la tempestad.

De pronto vi a alguien que rondaba la casa. Se acercó al árbol y desató el caballo, que golpeó la tierra con el pie, y, relinchando, huyó por el bosque. Después volví a oír alguien, a caballo, que se acercaba a la casa. Llegó hasta la puerta, saltó a tierra y se asomó por la ventana.

—¡Señor!—gritó Bogdan, pues era él; reconocí su voz—. ¡Señor, abre en seguida! ¡El maldito Opanas trama alguna cosa! ¡Ha desatado tu caballo, que ha huído por el bosque!...

Pero apenas había dicho esto, cuando alguien le sujetó por detrás. Oí el ruido de un cuerpo que caía.

El señor abrió la puerta, con su escopeta en la mano; pero en el umbral de la casa Román le sujetó y le tiró al suelo.

El señor comprendió que aquello tomaba mal aspecto, y dijo:

—¡Déjame, Román! ¿Es así como me agradeces el bien que te he hecho?

Y Román le respondió:

—Sí, canalla; me acuerdo muy bien de lo que has hecho por mí y por mi mujer. Ahora te lo voy a pagar.

Entonces el señor dijo:

—¡Defiéndeme, Opanas, mi fiel servidor! Siempre te he amado como a un hijo.

Pero Opanas respondió:

—¡Tú me has echado como a un perro! Es verdad que tú me has amado... Como el palo ama la espalda que golpea; ahora me amas como la espalda ama al palo... Te rogué, te supliqué y no me hiciste caso.

Entonces el señor se puso a implorar a Oxana:

—¡Tú que tienes tan buen corazón, defiéndeme!

Oxana salió desesperada, y empezó a llorar con más fuerza.

—¡Yo te rogué—dijo—y me arrastré a tus plantas, suplicándote que no me deshonraras, que no me cubrieras de vergüenza; pero tú fuiste implacable. ¿Qué es lo que puedo hacer por ti, desgraciada de mí?

—¡Dejadme!—exclamó nuevamente el señor—. Por mi causa os perderéis todos en el destierro siberiano.

—No te ocupes de nosotros—respondió Opanas—. Román estará en el pantano antes que tus cazadores, y yo, gracias a ti, estoy solo en el mundo y no tengo miedo a nada. Con mi escopeta al hombro me iré por los bosques. Organizaré una banda de bravos mozos como yo, y, ¡mucho ojo los ricos! Recorreremos los caminos en busca de botín, y, si el azar nos lleva a una aldea cualquiera, no dejaremos de visitar el castillo señorial... ¡Ea, Román, pongamos a su señoría bajo la lluvia... que se refresque un poco!...

El señor empezó a lanzar alaridos; pero ni Ro-

mán ni Opanas se preocupaban de ello; le sacaron fuera. Lleno de espanto, yo me había arrojado sobre Oxana, que permanecía sentada en un banco en el interior de la casa, blanca como la nieve y llorando.

El huracán se hizo mucho más fuerte. El bosque gritaba con mil voces; el viento soplaba rabioso. De vez en cuando se oía el trueno. Yo y Oxana, apretados el uno contra el otro, seguíamos sentados, inmóviles, por el terror. De pronto oímos un gemido en el bosque. Era tan doloroso, que aun hoy, pasados tantos años, se me oprime el corazón cuando pienso en ello.

—Oxana, querida, ¿qué es lo que gime tan dolorosamente en el bosque?—pregunté.

Me cogió en sus brazos, y meciéndome como a un niño de pecho, me dijo:

—¡Duérmete, hijo mío! No es nada... Es el ruido del bosque...

Era verdad; el bosque estaba muy agitado.

A los pocos momentos oí como un tiro.

—Oxana querida, ¿quién es el que dispara?

Me respondió sin dejar de mecerme:

—¡Cállate, hijo mío; es el trueno de Dios!...

Y la pobre mujer lloraba lágrimas ardientes, me estrechaba contra su corazón y repetía sin cesar:

—¡Es el ruido del bosque, hijo mío! Es el ruido del bosque...

Y así me quedé dormido entre sus brazos.

Al día siguiente, de mañana, abrí los ojos y vi

que todo estaba inundado de sol. Oxana dormía vestida, sobre el banco. No había nadie en la casa. Me acordé de lo que había pasado la víspera y empecé a creer que había tenido una pesadilla. ¡Pero aquello no había sido un sueño, sino la triste realidad! Salí al bosque. La hierba brillaba, los pájaros cantaban. De pronto vi en los matorrales dos cuerpos: los del señor y el viejo Bogdan, el uno junto al otro. El rostro del primero estaba sereno y pálido; el del segundo, severo, como cuando aún vivía. Ambos tenían manchas de sangre...

....

El viejo bajó la cabeza y calló.

—¿Y qué fué de los otros?—le pregunté.

—Sucedió lo que había predicho Opanas. Este, durante mucho tiempo, habitó en el bosque; recorría los caminos con otros mozos, atacaba los castillos señoriales. Tal era su destino: sus abuelos habían sido bandidos también. A veces venía a nuestra casa, a esta misma casita; sobre todo, cuando no estaba Román. Se sentaba en el banco, cogía el laúd y nos cantaba canciones. A veces venía con sus camaradas. Román y Oxana los recibían siempre muy bien. Para decirlo todo, en aquello había algo que no era bueno; luego vendrán Zajar y Máximo. Míralos bien. Yo no les digo nada; pero cualquiera que haya conocido a Román y a Opanas, verá en seguida a quién se parecen. A Román, no... Y esto es lo que pasó antiguamente en estos sitios... ¿Oyes

cómo se agita el bosque? El huracán está encima; ya no cabe duda.

III

El viejo estaba visiblemente cansado: su lengua se entorpecía cada vez más; sus ojos estaban enrojecidos, y su cabeza, inclinada.

La noche había descendido sobre la tierra. Casi no se veía en el bosque, que se agitaba alrededor de la casita, como un mar ondulante. Las copas de los árboles parecían las olas del mar durante la tempestad.

El ladrido del perro anunció la llegada de los dueños de la casa. Los dos guardabosques se acercaban apresuradamente, seguidos por Motria, que traía la vaca que creyeran perdida.

Pocos minutos después estábamos todos en el interior de la casa. El fuego ardía alegremente en la estufa. Motria servía la cena.

No era la primera vez que yo veía a Zajar y a Máximo; pero en esta ocasión los examiné con más interés. Zajar tenía el rostro sombrío, cejas negras, que se juntaban en la frente estrecha; había en él ese aire de hombría de bien que caracteriza la fuerza. Máximo tenía la expresión franca, grandes ojos grises y cabellos rizosos. Su risa era alegre y contagiosa.

—¿Con que el viejo le ha contado a usted la historia de nuestro abuelo?—preguntó Máximo.

—Sí—respondí.

—Siempre le pasa lo mismo. Cuando el bos-

que empieza a agitarse, se acuerda del pasado. Ahora no se podrá dormir.

—¡Qué niño es!, dijo Motria, dándole sopa al viejo

Este no comprendía que era de él de quien hablaban. Estaba abatido. En algunos momentos, cuando el viento golpeaba la ventana, manifestaba angustia y prestaba oído, como espiando algo, con espanto.

Pronto se restableció la calma. La antorcha iluminó débilmente la habitación. Un grillo cantaba junto a la pared su canción monótona. Parecía que millares de voces sordas, pero potentes, disputaban en el bosque; fuerzas tenebrosas y amenazadoras se disponían a lanzarse por todos lados sobre la casita, y elaboraban el plan de ataque. A veces, cuando el ruido aumentaba, temblaba la puerta, como empujada desde fuera. El viento lanzaba por la chimenea sonidos lastimeros. Luego la tempestad se calmó un poco; por un momento reinó un silencio pesado y amenazador, que cedió en seguida ante nuevos ruidos: se diría que los viejos pinos tramaban entre sí desprenderse de la tierra y volar al espacio desconocido, en la tempestad.

Estuve dormido unos instantes. La tempestad seguía su curso. La antorcha, tan pronto se extinguía como se reanimaba, alumbrando la habitación. El viejo, sentado en su banco, buscaba en derredor, como esperando que alguien viniera a sentarse a su lado. Su rostro tenía la expresión del espanto y la impotencia infantiles.

—¡Oxana, querida mía!—balbuceó—. ¿Qué es lo que gime en el bosque?

Buscó algo con la mano y prestó oído.

—No, no es nada—se respondió a sí mismo—. Es la tempestad... Es el ruido del bosque, nada más que el ruido del bosque...

Pasaron algunos minutos... Los relámpagos iluminaban de vez en cuando las ventanas, detrás de las cuales se veían los árboles, entre relámpagos, con formas fantásticas. Uno de aquellos relámpagos, seguido de un trueno formidable, nos hizo estremecer a todos.

El viejo parecía muy asustado.

—Oxana, querida mía, ¿quién es el que tira tiros en el bosque?

—¡Duérmete, viejo!—dijo tranquilamente Motria, que se había despertado también—. Siempre lo mismo—añadió dirigiéndose a mí—. Cuando la tempestad ruge, llama a Oxana, que hace mucho tiempo que está en el otro mundo.

Y Motria bostezó, murmuró una oración y se durmió de nuevo. Se restableció la calma, entrecortada a ratos por los ruidos de la tempestad y por el balbuceo ansioso del viejo.

—¡Es el ruido del bosque!... ¡Es el ruido del bosque... Oxana, querida mía!...

Poco después, un chaparrón cayó sobre el bosque. El ruido del agua, que caía abundante, ahogaba los rugidos del viento y los gemidos de los altos pinos, sacudidos por la tormenta.

INCOMPRENSIBLE

I

—¿Llegaremos pronto, cochero?

—Está lejos todavía; antes de la tormenta de nieve, no hay que pensar en ello. ¿No ves cómo empieza el viento a levantarse?

No; no llegaremos a tiempo. A medida que se acerca la noche, hace más frío. Se oye la nieve rechinar bajo el trineo. El viento de invierno ruge en el bosque negro; los abetos tienden sus ramas hacia el estrecho camino forestal, y las sacuden tristemente en las tinieblas de la noche.

Hace frío; además, no estoy a gusto. Los trineos son demasiado estrechos; los sables y los revólvers de los guardias que me acompañan chocan a cada momento contra mi cuerpo. La campanilla que nuestro caballo lleva al cuello canta monótona, al unísono del viento.

Felizmente, vemos una luz aislada, a la entrada del bosque agitado. Es el parador.

Mis compañeros de viaje, los dos guardias, sacuden la nieve de sus ropas, y su arsenal de ar-

mas produce un ruido metálico. Entramos en una obscura habitación, ennegrecida, terriblemente caldeada. Todo es pobre y triste allí. La dueña pone sobre la mesa una tea encendida.

—¿Puedes darnos algo de comer, madrecita?

—No tenemos nada.

—¿No tenéis pescado? El río está muy cerca.

—Hace mucho tiempo que no hay pesca en el río.

—¿Ni patatas?

—¡Santo Dios! La patata está helada, helada del todo, antes de la cosecha.

¡Qué se iba a hacer! Con gran sorpresa nuestra, encontramos un samovar. Bebimos un poco de te caliente; la dueña nos sirvió pan con cebolla.

Fuera, el viento seguía rugiendo. La nieve caía del cielo, impidiéndonos ver por las ventanas. La llama de la tea temblaba, próxima a apagarse.

—No podréis seguir vuestro camino con este tiempo—dijo la vieja—. Dormid aquí.

—¡Qué remedio nos queda!—dijo uno de los guardias, y, dirigiéndose a mí, añadió: —¿No tendrá usted prisa, verdad?... Ya ve usted qué triste país es éste... Aquel adonde le llevamos es todavía más triste, puede usted creerme.

Todo ha quedado en silencio dentro de la "itsba". La dueña ha dejado el trabajo y se ha acostado, después de apagar la tea. Todo está negro y tranquilo. El silencio es interrumpido tan sólo por las ráfagas del viento.

Yo no dormía. Mil pensamientos penosos asaltaban mi cabeza.

—¿No puede usted dormir, señor?—me preguntó el mismo guardia, un sargento. Tenía un rostro bastante simpático, y hasta inteligente; era muy hábil, conocía bien su oficio y precisamente por eso no era demasiado riguroso. En el camino no me fastidiaba con formalidades inútiles.

—No, no duermo—le respondí.

Estuvimos callados un rato. Mi vecino se mueve. Tampoco él puede dormir; se lo impiden los pensamientos que acuden a su mente. El segundo guardia, su ayudante, muy joven aún, duerme con el sueño de un hombre robusto, pero muy cansado. A veces, balbucea algo con una voz indistinta.

Oigo de nuevo la voz baja y tranquila del sargento:

—Me causan ustedes extrañeza. Son jóvenes, de origen noble, instruídos... Y, sin embargo, pasan toda su vida de esa manera...

—¿De qué manera?

—¡Ah, señor! Algo comprendemos nosotros. Hasta comprendemos muy bien que ustedes están habituados desde la infancia a una vida muy diferente...

—No diga usted tonterías. Tenemos harto tiempo para perder la costumbre...

—Pero, por lo menos, no afirmarán ustedes que están contentos.

—¿Y ustedes? ¿Están ustedes contentos?

Ninguna respuesta. Gavrilov, que éste era el nombre del sargento, parece reflexionar.

—No, señor—dice al fin—. No es agradable nuestra vida. Créame usted; a veces es tan triste que todo lo que nos rodea nos inspira un profundo disgusto. No podría decirle a usted la razón, pero cada vez está uno más harto de esta vida...

—¿Es demasiado difícil su servicio?

—Eso además. Los jefes son muy exigentes; la disciplina severa... Pero no es eso lo que me disgusta...

—¿Qué, entonces?

—No lo sé.

Se hizo el silencio nuevamente.

—No, no es el servicio. Si uno cumple con su deber, todo va bien... Por otra parte, pronto acabaré mi tiempo y me iré a mi casa. El jefe me dice que siga. "Estoy contento de ti; ganarás tu vida, mientras que en el campo no tienes nada que hacer."

—¿Y qué? ¿No acepta usted?

—No. Verdad es que en mi aldea me aburriré, tanto más cuanto que he perdido la costumbre del trabajo y también la de la comida... Además, en la aldea, es todo tan duro, tan grotesco...

—Entonces, ¿por qué no sigue usted en el servicio?

Reflexionó otra vez, y dijo:

—Para hacerle comprender a usted esto, tengo que contarle un caso... que pasó conmigo.

—Le escucho a usted.

II

Yo comencé el servicio en 1874. He trabajado concienzudamente, con mucho celo. Se me empleaba frecuentemente en las revistas y en el teatro. Sabía leer y escribir bien; los jefes estaban contentos de mí. Una vez, nuestro coronel, que era de la misma provincia que yo, me llamó y me dijo: "Te voy a nombrar sargento. ¿No has conducido nunca deportados?" —"¡Jamás!"— "Pues bien, te voy a designar para el próximo viaje. Aprenderás en seguida." —"¡A su disposición, mi coronel!"

Era verdad, hasta entonces yo no había conducido deportados políticos... como vosotros. Esto no es una cosa muy complicada, pero así y todo... Hay que conocer bien el reglamento y, luego, hay que ser listo...

Pasada una semana, fuí llamado de nuevo a casa del jefe. Había allí un sargento. "Vais a salir los dos con los deportados"—dijo el jefe. Y después, dirigiéndose al sargento, añadió: "Este será tu ayudante. No sabe todavía. Poned atención, cumplid vuestra misión con celo. Vais a acompañar a una deportada política, la señorita Morosov, que está actualmente presa. Aquí están las instrucciones; mañana se os dará dinero. ¡Buen viaje!"

El sargento Ivanov era el jefe del convoy; yo, su ayudante. El, como jefe, tenía las instruccio-

nes, guardaba el dinero y los documentos, arreglaba las cuentas; yo, en calidad de ayudante suyo, debía vigilar a la deportada, desempeñar comisiones, etc.

Al romper el alba del día en que debíamos partir, Ivanov estaba ya borracho. En suma, era un hombre en quien no se podía tener confianza. Ahora no está ya de servicio: se le despidió. Delante de los jefes era servil, y hasta denunciaba a sus compañeros; pero cuando no estaba vigilado por los jefes, empezaba a beber.

Pues bien; llegamos a la prisión, presentamos los documentos y esperamos. Yo tenía curiosidad por ver a la señorita que íbamos a acompañar tan lejos; jamás había visto una deportada política.

Esperamos casi una hora a que hiciera sus preparativos de viaje. No traía en la mano más que un paquetito: un refajo, varias cosillas de tocador, algunos libros. "No es rica"—pensé yo. Quedé sorprendido al verla, tan joven, casi una niña. Cabellos rubios, recogidos en una gruesa trenza; las mejillas rojas. Pero era la excitación lo que enrojecía sus mejillas; después, durante todo el viaje, su rostro estuvo pálido. Desde el primer momento me dió lástima de ella. Probablemente, pensé, ha merecido este castigo y ha hecho algo malo... Y, sin embargo, al mirarla, se me partía el corazón...

Se envolvió en una capa y se calzó unos chanclos. Examinamos su paquete, como era nuestro

deber. "¿Tiene usted dinero?—le preguntamos. Tenía un rublo y veinte copecas, que Ivanov se guardó en el bolsillo: lo mandaba el reglamento.

—Debo registrarla a usted, señorita—dijo después Ivanov.

Al oír estas palabras, montó en cólera. Sus mejillas se pusieron más rojas aún, sus ojos lanzaban fuego y llamas. Le confieso a usted que al verla así tuve miedo y no me atreví a acercarme. Pero Ivanov, que estaba borracho, no se preocupó de ello.

—Es mi deber—insistió—. Tengo instrucciones formales.

Pero ella, llena de indignación, le gritó que no permitiría que se la registrara. Su rostro había palidecido. Sus ojos estaban sombríos. Golpeando encolerizada el suelo con el pie, pronunciaba palabras irritadas. Tan grande era su ira, que aun el mismo Ivanov retrocedió. El jefe de la prisión estaba también asustado y le ofreció un vaso de agua para calmarla. "Tranquilícese usted, se lo suplico. ¡Tenga usted piedad de sí misma!" Pero ella, indignada, le arrojó estas palabras: "¡Todos vosotros sois bárbaros, esclavos!" Aquella joven no tenía respeto ni para con los jefes. "Esto ya es demasiado—me dije yo—. ¡Verdaderamente, es un viborilla!"

No había que pensar en registrarla. El jefe la condujo a otra habitación, acompañada de una vigilanta de las presas. Un momento después volvieron a salir. "No llevaba nada sobre sí"—decla-

ró el jefe—. "Esta mujer la ha registrado." Ella le miró a la cara burlonamente, como queriendo subrayar su victoria. Ivanov, descontento, gruñía que aquello iba contra la ley, que era deber suyo el registrarla; pero el jefe, viéndole borracho, no le hizo caso.

Partimos. Cuando atravesábamos la ciudad, ella miraba por la ventanilla del coche, como si quisiera despedirse o esperara ver a algún conocido. Pero Ivanov cerró la ventana y bajó la cortina. Entonces se acurrucó en un rincón y evitó el mirarnos. Yo tenía tanta compasión de ella, que alcé una punta de la cortina, como si yo mismo hubiera querido mirar a la calle; pero, en realidad, para que ella pudiera ver algo. Pero ni siquiera echó una mirada; acurrucada en el rincón, se mordía con cólera los finos labios.

En seguida tomamos el tren. Era un hermoso día otoñal del mes de septiembre. El sol alumbraba bien, pero calentaba poco; además, hacía viento; pero ella no se preocupó de esto, y abrió la ventanilla del coche. Según el reglamento, las ventanas deben permanecer cerradas, pero yo no me atreví a decírselo. Ivanov se había dormido desde que había entrado en el tren; era, pues, yo solo el que tenía que vigilarla. Al fin, después de largas vacilaciones, me acerqué a ella y le dije tímidamente:

—¡Señorita, cierre usted la ventanilla!

Ninguna respuesta, como si no hubiera ha-

blado con ella. A los pocos instantes le dije de nuevo:

—Señorita, hace fresco, va usted a coger frío.

Entonces se volvió hacia mí y me miró sorprendida con sus grandes ojos negros.

—¡Déjeme usted en paz!

Y se puso a mirar de nuevo por la ventanilla. Yo me encogí de hombros y retrocedí algunos pasos.

Se diría que se había tranquilizado algo. A ratos, cerraba la ventana y se envolvía en su capa: hacía bastante frío; pero a los pocos momentos, se ponía de nuevo a la ventana, a pesar de la frialdad del viento, y miraba ávidamente los campos. Tras una larga estancia en la prisión, la extensa vista que contemplaba a lo largo de la vía férrea, la apasionaba. Hasta se había puesto más alegre, y una sonrisa de júbilo florecía, a veces, en su rostro. Era un verdadero placer mirarla en aquellos momentos...

Calló el sargento, sumido durante algunos instantes en sus recuerdos. Luego continuó:

—Naturalmente, todo esto era nuevo para mí. Después, me he acostumbrado; he hecho luego no pocos viajes con deportados políticos. Pero la primera vez me daba mucha pena. "¿Dónde llevamos a esta pobre niña?"—me preguntaba yo mismo. Además—preciso es que se lo diga a usted todo—, además se me había ocurrido una idea: "¿Si pidiera permiso para casarme con ella?"—me decía yo—. Le haría olvidar todas aquellas

tonterías, tanto más cuanto que yo soy soldado y conozco mi deber." Naturalmente, entonces era yo joven y muy tonto. Ahora comprendo toda la estupidez de aquel proyecto. Después se lo conté a nuestro pope, al confesarme, y me reprendió severamente: "Eso está muy mal—me dijo—; tanto más cuanto que ella, sin duda, ni siquiera creería en Dios..."

Desde Kostroma seguimos nuestro camino en una "troika" (1)—. Ivanov estaba casi siempre borracho. Después de haber bebido "vodka", se dormía en el coche y no se despertaba más que para beber de nuevo. Viéndole así, yo temía que perdiera el dinero que llevaba. Por otra parte, aquel borracho molestaba visiblemente a nuestra señorita. Al verle al lado suyo, borracho hasta perder el sentido, como un cuerpo inerte, roncando brutalmente, la señorita mostraba en su rostro una expresión de profundo disgusto, como si aquello no fuera un hombre, sino algún sucio animal. Se apretaba en su rincón, procurando no rozarse con él. Yo iba al lado del cochero. El viento era frío, y me helaba los huesos. Ella tosía mucho y se llevaba el pañuelo a la boca. De pronto vi que el pañuelo estaba manchado de sangre. Esto me conmovió dolorosamente.

—¡Ah, señorita!—le dije—. ¡Está usted tan enferma, y, sin embargo, ha partido para un viaje tan largo!

---

(1) Carruaje de tres caballos.

Alzó sus grandes ojos hacia mí, me miró fijamente y se enfadó.

—¡Qué animal es usted!—me dijo—. ¿No comprende usted que yo no hago este viaje por mí gusto? ¡Es extraordinario! ¡Me lleva él mismo y tiene todavía la impertinencia de manifestarme su piedad!

—Debiera usted pedir—le dije—que la pusieran en el hospital. Es imposible hacer un viaje tan largo en el estado de salud de usted y con un tiempo semejante...

—¿Dónde se me conduce?—preguntó.

Nos está formalmente prohibido decir a los deportados adónde se les lleva. Viendo que no me atrevía a decírselo, volvió la cabeza.

—Pues bien, ya que no me lo quiere usted decir, al menos no me fastidie con su piedad.

Entonces no pude resistir más y le dije el sitio de su destino.

—Ese es. Ya ve usted, está muy lejos, muy lejos...

Apretó los labios, frunció las cejas, pero no dijo nada.

—Sí, señorita—proseguí—. Es usted todavía joven y no comprende las cosas. Es un sitio muy malo.

Me miró de nuevo fijamente, y dijo:

—Se engaña usted. Lo sé muy bien, pero no quiero que me lleven al hospital. Si he de morir, prefiero morir en libertad, entre los míos. Quizá me cure, y en ese caso, mejor estoy entre los míos

que no tras una reja. No es el frío lo que me ha puesto enferma.

No comprendí lo que entendía por estar entre los suyos.

—¿Acaso tiene usted allí parientes?—le pregunté.

—No, no tengo allí ni parientes ni conocidos. No conozco en absoluto la población adonde voy; pero creo que habrá allí deportados políticos, camaradas.

Me sorprendió mucho que llamara suyos a gentes a quienes no conocía; me decía yo mismo que era ingenuo esperar le dieran aquellas gentes asilo y alimento, si ella no llevaba dinero. Pero no me atreví a decírselo porque vi que estaba disgustada y arrugaba de nuevo las cejas. "Veremos—pensaba yo—. Si cree que allá, entre los suyos, como ella los llama, todo se arreglará a maravilla, va a sufrir una gran decepción..."

Al caer la noche, las gruesas nubes grises descendieron más abajo, el viento se hizo más fuerte y empezó a llover. El camino se puso imposible de barro. Yo estaba manchado de lodo, y la pobre muchacha también. El viento era muy desagradable. Verdad es que el carruaje estaba cubierto por una tela, pero esto no servía gran cosa; el agua pasaba por todas partes. La señorita sufría mucho. Temblaba todo su cuerpo, tenía los ojos cerrados. Las gotas de agua corrían por sus mejillas pálidas, pero no se movía, como si hubiera perdido el conocimiento.

Yo estaba asustado. Aquello podía acabar mal. Ivanov, borracho, dormía como un bruto, y yo... ¿Qué podía hacer? Era mi primer viaje y no tenía experiencia ninguna.

Por fin llegamos a Iaroslav. Desperté a Ivanov y entramos en el parador. Dije que nos dieran el samovar para que la joven entrara un poco en calor.

Desde Iaroslav podíamos seguir nuestro viaje embarcados, pero el reglamento prohibe conducir en barco a los deportados. Esto sería más rápido y, por consecuencia, podíamos hacer algunas economías, guardándonos parte del dinero que se nos había dado para el viaje. Pero no nos atrevíamos; cerca de los barcos que salían había siempre policías y gendarmes, que nos hubieran denunciado.

—¡Yo no voy más en carruaje!—nos dijo la señorita—. Si ustedes quieren... me pueden llevar en un barco...

Ivanov, que cuando se despertaba se ponía de muy mal humor, le respondió brutalmente:

—No se le pregunta a usted su opinión. La llevaremos donde y como queramos.

No le contestó nada, pero volvió la cabeza hacia mí y dijo:

—¿Me ha oído usted? No iré más en carruaje.

Llamé a Ivanov aparte y, en voz baja, le expuse mis razones.

—Hay que llevarla embarcada. Esto es ganancia para usted, pues el dinero quedará en su poder.

Consentía, pero tenía miedo.

—En esta población hay un coronel... Podríamos tener qué sentir... Si quieres, vete a pedirle permiso; yo me siento mal.

El coronel vivía muy cerca.

—No—dije a Ivanov—. Vamos todos con la señorita.

No me atrevía a dejarla sola con mi compañero; podía dormirse éste, y ella, sin vigilancia, huir o... ¡quién sabe!... suicidarse.

Los tres fuimos a ver al coronel.

—¿Qué hay?—nos preguntó.

La señorita le expuso la situación; pero en vez de hablar respetuosamente, de suplicarle, usó expresiones muy severas: "¡Usted no tiene derecho!" "¡Esto es cruel!", y así por el estilo, como todos ustedes, los revolucionarios, acostumbran a hablar a los jefes. Cuando acabó, él le respondió cortésmente:

—No puedo hacer nada... Es la ley...

Ella enrojeció de cólera, y sus ojos se pusieron como carbones candentes.

—¡La ley!—exclamó con desprecio y con una risa maligna.

—Sí, la ley—subrayó el coronel.

Estaba yo tan angustiado, que, olvidando toda disciplina, me dirigí al coronel:

—Naturalmente, mi coronel, según la ley, no se puede, pero... puesto que está tan enferma...

El coronel fijó en mí una mirada severa.

—¿Cómo te llamas?—me preguntó.

Y añadió, dirigiéndose a ella:

—Si está usted enferma, señorita, puedo ordenar que la lleven al hospital de la cárcel.

Ella volvió la cabeza y salió sin decir una palabra. Nosotros la seguimos. Quizá tuviera razón para temer el hospital, especialmente en aquella ciudad que no conocía.

Había que resignarse. Ivanov estaba muy enfadado contra mí.

—¡La culpa es tuya!—me gritó—. Ahora nos van a fastidiar por todas partes.

Luego mandó enganchar los caballos para continuar inmediatamente nuestro camino. Ni siquiera quiso pasar la noche en la ciudad.

Nos acercamos a la señorita.

—¡Vamos, señorita! El coche está en la puerta.

Acababa de echarse en el canapé para entrar un poco en calor. Al oír nuestra invitación se estremeció, se puso de pie, se irguió fieramente ante nosotros y, mirándonos fijamente con su mirada inolvidable, nos arrojó a la cara estas palabras:

—¡Malditos seáis!

Siguió hablando; pero las palabras que decía eran para mí desconocidas y no las comprendí. Parecía ruso lo que hablaba; pero para mí era una lengua extraña.

—¡Sea!—dijo finalmente—. Puesto que sois los amos, podéis matarme. Haced lo que queráis. Os obedezco.

El samovar estaba en la mesa; pero ni siquie-

ra tomó te. Yo e Ivanov nos echamos nuestro te en la taza. Eché otra taza para ella. Se la ofrecí, y le ofrecí también el pan blanco que teníamos.

—Beba usted esto con pan—le dije—. Le calentará un poco. Antes de partir, le hará bien..

En este momento se estaba calzando sus chanclos. Al oír mi ofrecimiento volvió hacia mí la cabeza, se encogió de hombros y dijo:

—¡Es chusco el hombre éste! Me parece que está usted loco... ¿Ha podido usted pensar ni por un solo instante que yo iba a beber su te?

Mi amor propio quedó cruelmente herido. Aun ahora, cuando recuerdo aquello, siento un dolor. ¡Como si fuéramos leprosos para ella! Usted, por ejemplo, señor, come y bebe con nosotros. Lo mismo hacía el señor Rubanov, el último que hemos conducido, y que, sin embargo, era hijo de un oficial.

La señorita ordenó que le dieran un samovar aparte y en otra mesa. Naturalmente, pagó el doble, a pesar de que toda su fortuna consistía en un rublo y veinte copecas.

III

Calló, y durante algún tiempo reinó el silencio, cortado tan sólo por la respiración del otro guardia y por el ruido de la tempestad.

—¿No duerme usted?—me preguntó mi interlocutor.

—No. Continúe usted, se lo ruego. Le escucho.

—Sí—continuó—. He sufrido mucho por causa de ella. Durante toda la noche, mientras íbamos de camino, llovió y el tiempo fué muy malo. Yo no veía a la señorita, porque había mucha obscuridad, y, sin embargo, diríase que la tenía constantemente delante de los ojos, con su rostro enfadado, temblando de frío, descompuesta por la cólera. En el momento de ponerse en camino la quise abrigar con mi pelliza. "Póngasela—le dije—; eso la calentará algo." Pero ella la rechazó desdeñosamente. "Es de usted, y no la quiero." Era verdad, la pelliza era mía, pero empleé un pequeño ardid. "No—le respondí—, no es mía; nos la han dado para usted." Solamente entonces accedió a ponérsela.

Pero la pelliza no le sirvió gran cosa; al romper el alba, cuando hubo alguna claridad, miré a la joven y mi corazón se oprimió. ¡Qué desgraciada parecía!

Ordenó en seguida a Ivanov que cambiara de sitio conmigo. El no se atrevió a desobedecer. Me senté al lado de ella.

Estuvimos caminando tres días y tres noches sin detenernos en ninguna parte para pernoctar; según el reglamento, no teníamos derecho a detenernos por la noche más que en las poblaciones donde hubiera puestos militares. Y en nuestro recorrido no las había.

Al fin llegamos a nuestro punto de destino. Yo tuve una alegre sorpresa cuando vi la población

que se nos había indicado. Debo decirle a usted que en las últimas horas de camino me vi casi obligado a sostenerla entre mis brazos. Permanecía en el carruaje sin conocimiento, y a veces, cuando había alguna sacudida, su cabeza chocaba fuertemente contra el vehículo. Entonces yo la sujetaba con mi mano derecha, y así continuamos nuestro viaje. Primero, ella me rechazaba. "¡Quítese usted, no me toque!" Pero después se resignó, quizá porque había perdido la conciencia; tenía los ojos cerrados, el rostro sin la expresión de cólera, más dulce que de costumbre. En ciertos momentos, hasta sonreía dormida, se ponía más contenta y se estrechaba contra mí. Probablemente, la pobre tenía en aquellos momentos sueños alegres.

Cuando nos acercábamos a la ciudad se despertó y se levantó. La lluvia había cesado, y el sol apareció en el cielo. Nuestra señorita se puso más alegre.

No pudo permanecer en aquella ciudad, y tuvimos que conducirla más lejos. Antes de nuestra partida se reunieron muchas personas en el puesto de Policía donde nos hallábamos: señoritas jóvenes, estudiantes—probablemente deportados políticos también—. Todos le hablaban como si la conocieran desde hace largo tiempo, le tendían la mano, le preguntaban; le dieron dinero y un chal de mucho abrigo para cubrirse en el camino.

Partimos. Estaba de mejor humor; pero tosía mucho. A nosotros, ni siquiera nos miraba.

Pronto llegamos a otra población mucho más pequeña; era la que se había designado para su residencia. Allí la entregamos a la Policía. En cuanto entró en el puesto de Policía, preguntó al primero que vió: "¿Habita aquí el señor Riazanov?" "Sí"—le respondieron. El jefe de Policía le preguntó dónde se iba a instalar. "No sé—contestó—; mientras tanto iré a casa de Riazanov." El jefe movió la cabeza, pero ella no hizo caso. Tomó su paquete y se fué. A nosotros ni siquiera nos dijo adiós.

IV

Calló de nuevo, creyendo, probablemente, que me había dormido.

—¿No la volvió usted a ver?—le pregunté.

—Sí, la volví a ver—; pero hubiera preferido no verla más, a verla de aquel modo... Fué poco tiempo después. Cuando estuvimos de vuelta de Siberia, se nos volvió a mandar allí otra vez para acompañar a un estudiante llamado Zagrasky. Era un hombre muy alegre; cantaba bien y no se negaba nunca a tomar una copita. Iba deportado más lejos que nuestra señorita. Pero teníamos que pasar precisamente por la población donde ella habitaba. Yo tenía grandes deseos de saber qué había sido de ella. Pregunté si seguía allí: "Sí—me dijeron—, está aquí; pero se conduce de un modo extraño: desde que llegó, se instaló en casa

de Riazanov y no ha salido nunca." Unos me decían que no salía porque estaba enferma; otros, que se había hecho querida de Riazanov. La gente suele ser maliciosa y le gusta charlar. Me acordé de sus palabras cuando decía que quería morir entre los suyos. Finalmente, experimenté un gran deseo, casi irresistible, de verla. Y me decidí a ir, tanto más cuanto que ella no había tenido motivos para detestarme demasiado; no fuí malo para ella.

Fuí. Me dijeron su dirección. Era en el extremo del pueblo. La casita era muy pequeña; la puerta de entrada, muy baja. Entré. Todo estaba muy limpio; la habitación era clara; en un rincón había un lecho, separado del otro rincón por una cortina. Muchos libros sobre la mesa y en estantes. A un lado, un taller muy pequeño, con un banco.

Ella estaba sentada en la cama, cosiendo. El señor Riazanov estaba a su lado, en un banquito, y le leía una cosa en voz alta. Tenía un aire grave con sus lentes. Cuando me vió ella se estremeció, cogió la mano de Riazanov y se quedó como muerta. Me miró fijamente con sus grandes ojos, llenos de cólera, que yo conocía tan bien. No había cambiado; sólo su rostro se había puesto mucho más pálido. El se asustó. "¿Qué tiene usted? —preguntó—. Tranquilícese." No me había visto entrar. Ella le soltó la mano y dijo: "¡Adiós! Bien veo que ni siquiera me quieren dejar morir tranquila." En este momento, él volvió la cabeza ha-

cia la puerta y me vió. Se lanzó furioso hacia mí. Creí que me iba a matar y tuve un momento de miedo, tanto más cuanto que me pareció un hombre muy robusto...

Comprenderá usted que habían creído que yo iba a buscarla para llevarla otra vez a otra parte. Pero él comprendió en seguida su error: yo estaba a la puerta, muy confuso; además, iba solo, mientras que si hubiera ido a buscarla, iríamos dos, como se hace habitualmente.

Entonces Riazanov se volvió hacia ella: "Cálmese usted; no es nada." Después, dirigiéndose a mí: "¿Qué viene usted a hacer aquí?"

Expliqué que nada tenía que hacer allí, que había venido solamente por verla. "La señorita estaba enferma cuando la traje, y quería ver cómo se encontraba ahora." El me miró con más benevolencia; pero ella siguió encolerizada. ¿Y por qué? Ivanov, mi colega, fué malo con ella; pero de mí no había tenido queja.

El comprendió lo que pasaba y se echó a reír. "Ya ve usted—le dijo—, tenía yo razón." Probablemente, habían hablado de mí cuando ella le contara nuestro viaje.

—Perdóneme usted si la he asustado—dije yo—. Si he venido en un mal momento, me iré. No se enfaden conmigo.

El se levantó y me tendió la mano.

—Hasta la vista; pero cuando usted vuelva, venga a vernos.

Ella nos miró a los dos y sonrió con maldad.

—No comprendo por qué le invita usted a venir. Nada tiene que hacer aquí.

—Eso no importa—respondió—. Que venga de todos modos, si quiere.

Y dirigiéndose a mí, añadió:

—Sí, venga a vernos si quiere.

Hablaron largo rato entre ellos. Yo no los entendía; ustedes, las personas instruídas, hablan a veces de un modo incomprensible. Además, tenía que irme: veía bien que allí estaba estorbando.

Y me fuí.

Condujimos a nuestro estudiante al sitio designado y volvimos de nuevo a aquella población. El jefe de Policía nos dijo: "He recibido una orden telegráfica para que os quedéis aquí hasta nuevo aviso." Naturalmente, nos quedamos allí.

Y de nuevo fuí a casa del señor Riazanov. Decidí no entrar en la casa; quería solamente informarme de cómo seguía la señorita, preguntándoselo al dueño de la casa. Este me dió malas noticias.

—Está muy enferma. Temo que muera muy pronto. Lo peor es que antes de morir no querrá recibir los Sacramentos.

En este momento apareció en el umbral el señor Riazanov. Me saludó y me dijo:

—¿Otra vez por aquí? Bien, entre usted.

Entré en la casa, andando de puntillas, seguido de Riazanov. Ella me miró.

—¿De nuevo viene aquí ese hombre extraño?

—preguntó—. ¿Le ha invitado usted, probablemente?

—No—respondió Riazanov—. Ha venido por su propia buena voluntad.

Me sentí ofendido.

—¿Qué es lo que tiene usted contra mí, señorita?—le dije—. ¡Se diría que soy su enemigo!

—Pues naturalmente. Usted es un enemigo.

Su voz era débil, dulce; sus mejillas estaban sonrosadas. Era tan bella en aquel momento, que yo la hubiera estado mirando sin cesar. Veía bien que no viviría mucho tiempo, y me dije que tenía que pedirle perdón; de otro modo, se iría de este mundo sin haberme perdonado.

—Perdóneme usted—le dije—si le he hecho algún daño.

Ella se enfadó nuevamente.

—¿Perdonarle? ¡Jamás! No piense usted en ello. Voy a morir pronto, pero no le perdonaré. Sépalo bien.

Empezaron a hablar los dos. Yo no entendía más que a medias, porque empleaban expresiones sabias; pero algo se me ha quedado en la memoria.

—No es un gendarme el que ha venido aquí—le dijo él—. Era gendarme cuando la custodiaba a usted, como había custodiado a muchos otros. Entonces estaba de servicio, sometido a la disciplina. Pero no ha venido aquí por disciplina, sino por su propia iniciativa. Que él mismo se lo diga a usted...

Y luego, dirigiéndose a mí:

—¿Cómo se llama usted?

—Esteban.

—¿Y el nombre paterno?

—Petrovich.

—Pues bien, Esteban Petrovich, díganos: ¿ha venido usted aquí de buen grado, guiado por un sentimiento humanitario? ¿No es eso?

—Naturalmente — respondí yo —. Quería ver cómo seguía la señorita, y ninguna relación tiene esto con el servicio. Al contrario: si los jefes supieran que vengo aquí, tendría que sentir. Hay mucha severidad en esto.

—Ya lo ve usted—dijo él a la señorita, cogiéndole la mano.

Pero ella la retiró.

—¡Nada tiene eso que ver!—respondió—. Ve usted cosas que no existen; pero nosotros, yo y él—me indicó con la mirada—somos gentes sencillas; ya que somos enemigos, no procuramos ocultarlo ni disfrazarlo con buenas palabras. Ellos deben perseguirnos, vigilarnos; nosotros debemos luchar contra ellos por todos los medios posibles ¡Esto es claro! Mírele usted—me indicó de nuevo con la mirada—; está ahí escuchándonos, y si comprendiera lo que hablamos, haría una información por escrito a sus jefes.

Entonces él se volvió hacia mí y me miró a la cara, a través de los lentes, con sus ojos bondadosos.

—¿Lo oye usted? ¿Qué dice usted a esto? Bien sé yo que usted no merece esa ofensa.

En parte, ella tenía razón: la disciplina exige que nosotros, los gendarmes, pongamos en conocimiento de los jefes todo lo que oímos de antigubernamental, aunque sea nuestro mismo padre quien lo diga. Pero puesto que yo no había ido allí en comisión de servicio, no tenía la menor intención de hacer uso alguno de lo que oyera, y las sospechas de la señorita me hicieron daño en el corazón.

Quise irme, pero Riazanov me detuvo.

—Oye, Esteban Petrovich, no te vayas aún.

Y después, volviéndose hacia ella, añadió:

—Está mal hecho eso que usted hace. Puede usted no perdonarle, no reconciliarse con él. Pongamos que es su enemigo, pero... un enemigo también puede tener sentimientos humanos. Esto es lo que no quiere usted comprender. Es usted una sectaria...

—Y usted es un hombre indiferente absorto en sus libros.

El se estremeció, como si le hubiera pegado. Hasta ella misma se asustó.

—¿Indiferente, dice usted? Sabe usted misma que eso no es verdad.

—Quizá. Pero ¿ha dicho usted la verdad en lo que me concierne a mí?

—Sí, es muy verdad. Es usted una aristócrata incorregible. Es la vieja sangre de los grandes señores Morosov la que circula por sus venas.

Se quedó pensativa. Luego, tendiéndole la mano, dijo:

—¡Sí, quizá tenga usted razón!

Yo seguía allí como un idiota. Tenía el corazón contristado.

Entonces ella se volvió hacia mí, me miró sin cólera y me tendió la mano.

—Oígame usted bien: somos enemigos hasta la muerte, pero... ahí va mi mano. Deseo que sea usted algún día un verdadero hombre a pesar y aun contra la disciplina.

Después, lanzando una mirada a Riazanov, dijo:

—¡Estoy cansada!

Salí. Riazanov me siguió. Nos detuvimos en el patio. Noté que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oiga usted, Esteban Petrovich—me dijo—. ¿Estará usted en esta población mucho tiempo aún?

—No lo sé. Quizá tres días.

—Pues bien, si usted quiere, puede volver otra vez. Parece que no es usted un mal hombre.

—Le pido perdón—dije—, por haber asustado a la señorita.

—La próxima vez, entre usted primero en el cuarto de la dueña de la casa.

—Bien... Yo le quisiera preguntar una cosa: Ha dicho usted ahora mismo que la señorita provenía de los viejos señores de Morosov... ¿Es verdad eso?

—Verdad o no, lo cierto es que tiene un carác-

ter duro. Puede romperse, pero no inclinarse. Las naturalezas como la suya no se dejan doblar... Usted mismo tiene pruebas de ello...

Y nos separamos.

V

Poco después, murió. No asistí al entierro; el jefe de Policía me había llamado para una comisión.

Al día siguiente encontré a Riazanov. Era terrible su aspecto. Antes era muy bueno para mí, pero esta vez me lanzó miradas furiosas. En el primer momento me tendió la mano, pero la retiró inmediatamente y volvió la cabeza.

—Vete, te lo ruego. No puedo mirarte ahora.

Y se alejó con la cabeza baja.

Una honda tristeza invadió mi corazón. En dos días no pude comer nada. Luego, no he podido recuperar la tranquilidad. Siempre estoy pensando en esta historia...

Al otro día nos anunció el jefe de Policía que había llegado orden de marcha. Teníamos que conducir a otro sitio a la pobre señorita. ¡Era demasiado tarde! Dios mismo la había conducido ya al otro mundo...

...Pero no se ha acabado todavía. El destino me hizo pasar por una nueva prueba. Verá lo que me sucedió.

Cuando yo e Ivanov íbamos de vuelta, nos de-

tuvimos una vez en un parador del camino. Entramos y vimos sobre la mesa un samovar hirviendo y diferentes cosas de comer. Sentada a la mesa había una vieja. La dueña del parador le hacía compañía. La vieja era pequeña, limpísima, alegre y muy charlatana. Hablaba sin cesar de sus asuntos personales.

—Y entonces—contaba—hice la maleta, vendí la casa en que había heredado de mis padres, y ¡en camino para ver a mi hija querida! ¡Me imagino lo contenta que se pondrá! Naturalmente; me va a reñir un poquito, hasta va a enfadarse al verme venir de tan lejos; pero así y todo, se pondrá contenta. Ella me escribía y me mandaba que me quedase donde estaba y no me moviese. "¡Ni siquiera hay que pensar en ello!"—me decía—. Pero yo no le hice caso, y heme aquí en camino, para donde está ella...

El oír estas palabras fué para mí como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho. Pasé a la cocina y pregunté a la cocinera:

—¿Quién es esa anciana?

—¿Esa? La madre de la señorita que usted condujo la otra vez que pasó usted por aquí.

Sentí que se me doblaban las piernas. La cocinera, asustada, preguntó:

—Pero, ¿qué le pasa a usted?

—Cállese, que no nos oiga: la señorita ha muerto...

La cocinera—que, sin embargo, no era de una moral irreprochable y se dejaba galantear por

todos los viajeros—se echó a llorar amargamente y se fué al patio.

Yo también me puse mi gorra y salí. La vieja seguía refiriendo, muy contenta y llena de alegría, su decisión de permanecer con su hija querida. Su voz me inspiraba un verdadero terror. Jamás podré olvidar aquello...

Me marché a pie por el camino, sin darme cuenta de dónde iba. Después, Ivanov vino a buscarme con el carruaje y seguimos nuestro viaje..

VI

...Pues... Esto es todo. El jefe de Policía me denunció pòrque visitaba a los deportados políticos. El coronel de Kostroma hizo también un informe sobre mi intervención a favor de la señorita. Mi jefe se enfadó mucho y no quiso nombrarme sargento.

—¡No eres digno de ser sargento: te conduces como una vieja!

Esto me ha dejado completamente indiferente, y en nada he sentido haber caído en desgracia con mis jefes.

Desde entonces, siempre estoy pensando en la señorita: la estoy viendo como si estuviera viva ante mí, con su rostro enfadado, sus grandes ojos brillantes de cólera... Esa imagen me persigue... ¿No duerme usted, señor?...

No, yo no dormía. No podía dormir: me figuraba la casita perdida en la "taiga", y la triste paz de la joven muerta se presentaba a mis ojos en las tinieblas, entre los sordos gemidos del viento frío del invierno.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
El día del juicio (Iom-Kipur)................................	9
El sueño de Makar..	104
Los ruidos del bosque..	143
Incomprensible...	177




U. C. BERKELEY LIBRARIES
C043107949